
MIGUEL OTERO SILVA
OBRA HUMORÍSTICA COMPLETA
Seix Barral / Nueva Narrativa Hispánica

MIGUEL OTERO SILVA

Obra humorística completa



Cubierta: Joan Batallé

Primera edición: junio de 1976
Reimpresión: febrero de 1977

ISBN: 84 322 1360 8
Depósito legal: B. 4.434 - 1977

Printed in Spain

SONETOS ELEMENTALES

SONETO EXÓTICO

(Tal como lo hubiera escrito mi amigo
Alfredo Boulton, que habla varios idiomas.)

MUCHACHITA sportista y *bibelot*,
astro del *basket ball* y del *cocktail*,
con tanta sal como la *femme de Lot*
y tanto fuego como el mismo *hell*.

Musa del *charlestón* y del *fox trot*
que vas a misa y lees a *Voltaire*,
que pones tu ilusión en un *Peugeot*
y no distingues entre amor y *flirt*.

¿Qué culpa tengo yo, si *démodé*
biznieto de Rodolfo, el de *Murger*,
no sé pedir amor con *I love you*?

Hélas! Pero a mi tierno *je t'adore*
respondes con un seco *never more*
como el cuervo del trágico *musiú*.

[1936]

SONETO ROMÁNTICO

(Tal como lo hubiera escrito Guillermo Austria, poeta sentimental, ante la demolición de El Silencio.)

IGUAL que el verso libre fue el ciclón
que demolió las rimas pastoriles,
vosotros, arquitectos y albañiles,
pretendéis demoler la tradición.

¡Mueran la torva civilización
y los rudos obreros juveniles
que sobre ti, Silencio, caen por miles
para romper tu viejo corazón!

Yo protesto. Protesto enardecido
y ante el pícaro barrio derruido
rompo de Pan la rítmica siringa,

riego mi vino con amargo llanto
y con el metro de Petrarca canto
el lírico recuerdo de Chingüinga.

[1942]

SONETO CÁNDIDO

(Tal como lo hubiera escrito el diario *El Nacional,* cuyas eñes no le llegaron sino tres meses después de haber sido fundado.)

Era una nina párvula y risuena
con un sueno de amor en el corpino,
banado el rostro con blancor de armino
y negra la mirada malaguena.

Una bisona nina caraquena,
más caraquena que Justo Patino,
y con una montana de carino
constrinendo su alma tan pequena.

No ensenaba la nina malas manas
pues se banaba todas las mananas
y no aranaba cual danina gata.

La adoraban parientes y extranos
y para celebrar su cumpleanos
resolvieron ponerle una pinata.

[1943]

SONETO MÍSTICO

(Tal como hubiera transcrito el de Santa Teresa un congresante de la mayoría gubernamental.)

NO ME mueve, Isaías, para quererte
el cambur que me tienes prometido,
ni me mueve el Inciso tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Muéveme, General, muéveme el verte
por todos los sigüises perseguido,
recibiendo visitas, recluido
en Miraflores sin poder moverte.

Muéveme mi lealtad de tal manera
que aunque no hubiera cárcel te temiera
y aunque no hubiera puesto te alabara.

Voté por ti con ilusión sincera
y aunque el cargo que quiero no quisiera
lo mismo que te jalo te jalara.

[1943]

SONETO ERÓTICO

(Tal como lo hubiera escrito el doctor
Félix Lairet, médico y cirujano.)

FEBRIL Digitalina seductora,
síntoma intercostal de mi neurosis,
mi lunatismo con tuberculosis
ausculta tu mirada inyectadora.

Flemas de amor mi esófago expectora
y sanguínea pasión en altas dosis
diagnosticando eufórica simbiosis
de nuestros metacarpos, ¡oh, Señora!

Deliro por tu tórax primoroso
y al borde del estado comatoso
sangra por ti mi líbido insalubre.

Me gangrenan tus ojos veronales
y me lacra de insomnios prenupciales
la dermis blanca que tu fémur cubre.

[1943]

SONETO MÓRBIDO

(Despedida a la bailarina cubana María Antonieta Pons que se ausenta de Caracas, rumbo a Barranquilla.)

Hélice de merengue, flan de loza,
zig-zag de luz, tormenta de dulzura,
helicóptera tierna o prematura,
raudal de gelatina temblorosa.

Ángel de manjar blanco y pomarrosa,
injerto de clavel y confitura:
el colibrí que vibra en tu cintura
es nieto del jazmín y de la rosa.

Fue rendido lebrel mi corazón
al pie de tus turgencias de turrón
y tu vaivén de celestial natilla;

pero no acierto a comprender, hermana,
por qué si eres paloma y no caimana
te vas, ¡caramba!, para Barranquilla.

[1943]

ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LEO

SUBIÓ hace un año hacia las nubes Leo
y con el pecho de esperanzas pleno,
a la puerta del cielo metió el freno
y expresó por entrar justo deseo.

Lo vio San Pedro mal vestido y feo,
leyó el balance de su andar terreno
y no obstante haber sido un hombre bueno
le negó el pasaporte por ateo.

No se arredró su alma por tal cosa,
entró por el corral con Santa Rosa
y al cabo de tres meses Leo fue:

profesor de danzón de San Pascual,
redactor de *El Pinocho Celestial*
y tenedor de libros de Noé.

[1943]

DON SALOMÓN

AYER

Don Salomón Facúndez y Batista,
ilustre y honorable ciudadano,
se distinguió en un tiempo no lejano
por su marcada inclinación fascista.

Cuando la infamia moro-falangista
clavó sus garras en el pueblo hispano,
don Salomón hablaba en italiano
y añoraba el pendón de la Conquista.

Veneró a Mola con pasión morbosa,
amó la voz de Queipo aguardentosa
y amó la voz de Franco asopranada.

Y para honrar a Adolfo en toda hora,
colocó en el escote a su señora
un guardapelos con la cruz gamada.

HOY

HOY que el Gobierno ha roto relaciones
con el Eje agresor y sanguinario,
olvidando su ayer totalitario,
don Salomón mudó sus convicciones.

Está indignado contra los nipones,
maldice al Duce en tono panfletario
y su protesta contra el Führer ario
grita don Salomón con dos riñones.

Stalin mismo ya le causa gracia,
habla primores de la democracia
y de Inglaterra con amor profundo.

Y afirma con los ojos encendidos
que el Presidente de Estados Unidos
es el moderno Salvador del mundo.

MORALEJA

Yo, QUE sé más por diablo que por viejo
y que conozco a fondo el almendrón,
a los ingenuos doy este consejo:
¡Mucho cuidado con don Salomón!

[1942]

SEMANA SANTA EN MACUTO

Carnet de un temporadista

LUNES SANTO

VAMOS bajando por la carretera
con lentitud de torpe paquidermo
y tose el Ford con una tos de enfermo,
pues lleva encima la familia entera:

las maletas, el nene, la niñera,
los chinchorros, el perro, tío Guillermo,
las tres sobrinas, la botella thermo
y mi suegra rolliza y zalamera.

En la alcabala cándidos guardianes
investigan si somos alemanes
y nos piden del carro la licencia.

Esperamos tres horas. Entre tanto
he logrado entender que al Lunes Santo
le corresponda la *Humildá y Paciencia.*

MARTES SANTO

JAMÁS trajo a la costa tanta gente
la más rumbosa peregrinación:
no hay hoteles, ni casas de pensión,
ni siquiera un solar medio decente.

Todo está pleno. Con sudor paciente
vamos de puerta en puerta en procesión
y encontramos, al fin, un corralón
que nos alquilan usureramente.

No hay baño, ni lo otro. Los zancudos
clavan sus aguijones confianzudos
y su música hostil que el sueño impugna.

Yo salgo al patio envuelto en la cobija
y mi silueta escuálida y canija
rememora a *Jesús en la Columna.*

MIÉRCOLES SANTO

HOMBRES, mujeres, niños en legiones
se apiñan en plazuelas y aceras:
señoras chuscas, viejas tobilleras
y fornidos bañistas mocetones.

Peñascales me pintan verdugones,
«aguas malas» me queman traicioneras
mientras las juventudes rocheleras
distribuyen codazos y empujones.

En alta mar la tarde se desmaya
y yo voy tambaleando por la playa
con todo el cuerpo de porrazos lleno.

Bata de baño arzobispal, morada,
llevo puesta. Y mi efigie maltratada
es una evocación del *Nazareno*.

JUEVES SANTO

Una Margot morena, esplendorosa,
usa un traje de baño fulminante,
y una Beatriz mejor que la del Dante
se sumerge en el mar como una diosa.

Una Leonor terriblemente hermosa
lleva un pijama azul descacharrante,
y una Carmen nos pasa por delante
goteando agua como fresca rosa.

Muchachas en sazón, primaverales,
iluminan los puntos cardinales
y nos colman de sol los pensamientos.

¡Oh, corazón, no te fatigues tanto!,
no olvides que esta tarde es Jueves Santo
y has venido a mirar los *Monumentos*.

VIERNES SANTO

CINCO días ya cuenta mi calvario
durmiendo en una cama espernancada,
comiendo con arena la ensalada
y llevando más sol que un dromedario.

Parezco un escapado presidiario,
me levanto a barrer de madrugada,
me desayuno con agua salada
y gasto siete pesos en el diario.

Perdí la maquinita de afeitar
en el inquieto corazón del mar
y he dejado la piel en los escollos.

Es Viernes Santo. Y con perdón del Nuncio
ante mi cruel desolación pronuncio
Siete Palabras que son siete bollos.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

El nene, tío Guillermo, las sobrinas,
la suegra, la señora, la niñera,
vamos subiendo por la carretera
con cenizas de angustia en las retinas.

Rasguños por doquier, caras cetrinas,
quien nos mirara así mirar creyera
un hogar de aristócratas que huyera
perseguido por turbas jacobinas.

Pero mañana es lunes, ¡qué alegría!,
tendré duro trabajo todo el día
y limpio me hallaré, sin una puya,

mas resucitaré con tantas ganas
que cuando a gloria toquen las campanas
mi corazón responderá: *¡Aleluya!*

[1942]

GENIO Y FIGURA

(En el cumpleaños de Jóvito Villalba.)

ESTE que hoy cumple no sé cuántos años
sin que su corazón lleve la cuenta,
bergantín retador de la tormenta,
tres puños capeador de desengaños.

Este pastor de indóciles rebaños,
labrador de una gleba turbulenta,
que si bien no ha llegado a los setenta
está pisando ya sus aledaños.

Este soliviantado impenitente,
de escasos pelos y de tanta frente,
tribuno en el ejido y en la calle,

fiel a los recovecos de sí mismo
se propone implantar el socialismo
si lo acompañas tú, Virgen del Valle.

[1972]

CONSAGRACIÓN DEL INVIERNO

(En los 70 años de Alejo Carpentier.)

«El siglo de las luces» de este Alejo
mide setenta años solamente
(«el acoso» del tiempo no resiente
su voluntad de no llegar a viejo).

Su «reino de este mundo» es tan complejo
que es «concierto barroco» recurrente
(«el recurso del método» es el puente
que lo desbarroquiza ante el espejo).

Su corazón en «viaje a la semilla»
se empapó de la sangre más sencilla
y dio compás de pueblo a sus latidos

(y su prosa es perenne luminaria
porque en la ruta revolucionaria
un escritor no da «pasos perdidos»).

[1974]

SINFONÍAS TONTAS

RECEPCIÓN A NEREO PACHECO

(Quinta Paila del Infierno espléndidamente iluminada. Grandes carteles cuelgan de los rebordes del inmenso recipiente. Ellos ostentan letreros alusivos: «Welcome to Nereo», «Luzbel, tú eres el más grande», «Muera la Virgen María», «Viva el Cardenal Segura», «Abajo los curas vascos». Se trata de una verbena de bienvenida a Nereo Pacheco, verdugo gomecista y tocador de arpa recién fallecido en la Cárcel del Obispo, de Caracas. La cuchipanda ha sido organizada por la Sociedad de Monjes Inquisitoriales, el Partido Liberal Amarillo (Seccional del Averno) y la casa Satán Hermanos y Compañía. Al asomar Nereo por la puerta grande se adelanta a recibirlo una comisión compuesta por Torquemada, Nerón y Eustoquio Gómez, los tres en traje de etiqueta: rabos de terciopelo y cachitos de carey legítimo.)

NERÓN (*tocando el arpa*):

¡Salve, tocayo ilustre! Bienvenido
a este simpático establecimiento.
¡Oh, tú, el Platón del encortinamiento
y el Epicuro del vidrio molido!

TORQUEMADA:

¡Honda ternura me produce verte,
arpista enamorado de la muerte!

EUSTOQUIO:

Y yo en mi tierno pecho te cobijo.

LOS TRES A CORO:

¡Pasa adelante, mijo!

(Nereo desciende la escalinata entre salivazos de afecto, trompetillas entrañables y otros signos de cordialidad demoníaca. Salomé baila en su honor la danza de los siete velos, completamente desvelada. Y Lucrecia Borgia le dice discretamente al general Castro: «¡Deja la pellizcadera, Cipriano!»)

NEREO (*acompañándose en el arpa de Nerón*):

Yo no soy de por aquí,
yo vengo del otro lao,
y un cambur en esta paila
lo tengo muy bien ganao:
fue mucho el preso en mis manos
que se murió encortinao,
le di raciones de arsénico
en el guayoyo mezclao
y le remaché los grillos
al enfermo desahuciao.
Ningún preso que yo tuve
dejó de ser maltratao
y aquel que no se murió
fue porque nació parao.

¡Mi cambur en esta paila
lo tengo muy bien ganao!

EL TIRANO AGUIRRE:

Aquí todo demonio que se estime
siente inmenso placer por tu llegada.

MADAME POMPADOUR (*curiosa*):

Tú que moriste entre barrotes, dime
¿cómo es Pedrito Estrada?

NEREO (*sin prestar atención a los que hablan y buscando afanosamente con la mirada*):

¿En dónde está mi viejo? ¿En dónde está
para besar sus pies humildemente?

TORQUEMADA:

¿Quién? ¿Tu papá?

NEREO:

¿En dónde está mi jefe Juan Vicente?

EUSTOQUIO:

Yo también lo busqué. Si aquí estuviera
hace ya tiempo que Luzbel hubiera
perdido el tenedor de su gobierno
y que la fusta rehabilitadora
estuviera rigiendo en esta hora
la paz y el trabajo del infierno.
Yo también lo busqué, mi fiel Nereo,

y fallido quedóse mi deseo
de verlo. Que nos sirva de consuelo
saber que Juan Vicente está en el cielo..

NEREO:

¿En el cielo decís? ¿Será posible?

EUSTOQUIO:

¡Sentado entre San Lucas y Santa Ana
por obra del Pontífice infalible
que le puso en el pecho la Orden Piana!

(TELÓN)

EL *BOLÍVAR* DE EMIL LUDWIG

PRÓLOGO

Todos sabéis que el Gobierno venezolano resolvió hace unos cuantos años publicar una biografía del Libertador. Pero como los gobiernos no escriben, fue preciso enfrentarse al problema de contratar a un historiador de renombre internacional. Y como los únicos historiadores venezolanos de cierto renombre internacional eran Laureano Vallenilla y José Gil Fortoul, ambos gomecistas y ambos muertos, se decidió que el autor de la obra fuese un extranjero.

—¡Que sea Giovanni Papini! —opinó el catoliquísimo doctor Alfonso Mejías, para entonces Ministro de Agricultura.

—¿Y por qué no Pitigrilli? —sugirió el general Mibelli.

—Mejor sería Marañón —sentenció el microscópico doctor García Álvarez.

Y cada uno de los ministros restantes postuló su respectivo candidato, con excepción de Pocaterra y Uslar Pietri, únicos Ministros con derecho académico a opinar. Hasta que finalmente el Gabinete se puso de acuerdo en aceptar el nombre sugerido por el Presidente López Contreras, que fue justamente el de Emil Ludwig, ilustre y prolífico escritor alemán, quien por haber escrito antes la biografía del Nilo se juzgó que estaba en magníficas

condiciones para escribir la biografía del Libertador. Por otra parte, los libros de Emil Ludwig no bajan nunca de setecientas páginas, mínimum que la gloria de Bolívar se merece. ¡Ése era el hombre! Y después de buscarlo en todas partes del mundo, salvo en Alemania por supuesto, el Gobierno venezolano dio con él.

Emil Ludwig se mostró servicial y deferente. Vino a Caracas, almorzó con el doctor Enrique Tejera, dictó una conferencia en francés y tomó datos durante dos semanas en la Biblioteca Nacional. Además, captó hábilmente los matices del paisaje, las mil variantes de la psicología popular, migajas primordiales para el ambiente y el decorado de su magna obra. Todo eso en quince días, como corresponde a un artista representativo de este siglo de la velocidad y de los infartos.

El Gobierno comenzó brincando con cincuenta mil bolívares. Es mundialmente conocida la vocación para el brinco que personificaba al régimen del general López Contreras. Habría que pagar otros cincuenta mil bolívares al aparecer la edición. El libro iba a costar un poco más caro que la batalla de Carabobo, pero la grandeza de Bolívar y el prestigio de Emil Ludwig así lo requerían.

El primer obstáculo grave presentóse cuando Herr Ludwig vióse con tanta plata junta y se le esfumaron las ganas de escribir. Hay quien asegura que el señor Ludwig no escribe nunca sino que ordena la confección de sus obras a un equipo de profesores con hambre, tal como hacen los ingenieros con los albañiles. Pero tan mezquina habladuría no pasa de ser una calumnia inventada por alguno de sus rivales, posiblemente Gornés Mc Pherson. Lo cierto fue que transcurrió el plazo determinado en el contrato y la obra no aparecía. En vista de lo cual, el Gobierno venezolano le envió un cable: «O manda el Bolívar o nos devuelve los 50.000»,

y Ludwig mandó el *Bolívar*. En francés, naturalmente. Porque, aunque Ludwig es alemán, sabe perfectamente que aquí no hablan alemán sino ciertos emisarios de la Gestapo disfrazados de ingenieros eléctricos, dueños de hoteles, comerciantes al por mayor y otros menesteres. Y ojalá no lo hablaran. Surgió en ese momento el problema de la traducción. Nos cuentan que Rufino Blanco Fombona se ofreció voluntariamente para hacerla, cobrando la modesta suma de otros cien mil bolívares, de acuerdo con el principio según el cual la mano de obra nacional no debe ser nunca peor remunerada que la extranjera. Sin embargo, el doctor Uslar Pietri comisionó, en nombre del Gobierno, a Enrique Planchart que cobraba infinitamente más barato. En consecuencia, Rufino publicó un artículo afirmando que Uslar Pietri era un bandido calabrés y que la familia Planchart era la causa de las innumerables desdichas que Venezuela había padecido a lo largo de su historia.

Pero lo más grave del asunto es que, después de tantas peripecias, el *Bolívar*, de Emil Ludwig, está listo para ser editado. Lo publicará una editorial argentina que cobra otro negro con su cachimbo. Entretanto, circula el rumor de que la Academia de la Historia se ha visto obligada a rectificar algunos pasajes de tan costosa obra, especialmente aquellos donde Bolívar aparece prisionero en La Carraca y Miranda delirando sobre el Chimborazo.

Interpretando el contenido de tales rumores, nosotros hemos logrado reconstruir el primer capítulo del *Bolívar*, de Emil Ludwig, que por cierto no es capítulo sino acto. Porque ha resultado, ante la profunda sorpresa nuestra, que la tan cacareada obra no llegó a cristalizar como biografía en prosa sino como drama en verso, al igual de aquel culebrón de Francisco Villaespesa sobre

el mismo Bolívar, que tan dispendioso como éste le salió al general Gómez.

Helo aquí:

ACTO I

(Monte Aventino. En primer plano, Bolívar, de frac, con Manuelita Sáenz, Negro Primero, el general San Martín y el historiador Baralt. Entre bastidores una orquesta criolla toca el Alma Llanera, *mientras Manuelita, para hacer rabiar al Libertador, recita trocitos de la* Vuelta a la patria.*)*

MANUELITA (*señalando a Roma*):

«Caracas allí está. Sus techos rojos,
su blanca torre, sus azules lomas.»

SIMÓN:

Si persistes, Manuela, con tus bromas,
lágrimas mil derramarán tus ojos.

MANUELITA:

Mi querido Simón, no es el momento
de que la escoba surja en tu camino.
Hemos venido a hacer un juramento
y un juramento espera el Aventino.

NEGRO PRIMERO (*señalando hacia Roma*):

Desde aquí, Roma, te veo
eterna y siempre presente
con tu San Pedro imponente,
tu Foro y tu Coliseo.

Con tu Pasquino tan feo
y tu Moisés tan hermoso,
con tu Farnesio pomposo
y tu esbelta Farnesina,
y tu Capilla Sixtina
que pintara aquel coloso.

MANUELITA:

Si el juramento no lo descompone
este negro metido a cicerone,
tú jurarás, Simón, en latín chévere
como el que habla la gente del Trastévere.

SAN MARTÍN (*cantando*):

¡Juramé!

SIMÓN (*en trance solemne*):

¡Por la cruz refulgente de mi espada,
libre ha de ser la América española!

MANUELITA:

La bandera del Cid caerá humillada
bajo el empuje de Colombia sola.

SAN MARTÍN (*que sigue cantando*):

Sola, fané y descangallada,
la vi esta madrugada
salir de un cabaré...

SIMÓN (*con la mano en el hombro de Negro Primero*):

En Ayacucho, general Camejo,
por estratega alcanzarás la gloria,

mientras que Sucre, mi oficial más viejo,
será el héroe inmortal de La Victoria.
Por desertor fusilaré a Urdaneta,
tendré en Piar mi teniente más devoto
y cuando Vargas toque la corneta
Carujo al fin le entregará el coroto.
Falcón será invencible en Matasiete,
ganará en Mucuritas San Martín,
en Las Queseras peleará Soublette
y Guzmán Blanco triunfará en Junín.

(Al llegar a este punto, el historiador Baralt, terriblemente impresionado, se tira de cabeza por el Aventino y cae el telón.)

[1941]

SANSÓN Y DALILA

ACTO PRIMERO

(Sansón regresa victorioso del frente occidental, tras haber despachurrado a cinco mil filisteos con una quijada de burro y una guaratara colgante de una cabuyita. Himnos, aclamaciones y laureles de los israelitas que lo esperan en escena. Los niños entonan salmos en su honor y las doncellas le ofrendan ánforas de leche y guirnaldas de rosas. Sansón es un hombrón de dos metros de altura como su descendiente Gerardo Sansón, actual Director del Instituto de Inmigración y Colonización (en este pasaje bíblico todo termina en ón*), pero no es un huesero como Gerardo, sino que ostenta puños de mandarria y tórax de autobús.)*

SANSÓN:

Todo se realizó según los planes
de mi Estaca Mayor.
Los aplastó cual negros alacranes
mi brazo triunfador.
Artillería pesada fue mi mano
y mi grito tambor.
Muertos quedaron en el ancho llano
junto al trigal en flor.

(Un frenesí de patriotismo genocida sacude a los israelitas. Lentamente va entrando a escena una hermosa mujer cubierta por un largo velo. Es Dalila. ¡Pero qué clase de Dalila, hermanos míos! A Sansón y a toda la tribu se les detiene automáticamente el aliento al divisar aquel monumento. Todos tiemblan de lujuria menos el Profeta, quien ya cumplió 110 años y hace muchos de ellos que no logra probar la fruta del bien y del mal, ni siquiera con el pensamiento.)

EL PROFETA (*indignado*):

¿En esta clamorosa recepción,
qué buscas, Mata Hari prematura?
¿Pretendes ablandar con tu hermosura
al hercúleo Sansón?

DALILA:

Yo soy una mujer enamorada
que camina a la luz de las estrellas
y besa en la ladera y la hondonada
la sombra palpitante de sus huellas.
Busco su voz en el silbar del viento
y su mirada en el azul profundo
y su indomable corazón presiento
en el latido creador del mundo.

SANSÓN (*intrigado*):

¿Quién es la criatura afortunada
que así te derribó la empalizada?

DALILA (*mimosa*):

Tú mismo. Has encendido dulce llama
que me quema la sangre tiernamente.

Estoy ansiosa por pisar la grama
y por sembrar mis besos en tu frente.
Oye, Sansón, mi corazón te llama,
ay, desesperadamente.

(Sansón se vuelve tres centavos de mantequilla ante tan inesperada confesión y le tiende los peludos brazos a la estupenda filistea, que cae en ellos como pajarito en trampajaula. El Profeta pone el grito en el cielo.)

EL PROFETA:

¡Recházala, Sansón!

SANSÓN *(al Profeta)*:

¡Qué va, ponchón!
¡Zape, moscón!

(Y cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

(Ya Dalila es la señora Sansón, por la Iglesia y por el civil. En escena aparece la alcoba de los recién casados. Sansón en dormilona yace en el lecho y hojea el libro Monosílabos trilíteros, *de don Santiago Key Ayala, en tanto su largo pelo y sus tremendas barbas cuelgan a los costados del tálamo.)*

DALILA *(lloriqueante)*:

Me desagrada, Sansón,
que andes con ese pelero.
¿Acaso con el barbero
te enfadaste, mi pichón?

SANSÓN:

Sobre la faz del mundo, esposa mía,
no hay peor cosa que una barbería.
Hay que esperar aproximadamente
tres horas mientras pelan a otro cliente
y si quieres leer te dan a veces
revistas publicadas hace meses.
Navajas amelladas
te cruzan de rasguños y puntadas.
Usan saliva al remojar la brocha,
te ponen la cabeza hedionda a quina
y te dejan después sin una locha
entre la manicura y la propina.

DALILA (*cariñosa*):

¡Pero te ves tan feo!

SANSÓN:

No importa. El enemigo filisteo
sentirá de Israel la leña amarga
mientras yo tenga la tumusa larga.

(Dalila comprende que por ese camino no consigue ni agua. Entonces toma el libro que Sansón hojeaba y se pone a leer en alta voz un fragmento de los Monosílabos trilíteros. *Como era de esperarse, Sansón cae dormido en redondo a la sexta página. Dalila, tras cerciorarse de que no viene nadie, extrae los útiles de barbería de donde los tenía escondidos, ata una servilleta al cuello del durmiente, le enjabona la barba, se la afeita, le raspa el cuero cabelludo con una máquina número cero, le propina una fricción de colonia y un masaje facial, e incluso le corta con una tijerita los pelillos de la nariz,*

que en Sansón no son propiamente pelillos sino crines de caballo. El preclaro israelita queda como nuevo. Pero Dalila, aún insatisfecha, completa su maquillaje sacándole los ojos con la tijera grande del jardín.)

SANSÓN (*despertando*):

Dalila, me vuelven loco
tus cariñosos antojos.
¿Por qué me raspaste el coco
y me sacaste los ojos?

(Dalila lo mira despectivamente e inicia mutis con sus corotos. Desde la puerta inventa la danza apache para despedirse.)

DALILA:

¡Adiós, Sansón!
Los pelos que te he cortado
que te he tronchado,
fueron tu perdición.
¡Adiós, Sansón!

SANSÓN (*inventando a su vez el tango argentino*):

No me importa que me hayas malogrado,
no me importa que me engañes con quien sea,
por la herida de mi amor abacanado
te perdono mi pebeta filistea.
No te vayas, mi Dalila,
pero si siempre te vas
me quedo ciego de pila
esperando que volvás...

(Pero ya Dalila ha puesto sus lindos pies en polvorosa.

Quien entra a escena es el Profeta y se rasga las vestiduras al encontrar a Sansón burriciego, corniveleto, mansurrón y lampiño.)

SANSÓN (*llorando*):

¿Dónde está mi Dalilita
tan sabrosa y tan bonita?
¿Será verdad que ha partido
o está jugando escondido?

EL PROFETA (*despertando*):

¡Eres un pobre general francés!
La que dejó tu cabellera trunca
ni es hoy Dalila ni lo ha sido nunca...

SANSÓN:

¿Pero entonces quién es?

EL PROFETA:

¡Esa mujer, de Satanás alumna,
es la Quinta Columna!

(Y cae el telón sin que la conmovedora experiencia de Sansón le haya sido de ninguna utilidad a innumerables países europeos de esta época.)

[1942]

LA LOCURA DE LUCÍA

(Biblioteca del Führer. Retratos de niños judíos muertos y mapas universales con banderitas alemanas clavadas en todas partes —incluso en Venezuela— decoran las paredes. Adolfo, con los pies cruzados sobre el escritorio, medita y sonríe. Al alcance de su mano está encendido un poderoso aparato de radio.)

ADOLFO:

Cien mil veces gloriosas, viento en popa,
mis legiones trafican por Europa.
Bailando el vals bajo la luna llena
siguen mis tropas disfrutando a Viena.
En brazos de flamencas damiselas
pernoctan mil soldados en Bruselas.
Y bajo el signo de la flor de lis
duermen mis generales en París.
Sólo Rusia me falta. Pero ya
su ejército papilla vuelto está.
Y en esta fulgurante nochebuena
hallacas de caviar tendré por cena.

LA RADIO:

Kuibyshev, diciembre diez.

El alto mando nazista
a las puertas de Moscú
apacigua su embestida.
Treinta grados bajo cero
el termómetro registra.
Pero peor que Pacheco
es la inquietante noticia
de que el ejército ruso
ha pasado a la ofensiva.

ADOLFO:

Alegrías de tísico, sin duda,
las de esa gente a quien la nieve ayuda.
Nunca ha soñado el pensamiento mío
conquistar a Moscú con tanto frío.
Más tarde, cuando roce la pradera
la mano tierna de la primavera,
cuando estalle en claveles encarnados
el corazón dormido de los prados,
cuando en esas estepas hoy marchitas
sean luceros en flor las margaritas,
cuando al alto nidal de las encinas
retornen las errantes golondrinas,
cuando en la frente gris del campanario
despunte el canto de oro del canario,
en esa primavera esplendorosa
deshojaré a Moscú como una rosa.

LA RADIO:

Kuibyshev, diciembre trece.
Las tropas rusas avanzan
tras el Mariscal Von Bock
que va en franca retirada.

En las ciudades soviéticas
suenan locas las campanas.
Lyna, Efrenov y Tichvin
han sido reconquistadas.
Mientras tanto Timoshenko
reparte leña en Ucrania.
Empieza a cundir la jinda
en las tropas alemanas.

ADOLFO:

No es posible, Sigfrido, no es posible
derrotar a mi ejército invencible.
Mentira, repugnante y vil mentira
la de esa radio hebrea que conspira
contra mí, contra el Führer, contra el ario
domador del sistema planetario.
Yo escucho los clarines infernales
que proclaman mi triunfo en los Urales.
Yo percibo el tambor de Belcebú
resonando en las calles de Moscú.
¡Decidme, Padre Nietzsche, si hay jujú!
¡Goebbels, Himmler, venid, hablad, temblad,
contadme la verdad!
¡Qué bello país el de América, papad!

LA RADIO:

Moscú, diciembre diez y ocho.
Hace tiempo cayó Klín
y como mango maduro
cayó también Kalinín.
Ya ni sueñan los nazistas
con las torres del Kremlín
sino que corren y corren
por las estepas sin fin

demostrando que esta vez
no es italiano el patín.

No los alcanza ni el viento,
no los iguala el ciclón.
Así no se fue de Rusia
ni el difunto Napoleón.
Los muertos en los caminos
desgarran el corazón.
Los prisioneros a Stalin
le piden la bendición.
Pierde su faja chiquito
el que nace barrigón
y si el cochino está gordo
hasta el rabo es chicharrón.

ADOLFO:

¡Callad, oh miserables locutores,
embusteros, falaces y traidores!
¡Losovsky, yo no masco esa galleta!
¡Yo soy Garrick, cambiadme la receta!

(Le saca la lengua a un busto de Bismarck y continúa su discurso.)

San Francisco de Asís, el buen hermano.
cometía pecados con la mano.
No me mueve, mi Dios, para quererte
tus intenciones de prestarme un fuerte.
El campesino socarrón del Tuy
le lleva flores a Pérez Dupuy
y las conspicuas aves de corral
dan vivas al Partido Liberal.

(Cantando como soprano lírica.)

Mi madre fue regente de mancebía
y mi padre un tahur.
Pero yo no soy Hitler: yo soy Lucía
de Lamermur.
No ha nacido, ni nunca nacer podría
quien me corte el cambur.
Porque cambur no tengo: yo soy Lucía
de Lamermur.

LA RADIO:

Ginebra, diciembre veinte.
Dice el Papa desde Roma
que Lucía de Lamermur
se ha vuelto loca de bola.

(TELÓN)

[1941]

LA CAÍDA DE STALINGRADO

I

(Gabinete de Hitler. El Führer se pasea, energúmeno y espumante. Está en espera de Goebbels, a quien ha mandado traer gentilmente con la Gestapo. Cuando Goebbels aparece, temblequeante y renqueando, estalla la cólera de Adolfo.)

HITLER:

Cojo farsante, pulpo vertebrado,
choricito de pus hecho persona,
gusano de albañal, gata ladrona,
¿por qué resiste aún Stalingrado?

Hace un mes ya que le anunciaste al mundo
nuestra entrada triunfal en dos semanas
y nos hemos quedado con las ganas,
tumor maligno, renacuajo inmundo.

GOEBBELS:

¡Heil Hitler!

2

(Escritorio de Goebbels. El siniestro paticojo despide fuego por los ojos estrábicos. Aguarda a Goering. Y cuando aparecen balanceándose los ciento diez kilos del Mariscal, se le abalanza como una tigra.)

GOEBBELS:

Vaca lechera, saco de mondongo,
tonel de caca y condecoraciones,
¿en dónde te amputaron los riñones,
Mariscal marical, cochino congo?

Creyendo en tus berridos, buey idiota,
tomar a Stalingrado he prometido
y si hoy Stalingrado no ha caído
es por tu culpa, estúpida chayota.

GOERING:

¡Heil Hitler!

3

(Cuartel general de Goering. El voluminoso mariscal está convertido en una elefanta salvaje. Espera al general Von Bock, a quien ha hecho traer desde el lejano frente ruso. Al final entra Von Bock, rígido y pálido, y se cuadra prusianamente.)

GOERING:

Militar sin honor, generalucho,
cornudo sin mujer, degenerado,

¿por qué en vez de tomar a Stalingrado
a ti, Von Bock, se te quebró el serrucho?

Amargo será el fruto de tu insania,
viscoso sodomita irresponsable,
tuya será la culpa, miserable,
del deschorizamiento de Alemania.

VON BOCK:

¡Heil Hitler!

4

(Tienda de campaña del general Von Bock. El seco arenque uniformado ha citado a sus oficiales, vuelto una macagua. Los oficiales acuden y esperan el leñazo.)

VON BOCK:

No sois soldados sino bailarinas,
no sois acero sino estiércol blando;
yo no tengo oficiales a mi mando
sino un corral de itálicas gallinas.

Os lanza Nietzsche un salivazo eterno
ya que por no tomar a Stalingrado
envolverá a mi ejército extenuado
cual mortaja blanquísima el invierno.

LOS OFICIALES:

¡Heil Hitler!

5

(Los oficiales están reunidos en pleno campo de batalla, entre fosos y alambradas. Esperan a Fritz Hansen, soldado raso, para leerle una sentencia que le concierne. Fritz se acerca con esa cara de becerro destetado que es patrimonio de los soldados alemanes.)

UN OFICIAL *(leyendo)*:

«Porque cumplir no supo su deber
de tomar la ciudad de Stalingrado,
el cobarde Fritz Hansen fusilado
será al amanecer...»

FRITZ HANSEN:

¡Heil Hitler y Heil su madre!

6

(Amanece. Una descarga troncha la vida bovina del soldado Fritz Hansen. Y ante la absoluta imposibilidad de que caiga Stalingrado,
cae el telón.)

[1942]

EL JALAR DE LOS JALARES

Hasta que sople el día y huyan las sombras, me voy al monte de la mirra y al collado del incienso.

SALOMÓN

MIRRA esparcen los graves senadores
incienso los gallardos diputados,
y cual blancos cabritos saltadores
irrumpen sus vocablos deslumbrados
tejiendo hermosos salmos y loores
en honor del Supremo Magistrado.
¡Qué fuerza, qué riñones y qué brío
ponen en el jalar, oh pueblo mío!

Cual de Jerusalem frescas campanas
las sus voces repican tiernamente
derramando canelas cortesanas
en el legislativo y seco ambiente,
y un rubor de granadas y manzanas
empurpura la faz del Presidente.
¡Escuchadlos, oh pueblo, cómo jalan
y cómo el canto de David igualan!

DIPUTADO POR EL ESTADO FALCON:

Ninguno como Él, fuerte y austero,
inteligente, noble, generoso,
entre los Isaías el primero,
entre los gobernantes el coloso;
igual que el de Absalón flotó ligero,
flota al viento el su pelo caudaloso.

¡En trono de azafrán, oh Salomón,
te haremos general de división!

SENADOR POR EL ESTADO ARAGUA:

Se engrifan de trompetas los collados
para alabar la gracia de el su nombre;
se postran de rodillas los letrados
para ensalzar la gloria del gran hombre;
salgamos por los montes y los prados
en caravana audaz que al mundo asombre.
¡Cantemos las hazañas de Isaías
al son de las más dulces chirimías!

DIPUTADO POR EL ESTADO FALCON:

Moreno soy, pero también coriano
y cualquiera es moreno en esta tierra;
yo vengo desde el huerto falconiano
a exaltar las virtudes que Él encierra;
Él es un astro abierto en el arcano
que torna en clara luz mi suerte perra.
¡Deshojemos panales y estrellas,
oh nietos de Noé, sobre sus huellas!

SENADOR POR EL ESTADO LARA:

¿Quién es aquel que sube lentamente
y al Congreso presenta el su mensaje?
Es Él, el más eximio Presidente,
sabia la mano y elegante el traje,
con un genio encerrado en la su frente
y un cóndor palpitando en su equipaje.
¡Despertad, venturosa patria mía,
y rendidle al mi jefe pleitesía!

DIPUTADO LIBANÉS POR EL ESTADO ANZOÁTEGUI:

Yo traigo de Damasco las higueras,
del monte Galaad rubios trigales,
dátiles que Esebón en sus palmeras
cuajó como zafiros vegetales,
del Líbano las telas volanderas
y de Stambul babuchas patriarcales.
¡Asomado a la puerta de tu tienda,
junto a tus pies, Señor, pongo mi ofrenda!

(Mirra esparcen los graves senadores,
incienso los gallardos diputados,
y cual blancos cabritos saltadores
irrumpen sus vocablos deslumbrados
tejiendo hermosos salmos y loores
en honor del Supremo Magistrado.

¡Y el miedo que yo tengo, hijos de Sión,
es que echen a perder a Salomón!)

[1943]

ORIGEN DE LAS CORRIDAS DE TOROS

(Alcoba de Madame Putifar, en Egipto. Una esclava asiria le echa aire, con pesado abanico de plumas, a su señora que yace tendida en mullido diván. Por cierto que Madame Putifar es un maravilloso espécimen de mujer, capaz de alborotarle las hormonas masculinas a la propia esfinge del desierto. Todas las curvas del Nilo florido, todo el calor del Sahara ardoroso, toda la majestad de las pirámides imponentes, están presentes en su descacharrante cuerpo africano.)

MADAME PUTIFAR (*a su esclava Aída*):

Yo quiero ver al judío
que encontraron en el pozo,
aquel del rostro sombrío,
alto, moreno y buenmozo.
Yo quiero ver a ese hombre
que me ha quitado la vida,
anda a buscarlo en mi nombre
a todo vapor, Aída.

(Sale presurosa Aída en busca de José. Madame Putifar adopta una postura tentadora en el lecho, dejando al descubierto una pierna como la soñó Fidias y como me la recetó el médico.)

AÍDA (*entrando con José*):

Aquí está, señora mía,
el Pepe que usted pedía.

(*Madame Putifar silba la Marcha de* Aída. *Aída comprende la indirecta y se marcha. Penetrantes olores a mirra, cigarrillos turcos y mujer recién bañada hacen palidecer al israelita.*)

MADAME PUTIFAR:

Tú que adivinas los sueños
de las vacas y del trigo,
¿sabes que sueñan contigo
mis tiernos brazos trigueños?
¿Sabes que ya no podré
vivir sin vivir en ti
y que desde que te vi
me muero por ti, José?

JOSÉ (*ruborizado*):

No me ponga usted, señora,
en tan grave compromiso.
Comprenda usted que ya soy
amigo de su marido
y que cometer traiciones
no es mi misión en Egipto.

MADAME PUTIFAR:

¡No me mortifiques tanto!
¡No seas maluco, Pepito!
Pórtate como quien eres,
como gitano legítimo...

JOSÉ (*aproximándose al diván*):

Yo por las buenas, Madame,
siempre he sido casto y digno.
Solamente por las malas
y ante la fuerza me rindo.

(Al oír aquello Madame Putifar, que ahora tiene a José al alcance de su mano, le zumba un zarpazo y le arranca la túnica, dejándolo en paños menores, que para aquella época no se usaban. Y en ese preciso instante, por una fatal coincidencia, entra a la alcoba sorpresivamente Putifar en persona.)

MADAME PUTIFAR (*a José*):

¡Encomiéndate al Buey Apis
que apareció mi marido!

(Putifar es un ejemplar de varias arrobas, berrendo en colorado, con mucha pólvora y unos cuernos por las nubes. Al ver a José desnudo y con la túnica en la mano, se le abalanza esgrimiendo un machete primitivo que usaban los egipcios para cazar cocodrilos. A José no le queda otro recurso sino defenderse con la túnica y propinarle con ella a Putifar seis verónicas con los pies juntos y las manos bajas, de pura estirpe gitana, que remata con un recorte ceñidísimo y pinturero.)

JOSÉ (*acariciándole un cuerno a Putifar en un desplante temerario*):

¿Por qué me quieres matar,
Putifar, si soy tu amigo?
Entre tu mujer y yo
ningún miriñaque ha habido

y si me hallaste desnudo
fue porque la doña quiso
en un arranque amistoso
que le mostrara el ombligo.
En vez de manchar tus manos
con la sangre de un judío,
préstame cincuenta rupias
y me marcharé de Egipto.

(Putifar vacila un instante, luego se apacigua, descuelga la escarcela de su cintura y le presta las cincuenta rupias que José le pide. Son las «banderillas». Sin embargo, al sentirse banderilleado, Putifar se enardece con el castigo y vuelve a embestir.)

PUTIFAR:

Con este puñal sangriento
voy a matarte, cretino.

JOSÉ *(cayendo de hinojos)*:

Perdóname la existencia,
¡de rodillas te lo pido!

(Lejos de perdonarlo, Putifar vuelve a la carga, machete en ristre. A José, arrodillado e indefenso, no se le ocurre sino desprender una cortina que le queda cerca. Y ahí mismo, aguantando mecha con las dos rodillas en tierra, la da al Gran Visir dos ayudados por alto y uno de pecho que son una preciosidad. Después se levanta, se pasa la cortina para la izquierda y dibuja seis naturales seguidos, doblando la figura como los grandes y sin moverse un palmo de terreno. Putifar se detiene un instante a tomar aliento.)

MADAME PUTIFAR (*a José*):

Si no te defiendes, Pepe,
te matará ese bandido,
y si tú falleces, yo
falleceré de fastidio.
¡Toma esta lanza caldea
de mi abuelo Ramsés Quinto
y sin compasión de Dios
clávasela en el morrillo!

(José toma la lanza de manos de tan fastuosa moza de estoques, se perfila frente a Putifar y, cuando éste arranca una vez más sobre él, logra una perfecta estocada recibiendo que tumba al Gran Visir en redondo, sin puntilla y listo para el arrastre.)

MADAME PUTIFAR (*sacando el pañuelo*):

¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué salero y qué tronío!
¡Qué faena y qué estocada!
¡Mi José! ¡Mi Joselito!

(Y, mientras cae el telón, Madame Putifar le concede la oreja y otros apéndices a José.)

[1943]

ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

Personajes: ADÁN, EVA, LA SERPIENTE, EL ÁNGEL y JUAN BERNARDO ARISMENDI.

(Al levantarse el telón acaba de realizar Jehovah la primera intervención quirúrgica que registra la historia de la toracoplastia. Adán despierta, absorto y mudo, se palpa el costillar disminuido, se calza pantuflas y bata de baño, antes de darse cuenta de la presencia de Eva, que permanece acurrucada al fondo de la escena, al pie de un apamate, acabadita de sacar del horno.)

ADÁN:

¿Quién es usted, señora?

EVA:

Yo soy tu mujercita que te adora.

ADÁN:

¿A mí solito y con amor profundo?

EVA:

A ti solito. Desde que te vi
supe que para mí
ya no existía más hombre en este mundo.

ADÁN:

Y verdad que no existe. Yo me aburro
y le envidio la burra al pobre burro.

EVA:

Pero ya estoy aquí. Por mi presencia
adquirirá sentido tu existencia:
verás la poesía de las cosas,
te embriagará el aroma de las rosas,
y cuando en la mañana florecida
mi voz como un arrullo te despierte,
amarás la luz limpia de la vida
y odiarás la tiniebla de la muerte.

ADÁN:

¡Bienvenida seáis! ¡Qué feliz soy!
Vamos a celebrar el día de hoy.

EVA (*ladina*):

Está llena de trinos la enramada
y es un salmo a la vida la mañana.
Celebremos, bien mío, mi llegada
comiendo entre los dos una manzana.

ADÁN (*aterrado*):

¡Manzana, no! Porque Jehovah me dijo:
«Nunca te acerques a esa fruta, hijo!»

y si a tu dulce insinuación me presto,
el Viejo que en pelillos no se para
aplicarnos querrá el Inciso Sexto
y el temible clarín de la Ley Lara.

EVA:

¿Cómo que tienes miedo?

ADÁN:

Tal vez. Pero no puedo...

(La Serpiente lo interrumpe sonando sus campanillas con más energía que un Presidente de la Cámara empeñado en hacer pasar una Ley del Ejecutivo. Adán, supersticioso como buen gitano —¡era gitano er tío!—, intenta salir corriendo cuando divisa la bicha. Eva lo sujeta por un brazo.)

LA SERPIENTE (*cantando*):

Escuchen esta verdá
que va diciendo la copla:
si Adán no come manzana
es porque Adán ya no sopla.

ADÁN (*a la Serpiente*):

¡Labrarás nuestra desgracia!

EVA (*a Adán*):

Basta ya de discusión;
sométela a votación.
¿O es que aquí no hay democracia?

ADÁN (*parlamentario*):

Los que estén por pegarse del manzano
que levanten la mano.

(Eva y la Serpiente hacen la señal de costumbre.)

ADÁN (*que es un zángano*):

Ya veis. No es culpa mía
si me someto ante la mayoría.

(Cae el telón y la escena permanece encortinada mientras Adán y Eva se comen la manzana. A los siete minutos, más o menos, vuelve a subir el telón.)

ADÁN (*con un palillo entre los dientes*):

¡Buen almuerzo, hija mía!

EVA (*cariñosa*):

¿Yo no te lo decía?

(En ese instante baja de los cielos en picada y con el machete desenvainado un Ángel tremendo, injerto de samurai japonés con guardia civil español.)

EL ÁNGEL (*a Adán*):

Gusano vil, reptil desobediente
que provocas las iras del Señor,
«por el trabajo sudará tu frente»

(*a Eva*)

«y tú tendrás los hijos con dolor».

ADÁN (*consolando a Eva que rompe a llorar*):

Anularé la maldición del cielo
y el verbo de Jehovah que nos desprecia:
para el sudor inventaré el pañuelo
y para tus dolores la anestesia.

EL ÁNGEL (*llevando a cabo el primer deshaucio de la historia*):

¡Fuera de aquí! Fuera de aquí *ipso facto,*
pareja lujuriosa y altanera;
si no cogéis el cachachá en el acto,
os pongo los corotos en la acera.

(Adán y Eva abandonan el Paraíso; se detienen desorientados a la puerta; no conocen a nadie en el barrio; no saben adónde ir. Es entonces cuando aparece Juan Bernardo Arismendi.)

JUAN BERNARDO:

¿Qué sucede? El casero ¿qué les hizo?

EVA (*gimiendo y llorando*):

Nos arrojó, señor, del Paraíso.

JUAN BERNARDO (*convincente, a Adán*):

El Paraíso, mi querido amigo,
pasó de moda y, además, no es bueno
con tanto olor a Guaire y tanto cieno.
Yo en cosa de minutos te consigo
mucho mejor situado un gran terreno.

LA SERPIENTE (*a Adán*):

> No le hagas caso, Adán, porque en tu vida
> lograrás cancelar esa partida.

JUAN BERNARDO (*a la Serpiente*):

> ¡Satanás, *vade retro*!

(*a Adán*)

> Te ofrezco un terrenito en La Florida
> a setenta bolívares el metro.

(Adán se entiende rápidamente con Juan Bernardo, le firma las escrituras, le compra el terreno. Y luego, bajo un espléndido atardecer, cruzado el cielo por la ira anaranjada de Jehovah, se aleja del Paraíso nuestro padre Adán, nostálgico y dolorido, es cierto, pero con su carretilla de manzanas por delante.)

(TELÓN)

[1941]

EL SEGUNDO FRENTE

(Evocación de Amado Nervo.)

El día que te abras tendrá más luz que mayo.
Tronarán los cañones con el fulgor del rayo,
estallarán las bombas como bermejas rosas
y lucirán hermosas
las ametralladoras de metálico tallo.

Los soldados ingleses
irán por las laderas
cual tigres montañeses,
cual implacables fieras.

La noche que te abras los pueblos ocupados
entonarán triunfantes arpegios olvidados.
Entrelazando nubes cual cándidas palomas
volarán tus aviones sobre montes y lomas
y con temblor de cabras
escaparán los nazis el día que te abras.

El día que te abras al Führer prepotente
un pavor de gallina le empañará la mente.
Al reventar los tiros el día que te abras,
chillará el cojo Goebbels sus más sucias palabras
y buscará refugio en los montes remotos
el adiposo Goering con los fondillos rotos.

El día que te abras será cada disparo
mariposa de luz. Cada estallido faro
de alumbrar el futuro, cada grito un cantar,
cada puñal un lirio, cada tanque un altar.

El día que te abras, mi querido Segundo,
¡de qué vaina tan grande se habrá salvado el mundo...!

[1942]

ELEGÍA A 1942

CUANDO esta noche suenen las doce campanadas
y el cañonazo esparza cantos y carcajadas,
Mil Novecientos Cuarenta y Dos,
será que habrás cumplido tu pautado destino
y que entre agudos gritos, como murió el cochino,
te estás muriendo vos.

La muerte de los años, como la de las suegras,
espanta de la mente las mariposas negras
y siembra juncos de emoción.
A mí personalmente me da pena contigo,
año Cuarenta y Dos, porque yo fui tu amigo
de todo corazón.

Es cierto que empezaste con un tinte pavoso
y en tus primeros meses el nipón venenoso
llegó hasta el propio Singapur.
Y Rommel victorioso vislumbró Alejandría
y en Rusia mordió el polvo pese a su valentía
Sebastopol al Sur.

En nuestra pobre tierra, promediando febrero,
Franco Quijano obtuvo su triunfo electorero
con turbios métodos de ayer.

Y frente a Curazao, con perfidia inhumana,
submarinos del Eje sangre venezolana
llegaron a verter.

Pero diste la vuelta. Y al pie de Stalingrado
puso tortas gigantes el nazismo malvado
y enrojecióse el ancho Don
con la sangre podrida del fascismo mostrenco
y a las huestes del Führer las metió Timoshenko
de bolsón en bolsón.

En el norte del África los muchachos de América
asaltaron intrépidos cual la pléyade homérica
a Casablanca y a Rabat.
Y Francia que tenía la altiva frente rota
sacudióse, y volaron del invasor la flota
los nietos de Marat.

Más tarde Rommel mismo se puso los patines,
ametralló la Raff los germanos confines
y Roma y Nápoles también.
Y los triunfos asiáticos de Hirohito y su bando
en saltitos de geisha se convirtieron cuando
tembló el merequetén.

También en Venezuela la cosa se compuso,
las bragas democráticas Isaías se puso,
cambures fláccidos cortó;
rompimos relaciones con las bestias fascistas,
se acabaron las multas para los periodistas
y el Rastrillo quebró.

Y cuando se acercaba tu suspiro postrero,
Medina pidió cuentas al musió petrolero
con luz de patria en el sermón;

el voraz Míster Linam salió por la tangente
y el pueblo entusiasmado le gritó al Presidente:
«¡Adelante, Pelón!»

Por eso te despido con fraternal abrazo
y cuando tu agonía la anuncie el cañonazo
brindaré en honor tuyo. Y brindaré también
porque en el Año Nuevo que nace cristalino
las banderas sangrientas del fascismo asesino
se frieguen por los siglos de los siglos. Amén.

[*Diciembre de 1942*]

RESPONSO A LA CEIBA DE SAN FRANCISCO

Bien sé que todavía no te has muerto,
pero ya la agonía de tus ramas
la anuncia un arbolista tan experto
como el doctor Oramas,
y opina que tus bases de cemento
la causa son de tu fallecimiento.

Mas yo impugno el botánico argumento
que dan esos fitólogos ladinos:
lo que te mata a ti no es el cemento,
lo que te mata a ti son los vecinos.

Corredores de bolsa, diligente
enjambre humano que en tu tronco zumba
vendiendo en ciento lo que vale veinte:
más probo es el silencio de la tumba.

Banco Venezolano de Crédito, tesoro
que frente a ti Pérez Dupuy abarca
mientras oculta sus reservas de oro:
más blanda es la guadaña de la Parca.

Casi un siglo vivir junto al Congreso
oyendo tantas vainas sin moverte,

no hay piedra ni árbol que resista eso:
más noble es el regazo de la muerte.

Y cuando al norte tu mirada pones
le hacen «cantar» a un preso cualquier cosa
en el Servicio de Investigaciones:
más humano es el hielo de la fosa.

Y en San Francisco, erguido ante tu vista,
bajo sus naves que la historia aureola,
pronuncia su evangelio falangista
un cordero bisnieto de Loyola.

Y en la Universidad, cuyo recuerdo
hace reverdecer tu savia brava,
escuchas el clarín de Pepe Izquierdo
y el rugido feudal de Calatrava.

Por eso yo rechazo el argumento
que dan los arbolistas bizantinos:
lo que te mata a ti no es el cemento,
lo que te mata a ti son los vecinos.

[1942]

EPÍSTOLA LÍRICA

(De un morrocoy vanguardista
a su hermano el tranvía.)

HERMANO de la percha erguida y el vientre con bancos,
refugio de las cocineras con cesta
y de los ancianos que tiemblan en los autobuses,
paciente hermano que simbolizas
la electrificación de nuestra raza.
Hermano que perteneces
a la aristocracia venezolana
porque eres sobrino de Nicomedes Zuloaga
y tienes tus abuelos en Inglaterra.
Eres una añoranza que camina
despacito, pero que camina.

Se te humedece la percha pensando en el pasado.
Cuando le dabas la vuelta al Paraíso
rebosante de muchachas bonitas;
cuando los caballeros te montaban de un salto
para demostrar al público que todavía soplaban;
cuando bajabas hacia Candelaria
pleno de colegialas y suspiros,
de cartas primerizas de amor en los carrieles
y adolescentes emocionados en la plataforma;
cuando remontabas hasta La Pastora
pujante de trigueñas admirables
como un tiesto de flores que hubiese echado a andar.

Qué tiempos aquellos los de Mister Ludford,
cuando costaba medio pisar tu carapacho
y sabías deshojarte en boletos rosados
como una flor que diese sus pétalos al pueblo.
Hoy, hermano tranvía, eres un pobre diablo.
Sobre tu melancólica paciencia
llueven las maldiciones
de los choferes y motociclistas,
de los peatones y peatonas,
de toda la ciudadanía
que te tilda de torpe, de inútil y de horrible
y pide a San Cristóbal tu desaparición.

Hermano,
demuéstrales que tienen pudor los morrocoyes
y vete de Caracas para siempre *toujours.*

[1941]

RESPONSO AL GRUPO VIERNES

Como el sollozo de las mariposas,
como el vuelo imposible de las rosas,
como el lucero abierto
que no supo
hablar de amor a la mañana en ciernes,
ha muerto
el Grupo
Viernes.

Se marchó como lírico turpial
que renuncia al topacio de Las Vegas,
la flor del nido y la emoción del nardo,
Pascual
Venegas
Filardo.

Huyó como el arroyo opalescente
que copia el cielo sin mirarlo casi,
Vicente
Gerbasi.

Alejóse cantando
por entre madreselvas y perdices,

Fernando
Cabrices.

Fugóse cual jazmín de espuma roto
en la ternura verde de la ola,
Otto
De Sola.

Lo abandonó cual abandona el cedro
deshilachando rumbos el cuclillo,
Pedro
Sotillo.

Se escabulló como se escurre el diablo
entre engendros del Bosco, brujas cojas
y balas de cañón con taquicardia,
Pablo
Rojas
Guardia.

Se fue
cual el espíritu burlón
que escapa al filo de las doce y media,
José
Ramón
Heredia.

Deshojóse cual árboles de Munich
bajo el otoño turbio, hostil y feo,
Ulrich
Leo.

Y se perdió como la nube gris
que cruza los crepúsculos soñando,

Luis
Fernando.

Cual la llanura se quedó desierto,
cual el aliento de las sombras, muerto,
cual el portal del infinito, abierto,
cual el arcano por la luna, tuerto,
cual el sentido de la brisa, incierto,
cual el arcángel pálido, despierto.

Despliegue el viento su canción de cobre
por el grupo disuelto que no supo
guardar la voz de la mañana en ciernes,
el pobre
Grupo
Viernes.

Bailen el tamunangue las sirenas,
aprendan alemán las azucenas,
lloren las golondrinas trashumantes
y vibre
este ramo de ancianos consonantes
sobre la tumba en flor del verso libre.

[1941]

ROMAN DE NEGRIT PEDRIT
Y
REPLIC DE DON BARTOLÍ

(En colaboración con Jesús González Cabrera.)

ROMAN DE NEGRIT PEDRIT

Negrit Pedrit,
Negrit Yuliá,
Negrit bandit,
Negrit malvá.
Tú nunca dá
lo favorí,
Negrit maldit,
¡hijo e tu má!

Domín pasá
Negrit ganó,
cobró mutuá,
se la guardó
¡hijo e tu má!

Tú tá asociá
Manuel Fonsé
pa sujetá
Mariabelé
¡hijo e tu má!

Tú tá igualit
al Tuerto Acó,

tú tá hediondit,
tú tá pavó.

Tú no haces ná
en *El Nacioná,*
cobras tu reá
sin trabajá.
Tas com un clav
con Viejo Oté,
te da centav
pa Carrusé.
¡Tú tás armá!

Tú tá sobrín
Madam Lalá,
tú tá cochín,
tu tá ensuciá.

Un dí perdí
en el pasá
de Martiní
llegó Gaspá.
Trajó su pel ensortijá,
vinó a curá con oració,
era una fiera pa cobrá
y lo agarró Investigació.
¡Ése es tu abuel, Negrit Yuliá!
No sé pa qué salió Moná
a libertá tantos esclá:
¡Martín Tová, Mono Zuloá,
Catir Lover, Pedro Yuliá!

Tú tá parién Lucas Manzá,
tú tá parién Pedro Beró,
tú tá parién Rodríguez Cá,

tú tá parién Negro Escaló.
Tú tá parién Cuto Lamá,
tú tá parién Andrés Eló,
tú tá parién Sergio Antillá,
tú tá parién Marián Picó.
Tú tá parién de Juan Liscá,
tú tá parién Negro Avejó,
tú tá parién Mono Gonzá,
tú tá parién Mayor de Ró.
Tú tá parién Carlos Morá,
tú tá parién Silva Bolí,
tú tá parién Antonio Arrá,
tú tá parién de Perro Chí.
Tú tá parién de Betancú,
tú tá parién de Luis Beltrá,
tú tá parién Santiago Azpú,
tú tá parién Fariñ Salgá.
Tú tá parién Jesús Leopó,
tú tá parién Gustav Machá.
tú tá parién Alfredo Có,
tú tá parién Cucú Corá.
Tú tá parién Abinadé,
tú tá parién Perico Brá,
tú tá parién Carlo Agudé,
tú tá parié Martín Ayá.
Tú tá parién de Marturé,
tú tá parién de Platiná,
tú tá parién Portocarré,
tú tá parién Paz Salazá.
¡Tú tá parién to esa negrá,
negrit bandit, Negrit Yuliá!

Voy a buscá Carlos Delgá,
voy a buscá Pérez Jimé,
voy a buscá Llovera Pá,

voy a buscá Celis Paré.
Voy a buscá Mono Mendó,
voy a buscá Molina Herré,
voy a buscá Turc Casanó,
voy a buscá todo el Ejé,
pa que te acaben de arreglá,
pa que te manden pal Dorá,
Negrit bandit, Negrit Yuliá,
Negrit Pedrit, ¡hijo e tu má!

DON BARTOLÍ REPLIC PEDRIT

Querid Parién:
Antes que tó muy feliz á
pá tí y pá tó la parentá.

No fui a la cen de Noche Buén
porque yo estab comprometí;
mi tá apená con Inocén,
mi tá apená con la famí.

Tú sab que yo gozo un puyé
viendo a mi hermana Carmelí,
mitá y mitá con el Copé,
mitá y mitá con comuní
Ella tá blanc por los Cebá,
ella tá oscur no sé por qué,
a lo mejó fué un salto atrá...
pero salió café con lé.

En la bodeg de un barc negré
mi abuel y el tú
salieron jú.

Los contrató Padre Las Cá
pá realizá trabá forzá
en la regió de Barlové.

El barc llegó a la Martiní
y allí tu abuel, negro avispá,
viejo Gaspá carabalí,
botó caden, botó bozá
y echó a corré como un vená.

El barc siguió su itinerá
hacia la dulce Venezué,
hacia los frescos cacaotá
del sandunguero Barlové.

En una oscura medianó
se paró el barc en Higueró.
Mi pobre abuel no sabe ná
y de repén llegó un cará
con una car bien amarrá
y dic mi abuel: «¡Tú vas pa bá!»
Me lo bajaron amarrá,
me lo montaron en cayuc
y el Capitán —blanco maluc—
gritó a la gente de la plá:
«Allá les vá un papa má,
Kid Chocolá Lope Cebá!»

(Y allí, entre sus manos, resonó el bongó
y allí hizo su rancho de tierra pisá
y allí, por la gracia del Padre Changó,
fundó una familia negra pero honrá.

Y de esa manera mi abuelo y el tú
y tantos abuelos del lar guaricongo

trajeron su savia caliente del Congo,
de Liberia, Uganda, Gando o Tumbuctú
y formaron este sabroso mondongo
de nietos bembones con la sangre azú.
Por eso me extraña, mi ecobio Pedrit,
que en cierto romance que me han enseñá
falte tanta gente muy encopetá
que fundió blasones y forjó su tit
en el mismo molde de Madam Lalá.)

¡Aé!
¡Vamos a vé!
En el román que te han escrí
no tá metí Max Valladá,
no tá metí Borges Uztá,
no tan metí los Coroní.
No tá metí Carlos Lavó,
no tá metí Lorenzo Bré.
no tá metí Veló Mancé,
no tá metí López Villó.

No tá metí Rojas Contré,
no tá metí Jorge Marcá,
no tá metí Gutierr Alfá,
no tá metí Diamante Né.
No tá metí Carlos Ibá,
no tá metí Félix Guerré,
¡aé,
ta quere bruca maniguá!

No tá metí Blanco Chaté,
no tá metí Blanco Meá,
ni Blanco Urí, ni Blanco Gá,
ni el mismo Blanco Monasté,

ni tanto Blanco esgaritá
que al contemplase tan trigué
se ponen Blanc pá despistá.

No tá metí Alejandro Herná,
no tá metí Pedro Centé,
no tá metí Pepito Herré,
no tá metí Perico Pá.

Se quedó afuera Acosta Sí,
se quedó afuera Acosta Sá,
se quedó afuera Angulo Arí,
se quedó afuera el Pollo Chá.

No tá metí Calv Michelé
que se las echa de aristó
y aunque habla horrores de los né
tuvo un abuelo de coló.

No tá metí Mayor Carrí,
no tá metí Mayor Rangé,
no tá metí Pedro Sotí
no tá metí Miguel Moré,
¡Ramón Velá se quedó afué!

No tá metí mucho bachá
de blanca piel y pelo má:
los Boulton Pié,
Angarita Arvé,
Chingo Arismé,
Israel Pé
y Heuer Lá.
¡Yambambó, yambambé!
¡Sensemayá!

Por eso yo taba obligá,
pues soy el piache de mi trí
a reclamá contra injustí
por tanto negro que han boleá.
Y habiendo ya el deber cumplí,
vuelve a deseate un feliz á
y te recuerda su aguiná,
tu primo hermá,

Don Bartolí
Lope Cebá

[1959]

VERSOS CIRCUNSTANCIALES

EL MATRIMONIO DE ANDRÉS ELOY

(De cuando se casó Andrés Eloy Blanco y *El Morrocoy Azul* rindióle homenaje con un romance.)

El Morrocoy te saluda,
hermano de paso lento
que tardaste cinco siglos
en echarte el lazo eterno.

Los venados y los gamos,
las liebres y los conejos,
se casan como proceden
o en buen español: corriendo.
Pero tú, Morrocuá Bleu,
quelonio de nacimiento,
fuiste novio cuatro siglos
y comprometido el resto,
y al igual que Abigaíl
te casaste a los quinientos
años de resucitado
por la voz del Nazareno.

A ti, que ayer renunciabas,
pero jugandito, en verso,
al fin te llegó la hora
del renunciar verdadero.
Como el marino curtido
que renuncia al claro puerto,

al echarte al agua tú
renunciaste al «Trocadero»,
y al renunciar a la farra
renunciaste al limonero
del Señor que te brindaba
su jugo sedante y fresco
como gatito jaspeado
para tu ratón perpetuo.
Y como renuncia a Dios
el delincuente perverso,
renunciaste a tus antiguas
veleidades de muñeco.

Eva cruzó tu trigal
con su oscura trenza al viento
y te doró las espigas
con sus dulces ojos negros,
y aprendiste a andar con flores
por el trillado sendero
y no le dijiste: ¡Espera!,
como a Florinda en invierno.

Hoy sólo sé que te casas,
que el amor te curó el miedo,
sólo sé que te escabulles
del nidal de los solteros,
y que ante el sol las pupilas,
maduro pero no viejo,
se te agravó el dulce mal
con que te estabas muriendo
y te hundiste hasta los hombros
en el mar del himeneo.

Y aunque tu nombre sea Blanco,
verte con el tiempo espero,

podado y con Giraluna
por las tierras que te oyeron,
floreado en tus cuatro razas
como floreó el limonero,
con tus angelitos rubios,
con tus ángeles morenos,
con tus angelitos indios
con tus angelitos negros,
que vayan comiendo mango
de La Vega a Puente Hierro.

[1944]

GLOSA PARA YOLANDA LEAL

(De cuando el pueblo de Caracas eligió a Yolanda Leal como Reina del *Base-Ball* venezolano.)

Yolanda de Venezuela,
mi pueblo te necesita
por morena y por bonita
y por maestra de escuela.

El *estrai* de tu sonrisa
rompió su curva en mi pecho
y yo me quedé maltrecho
y abanicando la brisa.
Corredor con mucha prisa,
mi corazón sin cautela
salió en busca de tu escuela
y tu mirada profunda
lo puso fuera en segunda,
Yolanda de Venezuela.

¡Quién fuera *rólin* sin pena
para tu pie acanelado!
¡Quién fuera *flai* elevado
para tu mano morena!
En la tribuna más llena,
donde Juan Bimba más grita,
con tu voz de agua bendita
proclamando la victoria,

para cubrirse de gloria
mi pueblo te necesita.

Cuando para mi desgracia
te alargué la mano terca,
tú me volaste la cerca
con el jonrón de tu gracia.
Reina de mi democracia,
soberana de Pagüita,
en la clara nochecita
de tus ojos retrecheros
me anotaste nueve ceros
por morena y por bonita.

Fuiste línea disparada
hacia tu pueblo, de frente,
y en ti tu pueblo valiente
logró su mejor jugada.
Así quedaste engarzada
en manos de Venezuela,
manojito de canela,
Reina la más majestuosa
por morena y por hermosa
y por maestra de escuela.

[1944]

SALUTACIÓN A GIOCONDA

(De cuando los estudiantes eligieron a Gioconda Stopelo como Reina de la Universidad de Caracas.)

CUANDO algún doctor malvado
con fobia examinadora
quiera amargarme la hora
poniéndome un reprobado.
Lo aguantaré resignado
porque no tengo palanca,
mas le diré con voz franca
que la desventura alegra:
¡qué importa suerte tan negra
con una Reina tan blanca!

Cuando en mi triste pensión
suban a las nebulosas
las negritas y otras cosas
que hacen mi alimentación.
A la dueña del figón
le diré: Doña Florinda,
aunque mi estómago guinda
del cielo por un estambre,
¡qué importa morirse de hambre
con una Reina tan linda!

Cuando no tenga siquiera
para comprar cigarrillos

y estén mis pobres bolsillos
cual talón de lavandera.
No mancillaré mi espera
llorando mi mala estrella
sino que, pensando en Ella,
gritaré con entereza:
¡qué me importa la limpieza
con una Reina tan bella!

Rige una Reina en Holanda
pero es vieja Guillermina
y en la remota Indochina
una Reina tuerta manda.
Ella, en cambio, es dulce y blanda,
y en su cuerpo bien plantado
como río desbordado
se volcó la primavera:
¡Viva Gioconda Primera,
que no la brinca un venado!

[1942]

DÉCIMA A ROSA GUILLÉN

(De cuando le dieron un banquete en «La Bodeguita del Medio» a la esposa del poeta cubano Nicolás Guillén.)

HAY Santa Rosa romana
y Santa Rosa de Lima
pero el santoral no estima
a Santa Rosa cubana.
No es virgen pero es cristiana
y es mártir cual la que más,
pues nadie supo jamás
de tormentos tan extraños
como pasar tantos años
soportando a Nicolás.

[1947]

CORRIDO DE INOCENTE PALACIOS

INOCENTE era inocente
cuando inocente nació
y dice la gente vieja
que era rubio como el sol,
con los ojos más azules
que el cielo de esta nación,
con la barriga más blanca
que la flor del algodón
y el llanto más melodioso
que el cantar del ruiseñor.

Que el cantar del ruiseñor
le fue alumbrando el camino
cuando Inocente creció.

Lo mandaron a un concurso
de belleza y esplendor
donde ochenta querubines
luchaban el galardón
y cuenta *El Cojo Ilustrado*
que Inocente los venció
empatado con Coporo,
otro Narciso en botón

a quien el agua del tiempo
ha vuelto luego un sayón.

En cuanto a Inocente, el premio
ganarlo no lo perdió,
que la hierba es lo de menos
lo que vale es el terrón.

Lo que vale es el terrón
y en la hora de probarlo
Inocente lo probó.

Fue en la noche con espantos
de la Rehabilitación,
cuando el miedo andaba suelto
como burro garañón,
cuando el pensar era un riesgo
y era un delito la voz,
cuando el jagüey era sangre
y era una llaga la flor,
cuando el sueño era la muerte
y era fatiga el amor,
cuando relinchaba el diablo
por esos campos de Dios.

Por esos campos de Dios
salió a buscar la justicia
sin caballo y sin lanzón.
Y fue justicia ordinaria
la justicia que encontró.
Primero lo sepultaron
en un castillo español
en cuyos muros de piedra
rasgaba el mar su bordón.
Luego al llano lo llevaron

como toro al botalón
y con grillete infamante
le sembraron el talón.

Más tarde en oscura celda
le dieron nueva prisión
y por último lo echaron
de la tierra en que nació.
Pero por mucho que hicieron
no le apagaron la voz
ni le apagaron la llama
que le movía el corazón.

Que le movía el corazón
el gran dolor de su pueblo
vuelto su propio dolor.

Y en la mitad del camino
Inocente se casó
con una mujer más sabia
que el difunto Salomón,
de la cual tiene tres hijos,
ases de la natación,
y con la cual en la vida
lucen uno siendo dos
como el galope y el viento,
como el humo y el fogón,
como el verde y la montaña,
como la luz y el farol,
como la nube y el cielo,
como el cuatro y la canción.

Como el cuatro y la canción.
Inocente en el corrido
tiene su definición:

Es músico y no compone.
no canta pero es cantor,
no escribe pero es poeta
no pinta pero es pintor,
tiene el alma en las alturas
como la ceiba la flor,
en la sabana del pecho
no le cabe el corazón
y pertenece a su pueblo
como el cuatro y la canción.

[1952]

CORRIDO DE PEDRO SOTILLO

(De cuando Pedro Sotillo
cumplió cincuenta años.)

CINCUENTA años cumple hoy.

Cincuenta años cumple hoy
mi amigo Pedro Sotillo,
con su mente complicada
y su corazón sencillo,
con su verso de arrendajo
y su pecho de novillo,
con su sombrero ala ancha
de liberal amarillo,
con su liquiliqui blanco
y su mano en el bolsillo,
con su faja sin revólver
y su vaina sin cuchillo,
con su pelo alborotado,
negro tirando a tordillo,
con su risa que no pierde
ni la blancura ni el brillo,
con su aguardiente en el vaso
y su café en el pocillo,
cincuenta años cumple hoy
mi amigo Pedro Sotillo.

Mi amigo Pedro Sotillo.

Mi amigo Pedro Sotillo,
llanero de cuerpo entero,
cantador de verso libre
como el viento sabanero,
poeta de los caminos
y del cántaro casero,
del tejado sin palomas
y la noche sin lindero,
de la quebrada crecida
cuando canta el aguacero,
de la mujer cumanesa
que lo amarró del te quiero.
Pico'e plata de voz clara,
alcaraván palabrero
que Antonio José Sotillo
le regaló al cancionero
cuando al maestro de escuela
le nació el hijo coplero.
Mi amigo Pedro Sotillo,
llanero de cuerpo entero.

Llanero de cuerpo entero.

Llanero de cuerpo entero
como su entero apellido,
generoso como el agua
del caño cuando ha llovido,
franco como la candela
del pajonal encendido,
al cumplir sus cincuenta años
yo le canto este corrido
porque es bueno como el tallo
del junco recién nacido,

porque es campana de bronce
pero es de miel su tañido,
porque es samán doblegado
por la ternura del nido,
porque el amigo en desvelo
nunca lo encontró dormido,
porque siempre anda buscando
lo que sí se le ha perdido.

Llanero de cuerpo entero
como su entero apellido.

[1952]

LA CONFIRMACIÓN DEL CHINO

(De cuando el doctor Juan E. Larralde regresó a Venezuela después de una prolongada ausencia y sus viejos compañeros decidieron confirmarlo con el mismo apodo que le habían adjudicado en la infancia.)

AL pródigo peregrino
que retorna a su querencia
tras largos años de ausencia
bajo el cielo neoyorkino.
Al inmarchitable Chino,
no malico, no lalón,
con tozuda devoción
sus bravos conmilitones,
hoy vetustos cincuentones,
le dan la Confirmación.

Él trae recuerdos perdidos
en el duro trecho andado
de nuestro hermoso pasado
de mocetones fornidos.
Cuando andábamos erguidos
con bastones y sombreros,
con nuestros pelos enteros,
sin dolor en la cintura,
sin barriga ni amargura
y, para colmo, solteros.
A todos nos queda un poco
de aquellos tiempos dulzones
de besitos, almidones
y conservitas de coco.

Tiempos del Bagre y Vitoco,
del *Tea-Room* y del *mah-jong*,
sin letreros en neón,
sin autopistas de audacia
pero con agua de gracia
que mojaba el corazón.

Hoy nos reúne el destino
para su Confirmación
que es casi confirmación
del destino que nos vino.
Confirmemos, pues, al Chino
por cuanto hicimos de bien
y por lo malo también
y porque vivos estamos,
y porque todos soplamos
...cuando encontramos con quien

[1956]

TRISAGIO A PIZANI

(De cuando un sector del clero se mostraba profundamente disgustado porque Rafael Pizani era Ministro de Educación.)

La sin par Anima Sola
y las Siervas del Santísimo
y los siervos del mismísimo
San Ignacio de Loyola.
La dulce Santa Bartola
y el piadoso San Crisanto,
todos sosiegan su llanto
y con los brazos alzados
por Pizani, arrodillados,
dicen: ¡Santo, Santo, Santo!

Son colmenas de oraciones
las franciscanas contritas
y de Conde a Carmelitas
desfilan las procesiones.
Monaguillos en legiones
arrinconan su quebranto
y en el coro estalla un canto
cuando el clero caraqueño
al Ministro merideño
dice: ¡Santo, Santo, Santo!

No había nacido en los Andes
alma tan predestinada,

ni el sabio Padre Moncada,
ni José Gregorio Hernández.
Nunca virtudes tan grandes
se multiplicaron tanto;
Pizani extiende su encanto
de Chachopo a Apartaderos
y los curas parameros
dicen: ¡Santo, Santo, Santo!

Por fin tiene Venezuela
el Ministro apetecido,
el hombre que ha instituido
el rosario en cada escuela.
Lucifer se desconsuela,
Papá Dios agita el manto;
«¡Tiene un *sex-appeal* de espanto!»,
gritan las blancas monjitas
y los padres jesuitas
dicen: ¡Santo, Santo, Santo!

[1960]

CHIQUITO PERO TEMPLADO

(De cuando José Ramón Medina obtuvo el Premio Nacional de Literatura.)

En los altos tribunales
donde fulge la justicia,
suda tinta la impudicia
y penan los criminales,
entre los jueces cabales
por su corazón honrado,
un menudo magistrado
le da fiebre a la quinina:
es José Ramón Medina,
chiquito pero templado.

En el combate decente
donde no se escurre el bulto,
no el del anónimo insulto
sino el del verbo de frente.
Entre la preclara gente
que traza un rumbo empinado,
hay un periodista armado
con talento y vaselina:
es José Ramón Medina,
chiquito pero templado.

En los prados castellanos
donde el verso es una rosa,

una arboleda la prosa
y un semillero las manos.
Entre los limpios hermanos
de Juan Ramón y Machado,
hay un poeta sembrado
con honda raíz de encina:
es José Ramón Medina,
chiquito pero templado.

En el brete doloroso
donde se cala al amigo,
en el llanto sin testigo
y en la pena sin reposo.
En la angustia del acoso
a ninguno le ha fallado
un hombrecito callado
que tiende la mano asina:
es José Ramón Medina,
chiquito pero templado.

[1961]

PEPE OCTOGENARIO

(De cuando el doctor José Izquierdo celebró el advenimiento de sus ochenta años.)

Yo conocí a Pepe un día
de octubre del veinticuatro.
Lugar: un anfiteatro;
clase: la de anatomía.
Al hablar se comprendía
que no hablaba un charlatán
sino un profesor caimán
en la ciencia que enseñaba,
y la voz se le elevaba
alta como el guayacán.

Después lo hallé de adversario
cuando se murió Gregorio,
él derechista notorio
y yo izquierdista sectario.
Le dije reaccionario
y él me llamó orangután,
pero mi arcángel guardián
me advirtió con voz tajante
que estaba ante un contrincante
duro como el guayacán.

Pasaron en cantidad
los años y, por ventura,

Ceres que todo madura
maduró nuestra amistad.
Llaneza y sinceridad
son su biblia y su corán
y fueron el talismán
que reconcilió conmigo
a su corazón de amigo
firme como el guayacán.

Ochenta años cumple ahora
en este doce de enero,
viejo el corpachón entero,
joven la mente ductora.
Cuando se enfurruña añora
a Monagas y a Guzmán,
pero es tan terco su afán
de querer a Venezuela
que lo alumbra una candela
viva como el guayacán.

[1967]

CRÓNICAS MORROCOYUNAS

VENEZUELA APRENDE A SUICIDARSE

NUESTROS hermanos colombianos han constituido, hasta la fecha, un conglomerado propenso al suicidio. Tal vez influya la historia congojosa de José Asunción Silva, su más alto poeta. Tal vez la *María* de Jorge Isaacs, que les entristece las mentes desde la adolescencia. Quizás ese licor espeso y alucinante que llaman chicha. O acaso el traje negro de los bogotanos que le enluta la mirada a todo el país. O probablemente el espíritu de sacrificio que implica soportar por tantos años la oratoria vesánica y troglodita del líder conservador Laureano Gómez. Pero, bien sea por causa de la *María,* de la chicha o de Laureano, lo cierto es que allende San Cristóbal la partida voluntaria hacia los cementerios de Julio Flórez se ha convertido en una operación colectiva, habitual y desprovista de complicaciones.

El Salto del Tequendama —imponente sinfonía en verde, abismo y espumas— es uno de los sitios predilectos de los colombianos para saldar sus cuentas con el infinito. Desde los más remotos confines del país, arrostrando gastos de transporte injustificables en un suicida, los colombianos sin esperanza llegan al Salto en procura del más allá. El suicida es recibido ahí con gritos de regocijo por parte de los diversos grupos de excursionistas que suben cotidianamente desde Bogotá, anhelando

que la Providencia les depare la oportunidad de presenciar un fúnebre pero imponente espectáculo. El suicida es reconocido *ipso facto* porque viene solo y pensativo, así como por su taciturno comportamiento posterior. Los niños no pueden refrenar su alegría:

—¡Nos tocó un suicida, mamá! ¿Lo vio su merced?

El suicida almuerza en el hotel, en una mesa apartada, suspira desgarradoramente sobre la melancolía de los guisantes aceitosos, acepta conmovido la condolencia sin azúcar del café tinto. Después se asoma al balcón, que se abre en abanico sobre el abismo, y selecciona el mejor sitio para lanzarse. Una vez elegido su trampolín siniestro, contrata los servicios de un fotógrafo, de esos que los diarios bogotanos mantienen en las inmediaciones y con instrucciones precisas. El fotógrafo les concede a los suicidas rebajas considerables; los ayuda a posar; es consolativamente amable para con ellos. En sus manos deja el suicida dos copias de su postrer retrato: una para la causa de su trágica determinación (esposa, amante, casera o lo que sea) y otra para el diario más acorde con sus convicciones políticas: para *El Siglo* si el futuro cadáver es conservador conservador, o para *El Tiempo* si el difunto en ciernes es conservador liberal. Luego se sienta en el filo de un peñasco y escribe entre sollozos el soneto de despedida, indefectiblemente ramplón y ripioso, al menos mientras no se decida a suicidarse Guillermo Valencia, acontecimiento asaz problemático ya que el señor Valencia, a más de buen poeta, es un acomodado latifundista. Para ese instante los excursionistas han ocupado las más estratégicas posiciones dentro del paisaje, ansiosos de disfrutar sin perder un detalle el vuelo de Francisco de Paula Jaramillo, que así suele llamarse el suicida, hacia la muerte. Jaramillo se adelanta serenamente hasta el mero borde del abismo, saluda a los espectadores con la gracia etérea de un trapecista y

se vuelve un punto negro entre las impetuosas aguas del Tequendama. ¡Paz a sus restos!

En Venezuela, por el contrario, el suicidio era un procedimiento letal prácticamente desconocido. Los enamorados despedidos preferían romperle una costilla a su afortunado rival. Los que cometían un desfalco optaban por embarcarse de temporadistas hacia Trinidad o Santo Domingo. Los que eran víctimas de una enfermedad incurable se refugiaban en Los Teques o en Cabo Blanco. Los que no conseguían un puesto público ingresaban al partido del gobierno, las Cívicas Bolivarianas en el caso actual. Pero a nadie se le ocurría acudir al revólver, ni al sublimado corrosivo, ni a las navajas de afeitar, ni a los séptimos pisos de los edificios, para librarse de sus padecimientos físicos o espirituales.

En las últimas semanas, ¡doloroso es reconocerlo!, ese reconfortante panorama ha cambiado radicalmente. Según las noticias de los diarios, 22 suicidios se registraron en esta capital durante el mes pasado. Los venezolanos aprenden a suicidarse a la manera colombiana con una facilidad que ojalá tuviéramos para aprender a remendar zapatos a la manera italiana, por ejemplo. Al principio nos imaginamos que esa ola de suicidios no pasaba de transitoria coincidencia. Pero anteayer se suicidó un policía con el revólver de reglamento, ¡un policía!, y tal precedente nos obliga a sospechar que la vocación de suicidio ha comenzado a calar profundamente en la psicología nacional. Esos policías uniformados que silban por las calles de Caracas y de Buenos Aires «La donna é mobile», son la comprobación más evidente de la ominosa penetración de las óperas de Giuseppe Verdi en la cultura musical latinoamericana. Los policías son los más peligrosos agentes trasmisores del costumbrismo, sí señor.

Es preciso adoptar medidas enérgicas ante la invasión

de un flagelo que, de intensificarse, alcanzaría a despoblarnos en igual medida que el paludismo. La Sanidad está en el deber de sustituir esos horripilantes carteles contra el alcoholismo (que sólo logran asustarlo a uno los lunes por la mañana, pero que en definitiva pierden su tiempo) por inscripciones atractivas contra el suicidio: «Si quieres olvidar a esa mujer, no te mates, ¡cásate con ella!»; «Si has adquirido sífilis, no te mates, ¡con la penicilina no hay quien pueda!»; «Si tus acreedores se multiplican, no te mates, ¡en este país no hay prisión por deudas!»; «Si estás cansado de la vida terrenal, no te mates, ¡no olvides que en la otra te espera el general Gómez!» Esta última advertencia, sobre todo, hará que los venezolanos reflexionen un poco más antes de meterse un balazo.

[1941]

HITLER ES EL VERDADERO MESÍAS

El profeta William Lee, trinitario de color que está residenciado en Irapa desde hace más de 25 años, y a quien conocen cariñosamente por «Chiva'e Brocha» en toda la costa de Güiria, ha hecho un sensacional descubrimiento de jerarquía bíblica y se ha lanzado a predicarlo desde Yaguaraparo hasta Caripito. Sostiene el mencionado William Lee que Adolfo Hitler es el verdadero Redentor anunciado por Isaías en Asiria y por Malaquías en Persia, hace más de dos mil años, según registra el Antiguo Testamento.

Y lo grave del caso es que míster Lee esgrime valederas razones. Sostiene él que Jesús de Galilea, a quien numerosas personas consideran como el auténtico Mesías, no pasó de ser un humilde predicador socialista, hijo de un carpintero de Belén y de una aristocrática dama hebrea (nieta del rey David, nada menos). Un revolucionario nazareno a quien las ambiciones políticas del militar romano Pablo de Tarso y una lavada de manos a destiempo de otro romano ilustre, colocaron en la brillante posición de Salvador del Mundo.

No puede ser el Mesías, afirma Lee, quien no solamente estaba en desacuerdo con los principios filosóficos de Jehovah (expuestos hasta la saciedad a través de sus profetas y levitas), sino que combatió contra ellos de

palabra y de obra. Jehovah anunció y puso en práctica el aniquilamiento implacable de sus enemigos y de los enemigos del pueblo judío y también de los parientes (así fueran criaturas lactantes o ancianos temblorosos) de esos enemigos. Por inspiración y azuzamiento de Jehovah, un gigante medio cretino llamado Sansón derribó un templo atestado de hombres, mujeres y niños; «solamente sobre el techo había más de tres mil personas», dice la Biblia; «la casa se hundió sobre todo el pueblo», sigue diciendo la Biblia; y Jehovah contemplaba eufórico aquella masacre desde sus nubes. Aconsejado y auxiliado por Jehovah, Moisés (su lugarteniente favorito) hundió para siempre en el Mar Rojo al ejército entero del Faraón, a millares de hombres que entraron a la trampa cumpliendo inapelables órdenes militares; «tu diestra, ¡oh Jehovah!, engrandecida por la fortaleza, destrozó al enemigo», dijo, agradecido, Moisés. Jehovah, con sus propias manos, «hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego, destruyó esas ciudades y cuantos hombres había en ellas y hasta las plantas de la tierra», dice la Biblia, para aniquilar a unos infelices sodomitas que apenas merecían como castigo una temporada de readaptación en la Isla del Burro. El mismísimo Jehovah nos envió en otra ocasión un diluvio que «exterminó a todos los seres que había sobre la superficie de la tierra», dice la Biblia, y para siempre habría desaparecido nuestra especie a no ser por un borracho ingenioso de nombre Noé que construyó una balsa para salvar a su familia y a sus animales domésticos (el iguanodonte no cupo). Pero donde llegó al paroxismo la cólera devastadora de Jehovah fue cuando desató aquellas famosas diez plagas de Egipto, hizo llover con refinada crueldad la desolación y la muerte sobre toda una nación y remató su carnicería matando en medio de la noche a todos los primogénitos, «desde el primogénito del Faraón hasta el

primogénito de la esclava, y todos los primogénitos del ganado», dice la Biblia. En fin, que el tal Jehovah no era propiamente un filántropo sino un tío con toda la barba, partidario insaciable de eso que hoy llaman operaciones de limpieza, bombardeos masivos, fulminantes *blitzkriegs* y otras barbaridades en alemán que no recordamos.

¿Cómo va a ser el Mesías, cómo va a ser la reencarnación de Jehovah el tierno Jesús?, se pregunta William Lee. Jesús predicaba el amor al prójimo por encima de todas las cosas, el perdón a los enemigos, poner la otra mejilla, no matar, encarecidamente no matar. Los principios ideológicos de Jehovah y los de Jesús son irreconciliables y contradictorios. Y William Lee no se explica cómo Jehovah hubiera podido bajar a la tierra para contradecirse a sí mismo. Y luego para dejarse crucificar, un tipo tan prepotente y tan vengativo. Se necesita no conocerlo.

William Lee reafirma su teoría recordando típicos contrastes entre ambos personajes. Cuando Jehovah supo, por chismes de Moisés, que un hombre estaba recogiendo leña en vez de guardar la fiesta del sábado, dictaminó furioso: «Sin remisión, que muera ese hombre, que lo lapide todo el pueblo fuera del campamento», cuenta la Biblia. Jesús, en cambio, señalando a los sayones que lo azotaban y lo escupían y lo torturaban y lo crucificaban, dijo: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen».

—Es que no parecen ni prójimos —asegura William Lee.

Mientras que Adolfo Hitler es harina de otro costal. Hitler es, según William Lee, el único descendiente de Caín que ha repetido sobre la tierra (y con éxito) los procedimientos exterminadores de Jehovah. Pulveriza ciudades, inunda naciones, esparce epidemias y gases vene-

nosos, sepulta ejércitos en el fondo del mar, mata a los primogénitos de los judíos y de los republicanos españoles, exactamente igual a Jehovah e incluso con un análogo criterio racista. Jehovah era un dios hebreo que volvía polvo a los filisteos y a los egipcios. Hitler es una especie de filisteo esquizofrénico que se cree Dios y vuelve polvo a los hebreos. Ésa es la única diferencia, según William Lee.

El profeta trinitario no cede en su tesis y la complementa con predicciones aterradoras: «Adolfo Hitler no es otro sino el Mesías que anuncian las Escrituras y, en calidad de tal, ganará la actual guerra en virtud de sus poderes celestiales, de sus milagros genocidas, de su dominio del fuego y del trueno». Nosotros, por nuestra parte, no nos hacemos solidarios de la extraña teoría de William Lee. Aquí entre nos, y corriendo el riesgo de que ambos nos lo cobren inhumanamente mañana (el uno si en realidad gana la guerra y el otro a la hora del Apocalipsis), confesamos que tanto Hitler como Jehovah nos caen pesadísimos.

[1941]

SEIS PREGUNTAS NO MÁS

PARA que un partido político sea legalizado en este país, es requisito previo que responda satisfactoriamente a seis preguntas que le formula por escrito la Gobernación del Distrito Federal. Se trata de un cuestionario destinado a investigar si el presunto partido tiene por ventura alguna conexión, sincronía o reminiscencia con las nefandas doctrinas marxistas que pretenden destruir este sistema capitalista tan adorable y tan equitativo. Y si, al responder las preguntas, el aspirante a partido se deja ver la oreja blanca (es decir, roja) del socialismo científico, pues clandestino se queda.

Copiamos textualmente a continuación las seis preguntas de rigor que dispara la Gobernación del Distrito Federal y las seis respuestas que este periodista daría si fuera jefe de un partido político y tuviera intenciones de adquirir la legalidad.

1. *¿Debe abolirse la propiedad privada?*

Respuesta: Eso depende, ciudadano Gobernador. La radio del vecino abierta a todo gaznate, las casas de empeño, los perritos falderos, los anacrónicos tranvías y los

baches en las calles que esa Gobernación cultiva, deberían abolirse por más propiedad privada que sean.

2. *¿A cuáles limitaciones debe estar sometido el ejercicio de la libertad económica?*

Respuesta: La libertad económica debe estar sometida a las limitaciones que determine el cónquibus del consumidor. Por ejemplo, a un empleado de tienda que gane doscientos bolívares mensuales debe limitársele económicamente en el sentido de no permitirle sellar sino cuadros de cuatro bolívares para las carreras de caballos. Igualmente, la libertad económica de un supernumerario del Congreso debe estar limitada de acuerdo con el viático del congresante que le proporcionó la chamba, botella o cambur. Y se cae de su peso que no pueden tener los mismos límites la libertad económica de un Vollmer y la de un empleado del Aseo Urbano.

3. *¿Es la vida social el campo de una lucha de clases?*

Respuesta: Parece que sí, ciudadano Gobernador, pero espérese un momentico para explicárselo. Compre usted los diarios si aspira a enterarse de lo que nosotros entendemos por «vida social». Las Merequetén no saludaron a las Tongolele en el padock del hipódromo «porque no son de su clase». A su vez las Tongolele, para sacarse el clavo, dieron un té danzante y no invitaron a las Huelefrito «porque no son de su clase». Y la distinguida señorita Peggy Gomoza salió embarazada de un muchacho que «no era de su clase» y hay que ver la cara de catástrofe que puso la familia.

4. *¿Debe llegarse al establecimiento de una sociedad sin clases?*

Respuesta: No creemos que haya necesidad, ciudadano Gobernador. Así como estamos, los colegios nacionales hacen todo lo posible por complacer a la infancia jubilante: no hay clases en las fiestas religiosas, ni en las fiestas patrias, ni en la fiesta del árbol, ni en la fiesta de la raza, ni en el Carnaval, ni en Semana Santa, ni durante las vacaciones oficiales, ni el día del santo de la maestra, ni cuando llueve muy recio, ni cuando circulan rumores de golpe. En cuanto a los profesores universitarios, la han dado por asistir una vez por semana, si acaso asisten. Las pocas clases que quedan en el año, no creemos que valga la pena molestarse en suprimirlas.

5. *¿Debe suprimirse la familia?*

Respuesta: Expresiones tales como «¡Tu familia!» deberían suprimirse por estar reñidas con las reglas más elementales de la urbanidad. Algunas otras familias han sido suprimidas ya por ese Despacho, como fue el caso del programa de radio denominado «La Familia Buchipluma». Desde el punto de vista botánico, la familia más difícil de suprimir es la de las musáceas, a la cual, como esa Gobernación está seguramente enterada, pertenece el cambur. Y ciertas familias, tales como los Araujo, los Parra, los Urbaneja, los Batista, los Arreaza, etc., no deberían suprimirse de ninguna manera pero sí alejarlas por un tiempo de los cargos públicos.

6. *¿La sociedad debe proponerse la supresión del Estado?*

Respuesta: De ninguna manera, ciudadano Gobernador. Si suprimimos el Estado, al menos si suprimimos el de las mujeres, es muy probable que desaparezca el género humano. En cuanto a otros Estados, tales como los Estados Lara, Miranda y Guárico, no aconsejaríamos que los suprimieran pero nos agradaría que les cambiaran los actuales Presidentes porque son unos birrias.

[1941]

SE DESCUBRE EL ASESINO DE DON JUANCHO

COMO todos estáis en la obligación de saber, Don Juancho murió asesinado hace veinte años, siendo Gobernador de Caracas y hermano amantísimo del Benemérito Jefe de la Causa Rehabilitadora. Todas las pesquisas realizadas por Frías, Gabante, Porritas, Cara de Caballo, Cochino Inglés y otros famosos *G Men* (traducción: hombres de Gómez) de la época, resultaron infructuosas. Ya se daba por inevitable que el picadillo hecho con Don Juancho pasara a la historia envuelto en la penumbra del misterio más insondable.

Pero no se contaba con la destreza detectivesca de Fausto Naipes. Fausto Naipes acaba de obtener el Premio de Buena Conducta que otorga anualmente la Policía de Caracas. Fausto Naipes vive en estado de alerta, en trance de vigilancia, para salvaguardar el orden público y la propiedad privada. Fausto Naipes detuvo la semana pasada a la señora doña Concepción de Quelón Quelonides cuando ésta se paseaba sospechosamente por los alrededores de la Plaza del Mercado, con una cesta vacía colgando del brazo derecho. Con sherlockhólmica sagacidad, el agente Naipes adivinó que aquella señora y aquella cesta estaban al borde de cometer un delito. Sin más ni más, Fausto Naipes trasladó a ambas, mujer y cesta, al Cuartel de Policía y ahí las sometió a

un interrogatorio de tercer grado de bachillerato que lo condujo paso a paso hasta el sorprendente descubrimiento. La cosa sucedió más o menos así:

NAIPES: Ahora vamos a saber si usted confiesa o no confiesa, Mesalina del Guaire, mujer sanguinaria, ¿para dónde iba usted con esa cesta?

DOÑA CONCHA: ¿Para dónde iba a ir? Para el mercado, a hacer la compra

NAIPES: Mentira. Usted pretende ocultar un crimen.

DOÑA CONCHA: ¿Ocultar qué? ¿Y dónde me lo voy a ocultar? Yo soy una mujer honrada.

NAIPES: Embuste. Usted es una vagabunda y va a cantar.

DOÑA CONCHA: Ni soy una vagabunda, ni canto, ni bailo. Le aseguro a usted que se equivocó de acusada, señor Cartas.

NAIPES (*enfurecido*): Cartas no, Naipes. Y no me engaña con sus hipocresías y simulaciones. ¡Tráiganme un chaparro!

(Los ordenanzas le traen un chaparro. El agente Naipes le empuja cuatro chaparrazos a doña Concha en las regiones glúteas y tres por debajo de la cresta ilíaca izquierda.)

DOÑA CONCHA: ¡Ay, mi madre! ¡Que me mata este caifás! Yo no he hecho nada

NAIPES: ¿No ha hecho nada? Ahora es que vas a saber lo que es un policía de Buena Conducta.

(El agente Naipes le dispara cuatro puntapiés a doña Concha en la región epigástrica, le arranca de un mordisco la trompa de Eustaquio izquierda, le tuerce el cúbito y el radio hasta que la paciente se va de occipucio contra el enladrillado.)

DOÑA CONCHA (*dando alaridos*): ¡Ay, mi madre! ¡Me asesinan!

NAIPES (*perspicaz*): Ésa es tu palabra obsesiva, el gri-

to de tu conciencia: asesinar. Precisamente me vas a decir a quién has asesinado en este país.

DOÑA CONCHA: A nadie, ni a un pollito. Se lo juro por lo más sagrado, señor Barajas.

NAIPES: Barajas no, Naipes. ¡Tráiganme un tizón!

DOÑA CONCHA: ¿Un tizón? ¡Socorro, Virgen de la Chiquinquirá, socorro!

(Le traen el tizón a Naipes.)

NAIPES: ¡Bandida, quítese la ropa!

DOÑA CONCHA: No me la quito, infame. Yo soy una mujer decente.

NAIPES: Quítese la ropa que le voy a pegar el tizón.

DOÑA CONCHA: ¿En dónde?

NAIPES (*a los ordenanzas*): ¡Quítenle la ropa a esa piazo'e mujer!

DOÑA CONCHA: No, por favor, que tengo una cicatriz muy fea en el abdomen. ¿Qué quieren ustedes que les diga? ¡Yo digo todo!

NAIPES (*amenazándola con el tizón*): ¿Es verdad que usted cometió un crimen?

DOÑA CONCHA (*aterrada*): Un crimen, dos crímenes, tres crímenes. Los que usted quiera, señor Naipes.

NAIPES (*satisfecho*): ¿Y a quién mató?

DOÑA CONCHA (*desesperada*): ¿A quién sería, Dios mío, a quién sería? Pues sería a Don Juancho. Eso es... ¡A Don Juancho!

NAIPES (*triunfante*): ¡Corran! ¡Avisen a los periódicos! He descubierto a la asesina de Don Juancho, he desenmascarado el crimen perfecto...

Y así fue como el astuto agente Fausto Naipes, Premio de Buena Conducta, esclareció el más enigmático de los crímenes y se consagró como estrella de primera magnitud en los anales de nuestro detectivismo.

[1941]

UNA CARTA DE PÉSAME

TAL vez el compromiso más deprimente que arrastra el género humano, aún más humillante que pagar el recibo de la luz eléctrica, es el deber insoslayable de escribir cartas de pésame. Cuando se le muere un pariente cercano a uno de mis amigos, el sufrimiento de dicho amigo no puede compararse a la zozobra que me invade ante la luctuosa misiva que me toca escribirle. Modestia aparte, me siento capaz de parir decentemente cualquier obra de creación: una novela, un drama, un poema épico, un ensayo filosófico, un mensaje presidencial, todo, absolutamente todo menos una carta de pésame.

Los muertos son, salvo raras excepciones, seres anónimos sobre quienes hay muy poco que comentar. Si se muriera el general Francisco Franco, por ejemplo, yo no vacilaría en escribir gustosamente la más emocionada de las cartas de pésame a doña Carmen Polo, su viuda. Pero, desgraciadamente, Franco no se muere nunca. Fallecen en cambio, a cada instante, Pedro Pérez y Juana García, José González y María Martínez. Seres borrosos que pasaron por este valle de lágrimas sin dejar una obra, una devastación, una barrabasada, nada digno de ser reseñado a la hora de su sepelio.

Uno se sienta a la máquina y comienza el alumbramiento. ¿Qué le digo a este caballero sobre su herma-

no fallecido? Que era muy inteligente, nunca, porque creería que estoy haciendo mofa del cadáver. Que su honradez fue acrisolada, tampoco, porque estuvo empleado en la Gobernación con Rafael María Velazco. Que hago mío su dolor, menos, porque me tiene sin cuidado que el ociso haya estirado la pata. Sólo queda el refugio de los lugares comunes escalofriantes y comprobadamente mabitosos: «mi más sentido pésame», «te acompaño en tus sentimientos», «que descanse en paz», «el Señor le dé su gloria», etc.

Sin embargo, una dama de mi vecindad recibió una carta de pésame cuya originalidad me conmovió. Ella vino a visitarme y me dijo: «Usted que es boticario y sabe descifrar las letras más enrevesadas, ¿podrá leerme esta impenetrable carta?» No soy boticario sino agrimensor, pero se la leí y saqué copia, por si me servía más tarde de utilidad en un momento de apuro. Decía así:

Apreciada misia Rufina:

En el billar de la esquina me notificaron anoche la defunción del esposo de usted, el señor Nemesio, y puedo garantizarle que me dieron ganas de reir. Hay que ver, el pobre Nemesio, quién le iba a decir que se moriría tan pronto, con lo bien que jugaba el tute y lo que le gustaba el bacalao a la vizcaína.

Me figuro, misia, cómo estará usted de inconsolable, pues adivino los tesoros de ternura que guarda su corazón y he observado que, por cualquier necedad, se pone usted a llorar, con soplido de narices y todo, con un estilo que da asco.

Le suplico que en esta ocasión no derrame lágrimas de más, misia. Si el señor Nemesio se ha muerto, que lo entierren y todos contentos. Es verdad que en vida fue muy bueno con usted, pero no

hay que fiarse de los santurrones; a lo mejor el señor Nemesio tenía una querida llamada María de Lourdes que vive por San Agustín del Sur. No es que yo lo quiera chismear, pero una noche me llevó a conocerla y la encontré muy bien presentada, con un busto más bronceado que el horrible busto de Juan Vicente González que tienen en la Academia de la Historia. No se lo cuento por deslealtad con el difunto, misia, sino para que olvide su dolor que no lo merece ese sinvergüenza, ¡qué caray!

Igual puede decirse de la fama de hombre honrado que tenía. Vaya usted a saber si no metía mano en la caja del banco donde trabajaba. Menos mal que nunca lo descubrieron, misia de mi alma. A mí me quedó debiendo doscientos bolos que olvido de todo corazón, aunque abrigo la esperanza de que usted, tan religiosa como es, me los abone religiosamente.

Lo importante es que no se deje usted avasallar por la pena. Usted está joven todavía y no le conviene enturbiar esos ojitos tan lindos que Dios le dio y de los cuales no le había hablado antes porque mi amistad con el pobre Nemesio me cohibía. Y además, Rufina, lo que me carga loco son esas piernas estupendas que te gastas; me pongo a pensar que el idiota de Nemesio no se dio cuenta nunca de lo que tenía entre manos. Fuera la desesperación, Rufinita. Te sugiero que después del entierro vayamos juntos a comer a un restaurant; calamares en su tinta que van muy bien con el luto. Y después, ¡bueno!, después lo que tú quieras, Rufinita linda, reina de la sabrosura. Desde ahora te perdono los doscientos bolos. Y no olvides lo que aconseja la Biblia: «a burro muerto, la cebada al rabo».

Recibe el más sincero pésame y un pellizquito de tu amigo que lo es,

Lucas Puyana.

[1941]

DOS POETAS SE CAEN A TIROS

Es corriente que dos poetas se caigan a versos, pero no lo es tanto que se caigan a tiros. Sin embargo, sucede. Tal fue el caso acontecido en el Restaurant Popular de la Plaza López (cinco platos por real y medio) cuando coincidieron a la hora del almuerzo el poeta neo-romántico Guillermo Austria y el poeta neo-clásico Rafael Yépez Trujillo, ambos neo-pantagruélicos.

El rapsoda Austria se presentó ese día con el apetito que lo ha hecho famoso y, tirando tres bolívares sobre la mesa, ordenó al mesonero:

—Tráigame cuatro menús de arriba para abajo y de abajo para arriba. ¡Arriba España! ¡Franco, Franco, Franco! —porque de ñapa es falangista.

Y se puso a engullir con la dulzura de San Francisco y la voracidad del hermano lobo. Pocos minutos después apareció el bardo Yépez Trujillo, se sentó en la mesa vecina y pidió sobriamente dos menús. El mesonero, con veinte años de experiencia en el oficio, ha observado que en Venezuela ni los parihueleros, ni los luchadores libres rivalizan en capacidad gastronómica con los poetas.

Ambos aedas se miraban en el transcurso del yantar con ojos torcidos por la rivalidad nutritivo-literaria. Austria se comía lo suyo pero no desprendía la vista de

lo que Yépez embutía. Y Rafito, en tanto que con los dientes despachaba su condumio, devoraba con los ojos los manjares de Guillermito. Hasta que Austria no pudo contenerse más, se irguió a la vera de un costillar de novilla y le lanzó al otro el siguiente soneto:

Vate lacustre de la musa ahíta,
¿por qué atisbas así mis tropezones,
por qué envidias mis tiernos macarrones
y anhelas mi dorada carne frita?

Si es suculenta y tibia tu arepita,
¿por qué en mi pargo tus suspiros pones,
desdeñando tus rubios chicharrones
y tu chuleta que a mascar invita?

Yo soy sentimental cual la polenta,
pero vuelto un solomo con pimienta
ante un acto de gula tan notorio,

juro por los raviolis de mi vida
que tú me estás velando la comida
y que yo no tolero ese velorio.

Yépez Trujillo escuchó pacientemente los catorce endecasílabos, cuya sensitiva simplicidad no desmentía la estirpe bucólica de su rival. Pero como él no es hombre que se queda con un soneto de nadie, se trepó al pedestal de su clasicismo y respondió de esta manera:

El león hisperio de la garra hirsuta
rampa sobre mi níveo menestrón
y mi psiquis escancia su aguijón
en la fontana de tu fuerza bruta.

A la paella en flor Hebes tributa
su zalema de grávida intuición
y tramonta el viacrucis del jamón
y el pericarpio dúctil de la fruta.

Tritón diuturno de la henchida panza,
yo no te estoy velando la pitanza
ni me infunden tus guisos sobresalto.

Tu núbil apetito me conmueve
y no te asesto un silletazo aleve
porque me apiada tu pesebre alto.

Después de aquella contienda oral, los liridas sacaron sus respectivos revólveres. Guillermo le metió un balazo exterminador al bistec a caballo de Rafito. Rafito acribilló sin piedad la fabada asturiana de Guillermo. Austria fusiló con tres tiros los plátanos al horno de Yépez Trujillo. Y Yépez Trujillo pasó por las armas la tortilla a la española de Austria.

Y cuando ni sombra de sustento quedó sobre las mesas, los dos trovadores se abrazaron arrepentidos de su dietético arrebato, guardaron los revólveres y rompieron a llorar.

[1941]

EN DEFENSA DE LOS LIBERTINOS

El libertino, calavera o juerguista venezolano es un tipo bonachón y virtuoso, merecedor de las mayores consideraciones e incluso de la piedad de sus conciudadanos. Parece que a principios de este siglo los libertinos de Caracas fueron individuos pendencieros, escandalosos y mujeriegos. Pero, bien fuera por la desaparición de los coches de caballos que eran la mecánica de los «truenos», bien fuera por el deseo o envejecimiento de sus más conspicuos representativos, lo cierto es que nuestro libertino, calavera o juerguista se ha convertido en una institución tan inofensiva e inoperante como las Logias Masónicas y las Hijas de María.

El sábado pasado, sometidos a uno de esos sacrificios que tan heroica hacen la profesión de periodista, descendimos hasta los lugares de perdición que son el *rendez-vous* de nuestros más disolutos libertinos: «El Trocadero», «El Venecia», «El Barrilito» y demás etcéteras.

«El Trocadero» es un recinto apabullado por el orden y la circunspección, cortinajes oscuros, mesitas simétricamente dispuestas, música austera (hasta solos de órgano tocan) y boleto de entrada muy caro, eso sí, así vaya uno únicamente a comprar cigarrillos o a preguntar por un pariente desaparecido del hogar. Un francés de

frac parece ser el dueño o administrador de todo aquello. Responde versallescamente a nuestras preguntas:

—Los libertinos venezolanos son très gentiles, monsieur. No rompen las copas, pagan correctamente sus vales, se pelean muy pocas veces, no le faltan el respeto a las jeunes filles. Très respetables, monsieur, très respetables.

El abjetivo respetable aplicado a un caballero de vida licenciosa no puede ser más paradójico. No obstante, comprendimos que el francés tenía razón cuando comenzó a sonar la música (un vals de Strauss, palabra de honor) y con ella se inició el baile. Un cliente impecablemente vestido se acercó a la rubia artificial y superdescotada de la mesa vecina:

—¿Me hace el honor de bailar conmigo, señorita?

Y salieron a bailar, a una distancia tal el uno del otro que me sentí transportado a los salones de las familias más puritanas de Mérida. Otro cliente llamó a la florista con un guiño de escolar que pide permiso para ir al baño, y compró una orquídea para la hetaïra que lo acompañaba. Todo aquello era tan convencional, tan Alejandro Dumas, hijo, que no pude soportar más y me largué al «Venecia».

El «Venecia» tiene mejor aspecto, es decir, peor aspecto. No le cobran a uno el impuesto de ingreso. Los hombres no son tan elegantes en el vestir y han bebido un poco más. Las muchachas son más jóvenes y más desenfrenadas que las cleopatras oxigenadas del «Trocadero». Aquí también se vislumbran rostros conocidos: un jurista eminente, dos médicos recién casados, tres estudiantes recién raspados, un poeta que firma vales como quien firma madrigales y algunos deportistas entreñándose para las vecinas olimpiadas. Era nuestro propósito mencionar sus nombres de pila al escribir esta croniquilla pero no queremos exhibirlos ante la opinión pú-

blica como símbolos de la inocuidad y de la candidez.

La verdad es que, si bien se mira, el «Venecia» es tan edificante como el otro. El libertino llega aquí un poco cohibido, elige una mesa apartada, pide modestamente una cerveza. Después, como es de esperarse, le acometen ganas de bailar. Aquí por lo menos tocan el danzón «Almendra». Invita a una jovencita; tiene un diente de oro pero no está mal de piernas. La jovencita acepta sin remilgos; bailan el danzón sin cambiar palabras; ella se sienta luego en la mesa del libertino; ¡y a pedir se ha dicho!

Pide vertiginosamente copas de diversos licores: rosados, verdes, achocolatados, blancos, bajo los nombres supuestos de cherri, menta, cacao y cuantró. Pero no se imagine usted que son bebidas alcohólicas de esas que enturbian la serenidad y amellan el espíritu comercial, sino jarabe de goma químicamente coloreado. Por cada copita la jovencita obtiene una ficha y al libertino le cargan tres bolívares en la cuenta. Y si el libertino no le para el trote, la muchacha del diente de oro seguirá acumulando fichas hasta el amanecer.

A propósito de amanecer, es justicia hacer constar que las jovencitas de los cabarets son muchachas honestas o, en el peor de los casos, monógamas. Jamás los clientes logran de ellas (salvo los apretujones inherentes al baile) otro galardón que el derecho a pagarles las copitas multicolores. Al despuntar la aurora, cuando los mesoneros extenuados cierran las puertas del establecimiento, ellas le dicen «chao» al libertino y se marchan con la mamá de pañolón negro que las aguarda en la acera (si se trata de las honestas) o con el chulo de bigotitos que también las aguarda (si se trata de las monógamas).

Al libertino no le queda otro recurso sino la púdica tostada en el tarantín de la esquina y la retirada senti-

mental hacia la casa. Allá lo recibirá la esposa deshecha en lágrimas, desquiciada por los celos y la tribulación:

—¿Esta es hora de presentarse a un hogar decente? Ya los niños van a salir para la escuela. ¿De qué antro vienes? ¿Qué horrendo saturnal has celebrado? ¿Con qué monstruo me he casado, Dios mío?

Nada de eso, señoras, nada de eso. Sean ustedes tolerantes con sus maridos descarriados. Les garantizamos que en los cabarets los cuidan, se divierten entre gente seria y mujeres irreductibles, no corren el peligro de un amorío. Más aún, nos permitimos aconsejarles que ejerzan una presión discreta sobre sus consortes para que no pierdan el hábito de pasar sus horas de esparcimiento en las *boîtes* nocturnas. Son un poco gravosas, es cierto. Pero tales dispendios, lejos de exhibir a nuestros libertinos como gente depravada o crapulosa, demuestra tan sólo que son unos infelices

[1941]

LOS JUDÍOS PELIGRAN EN VENEZUELA

CIERTO periódico llamado *La Voz del Comercio* ha iniciado una campaña orientada hacia la liquidación física de los judíos que habitan en nuestro país. «¡Degollad a los judíos!, ¡Freíd a las judías!», aconseja el semanario mencionado. Antes de entrar a considerar tan anacrónico llamado que conmovería a los caraqueños (si los caraqueños leyeran *La Voz del Comercio,* que afortunadamente nadie la lee), me perdonarán mis queridos lectores que pretenda darles una pequeña lección de historia. Por culpa de una educación primaria deficiente, los venezolanos somos bastante ignorantes. Es muy posible que el noventa por ciento de nuestra población desconozca el significado de la palabra «pogrom», y que el diez por ciento restante confunda peligrosamente «circuncisión» con «castración».

Comenzaremos por explicar quiénes son los judíos. Dos teorías existen, teorías calificadas acerca del origen del género humano: la de la Biblia y la de Darwin. Según la Biblia, todos los habitantes del globo terráqueo somos judíos ya que todos descendemos en línea recta (más bien zigzagueante) de Noé, el borracho más simpático que existió en Israel. Y si aceptamos como buenas las hipotésis de Darwin, los judíos resultarían una raza superior en virtud de sus ganchudos apéndices na-

sales, los más alejados (por evolución, naturalmente) del antropoide chato de donde todos provenimos.

Lo cierto es que, iguales o superiores, los judíos han figurado siempre en los acontecimientos más trascendentales de la historia. El primer ario en perseguirlos desaforadamente fue un gigante filisteo de nombre Goliat que los mantuvo pasando las de Caín hasta que un pesc pluma judío le dio un peñonazo y lo dejó frío. En aquellos antiguos tiempos los hebreos produjeron sabios cachondos como Salomón, precursores de la lucha libre como Sansón, poetas tirapiedras como David, compradores de progenituras baratas como Jacob, castos de capirote como José, víctimas de la pava macha como Job y agitadores revolucionarios como Jeremías. Pero sus dos figuras más sobresalientes fueron: el caudillo Moisés, predicador de la violencia, que murió en su cama; y el profeta Jesús, predicador de la dulzura, a quien crucificaron.

Eliminado Jesús por los centuriones romanos, los judíos se dispersaron por el universo, dedicándose preferentemente a las ciencias, a las artes, al sacerdocio y a los institutos bancarios. El mundo medioeval se aprovechó en buena medida de sus inteligencias y de sus conocimientos hasta que surgió la Inquisición, que, como ustedes saben, fue el canibalismo con sotana. Por los motivos más triviales fueron achicharrados innumerables ciudadanos honorables: por opinar que la tierra daba vueltas alrededor del sol, por sostener que el protozoario cumplía sus deberes conyugales con la protozoaria, por curar a los enfermos con sistemas homeopáticos, por bañarse durante la cuaresma, etc. Los judíos fueron objeto de horrendas persecuciones para cobrarles el asesinato del judío Jesús de Galilea, perpetrado varios siglos atrás por un macedonio llamado Caifás en complicidad con un romano llamado Pilatos.

Pasó la Inquisición y los judíos sobrevivientes fueron retornando lentamente a sus universidades, a sus laboratorios, a sus academias, a sus relojerías y a sus casas de empeño. Sin embargo, de vez en cuando practicaban con ellos un pogrom (ya apareció la palabrita que ustedes ignoraban) en la Rusia zarista o en cualquier otro país con gobiernos de esa calaña. También sucedían incidentes desagradables en naciones más civilizadas, tales como el caso del judío Dreyffus, que fue enviado injustamente a Cayena por los franceses, y el caso del judío Disraeli, que se vio en la necesidad de resolverle los problemas a la corona inglesa por muchos años.

Hasta que resucitó, más sanguinaria ahora, la Inquisición. En pleno siglo xx, un Torquemada de bigotitos decidió reimplantar las hogueras, la quema de libros, los potros de tormento, el genocidio organizado, cuando la humanidad andaba de lo más presuntuosa imaginándose que se había civilizado. Y los judíos volvieron a ser los hijos de la panadera.

Hecho este ligero resumen de la historia de la raza hebrea y de las principales persecuciones de que ha sido objeto, pasemos a examinar lo que está ocurriendo en Caracas con *La Voz del Comercio*. Se trata de un periodiquito de menguado tiraje pero muy escandaloso cuya línea editorial está encaminada a demostrar que los judíos son los únicos responsables de todos los males que aquejan a Venezuela: el paludismo, la anquilostomiasis, el analfabetismo, el latifundio, el peculado, la falta de mano de obra especializada y el exceso de abogados. Y que, en consecuencia, es preciso linchar a los judíos.

Ahora bien, como en Venezuela no hay suficiente número de judíos como para efectuar un pogrom de calidad, *La Voz del Comercio* propone que utilicemos a los millares de judíos que andan vagando por el mundo, expulsados por Hitler de sus propios países. He aquí

la receta: se hace saber al mundo entero que Venezuela acepta como inmigrantes y con los brazos abiertos a los judíos perseguidos por Alemania; los israelitas vienen encantados; entonces nosotros les cortamos hospitalariamente las cabezas.

Advierte por último *La Voz del Comercio* que a los judíos se les desenmascara por el nombre. No hay que dejarse engañar: todo ser humano que tenga nombre judío, es judío o merece que se le trate como tal. Debemos desconfiar de los incontables abrahames, isaaques, benjamines, moiseses, davides, abeles, saras, rebecas, esteres y raqueles que en este país pululan. Olvida posiblemente *La Voz del Comercio* que nuestro actual Presidente de la República se llama Isaías y que el anterior se llamaba Eleazar, nombres ambos tan ranciamente judíos como Jacobo y Samuel. A propósito, ¿qué estará esperando el profeta Isaías para clausurar una *Voz del Comercio* cuyo nazismo apesta a leguas?

[1942]

SE AMPLÍAN LAS CAUSALES DE DIVORCIO

La verdad es que al divorcio ya no le quedan sobre la faz de la tierra sino dos enemigos: la Santa Madre Iglesia y los colombianos. Advirtiendo de paso que en la actitud adversa del clero entra como ingrediente una elevada dosis de egoísmo. O dicho más llanamente: como los curas y las monjas no se casan, poco les importa que los demás se enzanjonen a perpetuidad.

El periodista lo dice y lo repite: mientras los clérigos y las hermanas estén libres del lazo conyugal, el Vaticano seguirá impugnando irreductiblemente la legalidad del divorcio. Pero en cuanto les permitan el matrimonio (que algún día, si Dios quiere, se les permitirá), y el primer obispo se enfrente a la primera suegra, y le caiga sobre la mitra el primer escobazo, y lo lleven a ver la película que abomina, y le pongan los primeros cuernos (que se los pondrán, Dios mediante); y en cuanto a la primera madre superiora recién casada le llegue el primer marido a las cinco de la mañana, oloroso a Chanel N.° 5, veremos operarse una radical transformación en los principios anti-divorcio de nuestra amada religión.

Lo de los colombianos es aún más inadmisible. Reconocemos que la hermana y vecina República tiene más industrias que nosotros, mayor número de univer-

sidades y colegios, mejores transportes, una cantidad increíble de godos y liberales que se saben poemas de memoria, pero, ¿de qué les sirve todo eso si no está permitido el divorcio? Tal interdicción obliga al marido colombiano, y a la esposa colombiana, cuando les llega el momento de no poder soportar más al cónyuge que la Ley les ha deparado, a acudir al desagradable procedimiento de espolvorearle arsénico en las papas chorreadas del almuerzo.

En Venezuela las cosas son otro cantar. La Comisión Codificadora Nacional acaba de aumentar, con un criterio tan moderno como humanitario, a diez las causales de divorcio, añadiendo de ese modo cuatro a las ya existentes. La Codificadora se niega a dar a la publicidad sus resoluciones; se defiende con tozudo hermetismo del asedio de los reporteros. Sin embargo, este periodista ha logrado investigar en fuente fidedigna que las diez causales de marras serán estatuidas de la siguiente manera:

1. Será motivo automático de divorcio la embriaguez consuetudinaria del marido, siempre y cuando esa embriaguez se traduzca en expresiones que menoscaben la dignidad de su cónyuge: quitarse los pantalones en el Teatro Municipal, arrojarse de cabeza en la fuente pública de Los Caobos, gritar «Abajo el gobierno» sin motivo justificado, mentarle la madre a un coronel de artillería, etc. Los borrachos pacíficos, los que la cogen llorona y los miembros del Country Club, estarán eximidos de esta causal.

2. Será motivo de divorcio el exceso de cariño del marido hacia la sirvienta de adentro. En este caso, la esposa tendrá dos recursos igualmente legales: divorciarse o desquitarse con una tercera persona. Este periodista está completamente a la orden.

3. Otro motivo *sine qua non* de divorcio será el ronquido nocturno de uno de los cónyuges. En caso de de-

nuncia, el juez verificará por medio de sismógrafos especiales si la escala del ronquido es suficientemente elevada como para trastornar el sueño de la compañera o compañero de lecho. También se tendrá muy en cuenta el ronquido del aparato.

4. Se mantiene como motivo de divorcio la incompatibilidad de caracteres. Si a uno de los cónyuges le agradan las películas de Charles Chaplin y el otro se empeña en ver *Lo que el viento se llevó*; si el uno es amante de la buena literatura y el otro un idiota de esos que todavía leen a Xavier de Montepin; si al uno le place el caviar del Irán y el otro se desvive por la ensalada de espinacas; hay manifiesta incompatibilidad de caracteres. Las divergencias deportivas no se tomarán en cuenta, a menos que terminen a piñazos.

5. Otra causal contundente de divorcio será el morbo telefónico, dolencia mucho más frecuente en el sexo débil que en el otro, aunque de que los hay los hay. Cuando el marido llame más de diez veces consecutivas para advertir que no va a almorzar porque tiene una reunión de negocios (¡farsante!), o para decirle a su mujercita que la adora (también existen) y suene y resuene la chicharra del «ocupado», y la escena se repita durante semanas enteras, el divorcio estará totalmente justificado.

6. La esposa tendrá derecho a divorciarse automáticamente del marido si se descubre que dicho marido pertenece a cualquiera de los cuerpos de la policía (secreta o no).

7. Estará bien fundado el divorcio de los hombres cuando la mujer les haya salido llorona. Las mujeres que lloran cuando recuerdan a una novia que tuvo su esposo a los 19 años, las que lloran cuando se les quiebra un jarrón de porcelana o cuando pasan una semana sin recibir la visita de su honorable madre, las que llo-

ran cuando leen los versos de Amado Nervo, no tienen derecho a casarse. A las mujeres no debe permitírseles que lloren sino cuando están dando a luz. En cuanto a los hombres, el único llanto lícito es cuando están jugando dominó y levantan más de cuatro dobles.

8. Otra causal aplastante de divorcio será la obesidad. Mujer u hombre, quien sea, que aumente más de veinte kilos después de contraer nupcias, deberá ser repudiado por su cónyuge, arrojado del tálamo como una ballena al mar. «Los barrigones no tienen opción al amor», Balzac.

9. No será solamente justificable sino también aconsejable el divorcio cuando uno de los contrayentes descubra que su compañero o compañera de vida le ha salido pavoso. Antes de dictar sentencia, será conveniente que el juez realice algunos experimentos comprobatorios con el acusado o acusada: sellar un cuadro de caballos a medias, invitarlo al cine, frecuentar su amistad. En caso de reacción positiva, el divorcio será concedido inmediatamente por el juez que sustituya al difunto.

10. La mujer tendrá su divorcio garantizado (y ésta parece ser la única causal que acepta la Iglesia Romana) cuando el marido no se porte como «gitano legítimo», véase «La casada infiel» de Federico García Lorca.

El periodista, por su parte, opina que la única solución jurídica superior al divorcio es no casarse.

[1942]

¿ES NECESARIA ESTA LLAMADA?

La Compañía de Teléfonos de Caracas ha enviado a sus suscritores una circular apremiante encabezada por un título conminatorio: «*¿Es necesaria esta llamada?*». Parece que las máquinas están gravemente enfermas de *surmenage* y que el cúmulo creciente de comunicaciones superfluas amenaza con silenciar para siempre al amigo del rostro rectangular y la boca de marciano. El efecto ha sido fulminante; los suscritores han temblado de pavor. Una vez más ha venido a demostrarse cuánta razón tenía el general López Contreras cuando dijo por radio aquella frase suya tan original: «Nadie se acuerda de Santa Bárbara sino cuando truena». ¿Qué va a ser de Caracas sin teléfonos? ¿En qué ocuparán sus innumerables horas muertas las niñas de la alta sociedad y los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores?

Como es del dominio público, el teléfono fue inventado por nuestro compatriota Manuel Madriz a fines del siglo pasado, tras diversos y complicados experimentos en el corral de su casa, sin más instrumentos que dos potes de *petit-pois* vacíos y una cabuyita. Infortunadamente, el nombre del auténtico inventor no pasó a la posteridad. Para ese entonces llegó a Caracas una *troupe* teatral denominada la Compañía Bell, contratada precisamente por el susodicho Manuel Madriz para el Teatro

Nacional, y uno de los cómicos —Alejandro Graham Bell se llamaba el abusador— le robó el invento al empresario, lo patentó en los Estados Unidos y se hizo millonario. Eso fue exactamente en 1876.

Para diferenciarse en alguna forma de los potes vacíos de Manuel Madriz, míster Bell les agregó una manivela. Con ese aditamento vinieron a Caracas los primeros teléfonos. Eran unos cajones largos, con un par de timbres en la cornisa y una repisita para descansar el codo mientras se hablaba. Los suscritores no tenían número sino toques específicos: un toque corto y dos largos, la Policía; tres largos, otro largo, uno corto y otros dos también cortos, el Manicomio; tres largos, los hermanos Pechio; uno corto y uno largo, los López de Ceballos; uno corto pero amarguísimo, el general Cipriano Castro. Los suscritores tenían derecho a levantar la bocina y escuchar las conversaciones ajenas que más les tentaran: sorprender por ejemplo a don Guillermo Tell Villegas Pulido proponiéndole a una dama casada que se quitara la crinolina con él, o adelantársele en un negocio al poeta del alto comercio Tomás Sarmiento, que era un tigre vendiendo quesos llaneros.

Más tarde fueron suprimidos los teléfonos de manivela porque resultaron pavosísimos, ocasionaron el terremoto del 900, la guerra del 14 y la gripe española. Dichas manivelas fueron sustituidas por señoritas y de esa manera entramos en la Edad Media de la telefonía. El suscritor descolgaba el auricular y esperaba unos veinte minutos. En la central se encendía una lucecita roja, la señorita de turno terminaba el capítulo de la novela de Carlota Bramé que estaba leyendo, se chupaba un caramelo acidulado para endulzar las amarguras de aquel libro y luego preguntaba con su tonito displicente:

—¿Qué número?

—28-59.

—¿28-59? ¡Qué número tan feo! No lo encuentro.

—Bueno, señorita, comuníqueme con la bodega de Horno Negro que necesito pedir medio kilo de caraotas blancas.

Y la señorita decía invariablemente:

—Ocupado.

Volvía a llamar uno al cabo de un cuarto de hora y, si la señorita disfrutaba de mejor humor porque la novela se estaba componiendo, lo comunicaba.

—¿Hablo con la bodega de Horno Negro?

—No, señor. Habla usted con la casa de la familia Lamache. ¡Y no sea grosero! Más horno negro es su madre... —y le tiraban la bocina.

Sin embargo, el teléfono con señoritas tenía una sola ventaja: eran menos frecuentes que ahora los insultos anónimos por el aparato. Si lo llamaban a uno y le decían:

—Oye, bembeperro, ¿es verdad que te comiste un queso en la Renta de Licores? Y además, ten cuidado porque tu mujer te está volteando con el pintor Tito Salas.

A uno le quedaba el recurso de suplicar a la señorita:

—Ten la bondad, mijita. ¿Quién era ese tipo que acaba de hablar conmigo?

Y la señorita respondía servicialmente:

—Quien lo llamó primero para cobrarle los cinco pesos que usted le quedó debiendo del trueno de anoche, fue el cochero Concha 'e Piña. Pero quien lo puso como un trapo fue Federiquito León, el periodista —y a uno le quedaba el consuelo de ir a buscar con un chaparro a Federiquito, que medía un metro veinte, y sacar su campañota.

Finalmente apareció el discado automático y se acabó la tranquilidad en este país. Los hilos de Graham

Bell comenzaron a trasmitir palabrotas que antes no fueron pronunciadas sino en las covachas de El Silencio y en la prosa coprológica de José Fóscar Ochoa. Ahora nadie escribe anónimos. Los dice por teléfono y se economiza la estampilla.

Y por último la Compañía de Teléfonos pretende que, antes de usar el aparato, uno se haga un examen de conciencia: «*¿Es necesaria esta llamada?*» Cómo se ve que la Compañía no conoce a sus suscritores. E ignora que, aparte de los anonimistas ya mencionados, el 99 por ciento de las conversaciones que en Caracas se establecen, puede clasificarse dentro de las siguientes categorías:

1. La amiga que llama a la amiga para contarle la película de anoche; «y en eso llegó Clark Gable hecho un sueño y le metió dos trompadas al *sheriff*, y Toñito al lado mío tratando de meter mano, y la pobre Bette Davies estaba tuberculosa, y Toñito avanzando sin contemplaciones, quédate quieto, Toñito, que nos pueden ver, etc.».

2. La señora que no tiene nada que hacer y llama a la otra señora que tampoco tiene nada que hacer para hablar horrores de otra señora que no hace nada.

3. El novio que llama desde la oficina a la novia para decirle «mi puchunga» y que ella le responda «mi tuyuyo», «¿me quieres?», «cantidad», «¿de qué tamaño?», «de aquí al cielo», «quiero un besito», «¿dónde?», «en su trompita», «bueno», «¡qué sabroso!», «¿y tú me quieres a mí?», lo que se llama un diálogo de Platón.

4. El zagaletón idiota que disca un número al azar y después pregunta: «¿Hablo con la Maternidad, jó, jó?»; «¿Hablo con la Casa Madre, jé, jé?»; «¿Hablo con la Floristería Madreselva, jí, jí?»; y todavía anda suelto.

5. Las solteronas feas pero con voz de contralto que

llaman a las redacciones de los periódicos y le dicen suspirando a la primera voz masculina que les salga: «mi vida es una inmensa soledad».

Todas son *llamadas necesarias,* estrictamente necesarias para preservar el orden social, garantizar la paz pública, proteger al país de las prédicas disociadoras. «El teléfono es el opio del pueblo», decía Lenin.

[1942]

PEDRO SOTILLO ENTREVISTA A CANTINFLAS

El actor de cine mexicano Mario Moreno, «Cantinflas», se encuentra en Venezuela. Los diarios anunciaron que llegaría anteayer pero no llegó finalmente sino ayer, o tal vez llegará hoy que es lo mismo, o no llegará que tampo es igual, y bajó o bajará del avión con los pantalones a punto de caérseles y la gabardina tendida sobre el hombro enfranelado. El poeta Pedro Sotillo, director de *El Universal,* se encontraba en el aeropuerto cuando aterrizó Cantiflas, mas no en su condición de periodista, ya que los directores de periódicos no van profesionalmente a los aeropuertos sino cuando salen de viaje. Estaba ahí don Pedro por casualidad o coincidencia y cuál no sería su sorpresa al observar que ningún reportero de *El Universal* aparecía por aquellos contornos. El periódico de mañana iba a salir sin decir una palabra del famoso visitante de hoy. A Pedro Sotillo no le quedaba otro recurso sino el de hacer él mismo la entrevista de rigor, ¡maldito sea!

—¿Qué opina usted de nuestra Ley de Hidrocarburos? —le preguntó al huésped para comenzar.

—Pues verá usted —respondióle gentilmente Cantinflas—. Es una Ley como quien dice rechula, ¿no es cierto? Resulta que yo no la conozco ni de vista, pero como ustedes tampoco la conocen, viene resultando para los

efectos visuales que entiendo tanto de leyes como ustedes, de cierta manera especial. Uno tiene su hidrocarburito, mano, y no sabe qué hacer con él, menos el doctor Alejandro Pietri que se compra un Goya de seis cilindros, una inversión específicamente, ¿cómo diremos?, pinacotéquica. Los escribanos escriben la Ley, la leen las compañías petroleras, si acaso saben leer, que no lo dudo, porque esas viejas saben de todo, ¡qué bárbaras!, y se reúne el Congreso en sesiones extraordinarias y le pega al viático en la mera torre, ¿no te parece, cuate?

—Muy pragmática tu cogitación —le respondió serenamente Pedro—. La praxis que interfiere nuestros sueños es nítida: cuando uno empieza a balbucear el despertar del espíritu, se te atraviesa Silva en la administración con su concepto metafísico de las tres listas.

Cantinflas balanceó el tórax de lado y lado, como esquivando una estocada, se cepilló la gabardina y dijo:

—¡Ahí, don Pedrito!

—¿Qué le parece la Reguladora? —le preguntó el poeta Sotillo sin dejarlo respirar.

—La Reguladora regular, como su nombre lo indica, ¿no es así? Sucede que los frijoles, que aquí llaman caraotas con un sentido, viéndolo bien, poco botánico de la falta de ignorancia, los susodichos frijoles se empeñan en presumir de espárragos y, naturalmente, la Reguladora les sube el precio por encopetados, usted lo capta, ¿verdad, manito? En lo concerniente o referente, que no es la misma cosa, a las casas o domicilios, verá usted, ¿qué importa que estén por las nubes?, con no pagar el alquiler basta y sobra, a lo macho, para eso son ustedes mexicanos, ándele no más. Mucho más grave, muy mucho un verdadero latrocinio, es que se pongan a regular la trata de blancas esos barrabases, porque uno

sale cariñosamente un sábado por la noche y no tiene sino veinte pinches centavos y ¿cómo hace?

—Es una lastimera calamidad, amigo mío, *vanitas vanitatum* —díjole Pedro—. Confórtese pensando que la vida está colmada de providencias inefables. Yo no creo una palabra de lo que dice el Eclesiastés. Siempre tropieza uno a malandrines que desdeñan el escalafón lógico de las jerarquías. Usted viene a torear a este país y de buenas a primeras le ofrecen la dirección de *El Nacional*. Porque no hay sentido de la realidad sino unos cuantos bribonzuelos pergeñando versos malos y tomando coca-cola en el desayuno.

—¡Sí, papi! —dijo respetuosamente Cantinflas.

—¿Y cuándo cree usted que se acabará esta guerra, compadre? —volvió a preguntar Pedro.

—La guerra —dijo Cantinflas— es una epidemia que concluye de cierta manera repentina, si es que concluye. El día menos pensado amanece el conglomerado en plena paz, siempre y cuando no siga el bombardeo, que es ahí donde está el detalle más tétrico, por así decirlo sin medias tintas. El mejor termómetro es el ejército italiano, pienso yo si usted no dispone otra cosa, purititos melitares de carrera en el buen sentido de la palabra. Cuando el ejército italiano se metió en Francia era porque dicha Francia estaba como quien dice al borde de la tumba fría. Ahora que el ejército italiano empieza a hablar de fraternidad, que si los hombres son todos hermanos, que si la palomita con un ramo de oliva en el pico, debe ser que los alemanes andan cuasi cadáveres funerarios. Uno no sabe lo que piensa hasta que no lo ha pensado, ¡mira cómo eres!, a mí me da coraje ver a los nazis que han perdido Rostov, Karkov y la vergüenzov en una chaparrita semana. Es que ellos también se rajan, cuate, y la misma copa del dolor van a apurar en el frente africano, siempre y cuando exista

todavía un frente africano, porque según me ha platicado...

—Todos nos enfrentamos a esa hecatombe organizada que hace temblar los cimientos del cosmos, amigo Cantinflas —lo interrumpió Pedro—. ¿Qué pensará un ruiseñor dormido en la cuenca de una granada? Bajo el colapso de los siglos, en los estratos cristalinos de la historia, Hitler quedará paleontografiado como un loquito hiperclorhídrico.

—Me recontragusta este país de ustedes tan reteparecido a Atotonilco, uyuyuyuy —dijo generosamente Cantinflas—. O mejor dicho, no puedo garantizar que me gusta propiamente porque todavía no lo he probado, sino que me siento inclinado, si usted no se opone, que no creo que tenga razones familiares para oponerse, a rendir homenaje sinceramente, valga la expresión, a lo que castizamente hablando nos conmueve ese rincón del espíritu que llaman alma, sí hasta ganas de llorar tengo, con cierta confianza genuinamente irrespetuosa. ¿Nos tomamos un tequilita?

—Nos lo echamos —dijo Pedro—. En los albores del medioevo, un lego numismático y alquimista atajó las parafernalias de su liturgia para alquitarar los dulzarrones elíxires benedictinos. O, como dice Paco Vera cuando la da por los latinazgos de Pero Grullo, *in vino veritas*.

—¡A sus órdenes, jefe! —dijo Cantinflas.

Y *El Universal* se quedó sin entrevista porque de Maiquetía no subieron.

[1943]

YO SOY UN GRAN BILHARZIANO

Y NINGUNA vergüenza me causa confesarlo porque la bilharzia es la enfermedad de moda y tiene marcada predilección por los intelectuales. Según las estadísticas del Ministerio de Sanidad, en nuestra Academia de la Lengua y en nuestra Asociación de Escritores, el único ocupante que no sufre de bilharzia es el portero.

Los médicos sostienen que la bilharzia es una enfermedad terrible, prima hermana de la sífilis, aunque se obtiene en forma mucho más honesta que su parienta. Las cruces de bilharzia se confiesan en público en tanto que las cruces de la sífilis permanecen veladas, soterradas en el camposanto de nuestros secretos. ¿Quién se preocupa de ocultar una enfermedad que llega hasta nosotros en las linfas cristalinas del Guaire, en la tersa corriente del río del Valle, o en el cristal dormido de los pozos de Los Chorros y Turmerito? La bilharzia es el achaque bucólico de aquellos que en su juventud se fueron de pic-nic con sus primas o de los que en su infancia se jubilaron de la escuela para ir a bañarse al río. Si existe un caraqueño auténtico que no haya hecho en tiempos pasados alguna de esas dos cosas, que lo canonicen por bolsiclón.

Lo que jamás he podido comprender es lo increíblemente caprichoso que es el microbio bilharziano para

escoger sus víctimas. En primer término, la bilharzia es una enfermedad que no se conoce sino en ciertos países del Asia y... en Venezuela; ¡qué distinción tan meritoria! Y en segundo término, no se hospeda sino en los organismos de dos seres vivos: el caracol y el hombre, exclusivamente. Bien puede usted sumergir en las aguas contaminadas de los ríos aragüeños, o en las aristocráticas y no menos contaminadas piscinas de La Florida, cualquier animal: un perro, una paraulata, un morrocoy, un rinoceronte, que, de no ser hombre o caracol, mujer o caracola, el microbio de la bilharzia lo mirará con el más profundo desprecio. Quién iba a pensar que aquellos agoreros cadáveres de caracoles sonrosados que colocaban nuestras abuelas tras de las puertas, eran las víctimas que en las riberas de los ríos dejaba la bilharzia. Y quién iba a sospechar que con tan recatado gasterópodo nos unía el vínculo sentimental de una maldición común y legendaria. Por mi parte, desde que me enteré del nexo patológico que nos hermanaba, he dejado de comer caracoles que, hablando sinceramente, no me gustaban muchote.

Después que el microbio de la bilharzia se introduce en el organismo, permanece varios meses meditando el sitio que va a elegir como morada. Hay bilharzias que prefieren la urbanización abdominal. Por cierto que éstas hinchan al paciente de una manera tal que, si se trata de una señorita, corre el riesgo de que le levanten un falso testimonio. No obstante, las parroquias favoritas de la bilharzia son las vísceras más nobles del cuerpo humano: el corazón y el hígado.

La bilharzia que se hospeda en el corazón produce en el anfitrión una crisis aguda de sentimentalismo; se le despiertan pasiones volcánicas por las mujeres que lo circundan; no hace discriminaciones estéticas; de mosquito para arriba, todo es cacería. Menos mal que, como

contrapartida del daño, la misma enfermedad le obsequia la llamada «mirada bilharziana» u «ojo bilharziano» que conlleva una dulzura en las pupilas por demás atractiva. ¡Cuántas mujeres virtuosas se han perdido, mártires de una mirada bilharziana bien empleada! Aconsejamos vivamente a aquellos compatriotas, a quienes el amor no les ha acarreado hasta la fecha sino desaires y fracasos, que se dediquen tesoneramente a atravesar el Guaire con los pantalones arremangados, en procura de la mirada bilharziana que les servirá para rendir los corazones femeninos más inasequibles.

Otras bilharzias, entre ellas la de este humilde servidor, seleccionan el hígado como lugar de residencia. Este tipo de bilharzia no debería denominarse *schostomiasis manzoni,* como la bautizó mi amigo el doctor Ruiz Rodríguez para que la gente se imaginara que él sabía latín, sino *schostomiasis calumniosa.* Porque al no más comenzar uno a sentir sus efectos, lo asaltan familiares y amigos con diagnósticos degradantes:

—¿Estás viendo? Yo te lo previne. Es que tú bebes demasiado, chico.

Y no hay manera de hacerlos rectificar porque el camuflaje de la bilharzia es tan perfecto que llega a producir cirrosis hepática y hasta *delirium tremens* si uno se descuida. Me parte el alma pensar en tantos abuelos y bisabuelos nuestros que murieron abstemiamente bilharzianos en épocas pretéritas, convencida erróneamente la familia de que era la noble y vieja caña el vehículo que los conducía al sepulcro.

Cuidaos de la bilharzia, compatriotas. No os bañéis en los ríos y, si queréis tener una mayor seguridad, no os bañéis en ninguna parte, que ningún descendiente de españoles se ha muerto de eso. No olvidéis que la bilharzia puede desembocar en tres consecuencias igualmente terribles: la cirrosis, la defunción y el hemético.

Es indudable. No se puede disertar sobre la bilharzia sin mencionar entre sus calamidades al hemético. El hemético es otra enfermedad que emplean los médicos para curar la bilharzia. Se trata de unas inyecciones que producen toses espasmódicas, temblores febriles, dolores en los huesos y un sueño idiotizante. El hemético, amigos míos, es un injerto de tosferina con paludismo y de cólico con senectud.

Lo cierto es que yo me estoy poniendo mis inyecciones de hemético, como deberían ponérselas los 45.000 caraqueños que sufren bilharzia, según los cómputos del doctor Pifano, entre los cuales (si Dios quiere) te encuentras tú, lector que me estás leyendo con una sonrisa desdeñosa: hazte el examen y aparecerán las cruces. Y me las seguiré poniendo porque en la eficacia de esas inyecciones abominables reside la salvación de mi hígado y, aunque tal vez me habría resignado a morir de una cirrosis adquirida en gallarda lid, me resisto a fallecer de una bochornosa cirrosis de caracolito.

[1943]

BIOGRAFÍA DE UN SOBADOR

HOY, cuando los grandes titulares de los periódicos más venerables son acaparados por las hazañas de los gángsteres en cuadrillas, los contrabandistas de drogas, los tratantes de blancas, las bandas fascistas y otros peligrosos especímenes del sub-género humano, nos hemos sentido reconfortados al enterarnos de la reciente y desusada aparición de un sobador por los lados del Callejón Lourdes. El sobador es una silueta evocadora de las cariñosas costumbres venezolanas del siglo pasado; una sutil remembranza de las deleitables historias que nos relataban nuestras tías solteronas entre aromas de albahaca y versos de Abigaíl Lozano.

Yo te saludo, sobador caraqueño que brotaste anacrónico a mediados del siglo veinte, trasnochado exponente de un goce humilde e inofensivo, intrépido galán que —lejos de escurrirte cobardemente entre las multitudes como los rascabucheadores modernos— expones las facciones de tu cara al furor de las uñas de tus homenajeadas. Yo ensalzo la sinceridad de tus intenciones, tu preocupación hedonista en demostrar que no todos los rumores nocturnos son pisadas aviesas de rateros en ejercicio, sino que todavía existes tú, quijote del amor fugaz, romeo de la caricia escamoteada, abelardo de las eloísas desconocidas, dispuesto a arriesgar la libertad y la vida

en aras de una platónica percepción de la belleza femenina dormida.

Hace unos cuantos años conocí a un sobador profesional en el ocaso de sus facultades. Fue mi amigo. En mis conversaciones con él logré justipreciar la pureza de sus ideales y la firmeza de sus principios. En homenaje a Toribio García, que así se llama el sobador descubierto anteayer en el Callejón Lourdes, traigo hoy a estas páginas los rasgos biográficos de aquel ilustre colega desaparecido.

Casimiro Manosalva nació en la esquina de Quita Calzón hace más de cincuenta años. Su padre, un amolador italiano con veleidades ducales (óigase a *Rigoletto*), lo abandonó antes del parto, es decir, antes de que la madre diera a luz a Casimiro. En cuanto a la madre, la pobre Mary (Mary Tornes) murió cuatro meses después con más bacilos de Koch entre pecho y espalda que la Dama de las Camelias. Es una historia muy triste. Casimiro habría seguido los pasos de su progenitora a no ser por un caballero chapado a la antigua que aspiraba a conquistar el cielo por medio de la caridad practicante, las oraciones al Santo Niño de Atocha y unas piedras en la vejiga que ríase usted de los sufrimientos de Job. El filántropo se llamaba modestamente Guillermo Tell Bolívar y tenía establecida una venta de fajas abdominales en la Calle Real de Candelaria.

Sin embargo, al intentar la educación cristiana de Casimiro, el señor Bolívar pasó más vergüenza que un fraile capuchino en una casa de lenocinio. El chaval demostró desde pequeñito desmedidas aficiones al manoseo: practicaba un *catch as catch can* desenfrenado con las diversas cargadoras que el señor Bolívar le puso. Más tarde, su paciente tutor viose obligado a encerrar a las sirvientas y cocineras con candado, y también a las gallinas, y a las pelotas de *foot-ball,* y a las trampas de ra-

tones, ya que Casimiro, en cuanto no divisaba cuerpo de mujer a quien pasarle la mano, se la restregaba a cualquier animal u objeto del sexo femenino, así se tratara de una penca de tuna.

Al percatarse Casimiro de la desconfianza que su padre adoptivo le profesaba, abandonó dignamente el hogar en una noche oscura, sin más equipaje que dos moldes de gelatina y una estatuilla de la Venus de Milo que el señor Bolívar tenía en la sala y con cuyas curvas solía entrenarse Casimiro despiadadamente. Para esa época el sobador de nuestra historia contaba 14 años y no había leído en su vida sino dos libros, a cual más corruptor: el *Catecismo* de Ripalda y *Bola de sebo* de Maupassant.

¡Qué amargo se comportó el destino con aquel adolescente descarriado en una época en que no existían casas hogares ni institutos reeducacionales! La única protección para la infancia era el garrote paterno; la pedagogía moderna la ponían en práctica los curas salesianos a palmetazo limpio. Casimiro fue recapturado por su tutor y vagó de internado en internado, conformándose con moldear muñequitas de cera en los recreos y atisbar por el ojo de la cerradura los retratos de bataclanas desnudas que ornamentaban la celda del padre Velandia.

A punto de cumplir su mayoría de edad, Casimiro se enamoró y fue correspondido, para desgracia suya. Sucedió que la novia tenía tal cantidad de espinillas en el cuerpo que, al cabo de dos semanas, a Casimiro se le pusieron ambas manos como lomo de puercoespín. Dejóla Casimiro por otra y esta segunda le resultó maniática del adelgazamiento voluntario; no comía sino ensaladas; a los tres meses era hueso no más; Casimiro recibía más puyazos que un toro de lidia; también la dejó.

Ante aquel cúmulo de fracasos y decepciones, Casimiro decidió morirse. Y se murió. Al menos se contrató como muerto en un centro espiritista durante varios años

que fueron los mejores de su vida. Su trabajo consistía en asistir en calidad de difunto a las sesiones metapsíquicas que se celebraban en esta capital. Fue la única etapa de legalidad que disfrutaron los sobidos de Casimiro. Los organizadores lo introducían de antemano en el cuarto donde iba a celebrarse el experimento y él esperaba, disimulado detrás de un escaparate, la hora del trance.

—¡Napoleón! Yo te convoco, Napoleón, ven a nosotros, Emperador... —decía el médium, o mejor, la médium, porque si el médium era varón Casimiro no aparecía.

Pero si era una médium, Casimiro se fajaba como los buenos, sin poner atención a las protestas de la teósofa:

—Napoleón, Napoleoncito, por favor, ¿tú cómo que te imaginas que yo soy Josefina?

(Dígame el banquete que se dio Casimiro una noche en que cuatro señoras solas decidieron convocar al espíritu del general Cipriano Castro. Aquello fue la batalla de Tocuyito.)

Pero tanto bienestar concluyó para Casimiro por culpa de su indebida preparación escolar, ya que los padres salesianos le habían enseñado a jugar *foot-ball* y a rezar el yo pecador pero no le dijeron una palabra de la literatura francesa. El desastre ocurrió cuando una señorita rubia, bastante apetitosa y medio bachillera, exclamó en mitad de una sesión:

—Yo quiero que venga Jorge Sand.

Y Casimiro, a quien no podía pasarle por la mente que Jorge Sand —con ese nombre fachendoso de cantador de rancheras mexicanas— hubiese sido en vida una escritora romántica, respondió con apasionada voz de barítono:

—Aquí estoy, amor mío. Tócale los bigotes a tu Jorgito —armándose en el acto tal prendedera de luces y tal sampablera que Casimiro salió con diez puntos de sutura y perdió el empleo.

Después sobrevino una época dura y clandestina de saltar tejados, agazaparse bajo los catres, colarse como una sombra en los internados de señoritas, huir a la desbandada perseguido por policías, maridos y padres de familia. Cansado a la postre de tanta lucha, cruzado el cuerpo de cicatrices y el alma de desilusiones, Casimiro decidió dedicarse a la mendicidad.

Iba de puerta en puerta, pidiendo el pan para los hijos que no tenía, arrastrando su vocación esteticista como quien arrastra por el rabo un gato muerto. Hasta que un día aciago llamó a la verja de una quinta y salió a recibirlo una hermosa señora, envuelta en un transparente kimono japonés.

—Una limosnita por el amor de Dios —dijo Casimiro.

—Perdone, hermano.

—Aunque sea un centavito.

—No tengo sencillo.

—Aunque sea un bollo de pan.

—Hoy no vino el panadero.

—Aunque sea un vaso de agua.

—Tampoco vino el agua.

Entonces Casimiro exclamó filosóficamente:

—Pues me conformaré con una sobadita porque lo que soy yo no pierdo mi viaje.

Y la sobó en gran escala, desde el estrecho de Bering hasta la Patagonia. Pero, cuando andaba por las inmediaciones del itsmo de Panamá, se apareció el marido de la paciente y le metió cuatro tiros a Casimiro, dejándolo esta vez más difunto que mejillón de pote.

Desde aquel engorroso incidente, mi amigo Casimi-

ro Manosalva descansa en paz, soflamado en el caldero más caluroso del infierno, lo más lejos posible de las once mil vírgenes, amén. .

[1943]

LA MAESTRICA DE ARITMÉTICA

No puedo pensar en mis condiscípulos sin imaginármelos como eran hace varios lustros, no gente respetable como son hoy. Los recuerdo apiñados bajo los aleros de aquella escuela primaria, situada entre las esquinas de Palma y Municipal, aferrados a los pupitres donde cada cual grababa con el cortaplumas las frases más acordes con sus inclinaciones y sentimientos. Manuel Acosta Silva, hoy médico afamado pero para ese entonces zagalejo de coco rapado a quien apodábamos cariñosamente Cabeza de Martillo, era un querubín católico que nos regalaba medallitas e inscribía en la tabla del pupitre leyendas piadosas: «Gloria a Cristo Jesús». José Antonio Marturet, en cambio, hoy contundente abogado y diplomático sutil, grababa en la madera insolencias tan estruendosas que los demás temblábamos por las torturas que le serían aplicadas en los infiernos cuando le correspondiera dar el salto del tordito, salto del tordito que todavía seguimos esperando.

Lo más primoroso de aquella escuela era la maestrica de Aritmética. No teníamos nosotros sino siete años, pero a los siete años se adquiere uso de razón, según la doctrina católica, y el uso de razón recién adquirido nos indicaba que aquella maestra estaba estupenda. ¡Qué mirada tan dulce! ¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata rea-

leza! ¡Qué piernas tan lindas! Con precoz ansiedad se la quedaba mirando el mayorcito de nosotros, un zagaletón de nombre Raúl Leoni, recién llegado de Guayana con unos crespos que hoy nos lucen inverosímiles, y cuando ella le preguntaba:

—¿Qué me ve usted tanto, niñito Leoni?

Él le respondía sin inmutarse:

—En este momento la boca, maestra.

Todos empezamos a llegar peinaditos, con las medias en su puesto, haciendo esfuerzos por competir con Inocente Palacios, que acababa de obtener el premio del niño más buenmozo de Caracas en un certamen promovido por *El Cojo Ilustrado.* Y los que no confiaban mucho en sus atractivos físicos ponían en juego su inteligencia, como fue el caso de Rafael Vegas, quien para ese entonces no soñaba con ser Ministro de Educación como lo es en la actualidad, y le escribió a la maestra unos versos que comenzaban así:

Maestra
que me enseñaste la suma,
que me enseñaste la resta,
que me lo enseñaste todo...

Es imposible olvidar tampoco a Uberto Mondolfi, un italianito lascivo que se agachaba a cada instante a recoger el lápiz en persecución de un ángulo propicio para divisarle más allá de las rodillas a la preceptora. Ni a Pedrito Juliac, un trigueño refistolero que bajaba desde La Pastora con su cuellito de marinero y que, cuando la maestra le preguntaba:

—¿Cuánto es 9 por 7, Pedrito?

Él le respondía vuelto un caramelo de chocolate:

—¡Lo que usté quiera, mi blanca!

¡Qué maestra, hermanos míos, qué maestra! Y de

qué manera tan apasionada nos consagramos al estudio de la aritmética, de la suma de quebrados, la regla de tres compuesta y otros conocimientos inaplicables. Nada queríamos saber de la gramática porque el profesor era un franchute llamado Monsieur Vaamonde; despreciábamos la geografía porque las clases las daba un tipo de tres metros de largo a quien apodábamos Zamorota. Y cuando nos topábamos en la calle con un alumno del Instituto San Pablo, le decíamos despectivamente:

—Si vieran ustedes la clase de maestra de Aritmética que tenemos. En cambio ustedes, infelices, aprenden a dividir con Roberto Martínez Centeno. ¡Qué diferencia!

Andábamos tan enamorados de la maestra que nos daba una vergüenza inenarrable pedirle permiso «para ir afuera», inhibición que fue la causa de un chasco tremendo sucedídole en plena clase a Miguel Chapellín, prosaica peripecia que no considero oportuno narrar ahora.

La verdad es que éramos felices. Había un catirito barroso llamado Carlos Pérez de la Cova que se gastaba diabluras desaforadas —orquestaba cigarrones, echaba popa, encendía triquitraques— con la finalidad premeditada de que la maestra lo llamara y le ordenara:

—¡Mire, monada, arrodíllese allí!

Y él se arrodillaba enternecido, cerquita de sus pies, ponía los ojos en blanco, juntaba las manos en actitud de oración y se le declaraba:

—¡Yo la adoro, maestrica!

También recuerdo a Ramón Rojas Guardia, un canillón que se robaba a la rebatiña cambures y manzanas en los puestos del Mercado, atravesaba cuadras enteras huyendo de los fruteros enfurecidos que lo perseguían e irrumpía finalmente en el salón, recitando con

voz de carnero degollado bellas frases aprendidas en el Libro Primario de Mantilla:

—Estos frutos los recogí esta mañana temprano en mi huerto para usted.

Un lunes de lluvia sucedió la tragedia. La maestra no vino hoy, ni mañana, ni el miércoles. Un maretazo de angustia nos bañó los rostros. ¿Estará enferma? ¿Se habrá muerto? ¿La habrán cambiado de escuela? Una comisión subió hasta el escritorio del Director, que era el doctor Teodosio V. Sánchez, oriundo de San Cristóbal.

—¿Qué le ha sucedido a la maestra de Aritmética, doctor?

Y el Director nos respondió con uno de esos eufemismos que tanto placen a los tachirenses:

—Pues cómo les parece que la maestra de aritmética está multiplicando en una clínica.

Desde aquel día se acabaron para nosotros las ciencias exactas. El drama concluyó cuando vimos entrar al profesor sustituto, el bachiller Telmo Romero, a quien por represalia bautizamos con el oscuro sobrenombre de Chopelote. Cuando Chopelote intentó dar la primera clase, un clamor se levantó desde los bancos de atrás:

—¡Que hable Jóvito! ¡Que hable Jóvito!

Desde los siete años Jóvito era el orador de orden de nuestra generación. Y habló Jóvito:

«Ciudadano maestro, queridos condiscípulos, ¡pueblo de Caracas! Con el corazón embargado por la zozobra, subo a esta tribuna para enarbolar, señores, mi palabra infantil de protesta, para dejar constancia de mi párvula rebeldía. ¿Quién transige gustosamente en trocar una flor de mayo por un congorocho? ¿Quién es capaz de desdeñar el canto de la alondra para escuchar el graznido del alcatraz? Nadie, respetado maestro, por más candoroso y sietemesino que sea. En consecuencia, interpre-

tando la repulsa responsable de todos mis condiscípulos, os digo paladinamente: ¡No os queremos!»

Grandes aplausos subrayaron las inspiradas palabras de Jóvito. Solamente él, el maestro, Telmo Romero, permaneció inmóvil y alicaído como la esfinge del desierto. Cuando se repuso, abandonó el salón sin articular una sílaba y fue a refugiarse en el bar de la esquina que, si mal no recuerdo, se llamaba «El Tango». Ahí, para olvidar la afrenta, se emborrachó por vez primera.

Y hasta el sol de hoy.

[1943]

MIENTRAS NO LLEGA EL AUTOBÚS

Novela corta.

HACE ya algún tiempo salió de la escuela, rumbo a su casa, la niña Nelly Vinagreta, hermoso querubín de nueve años de edad y chupeta en mano. Para ese entonces Nelly cursaba primaria elemental y la única mala palabra que conocía era «pupú».

Serían las once y pico de la mañana de un viernes cuando Nelly, respetuosa de la disciplina municipal y de las buenas costumbres, tomó su puesto en la cola de una de las paradas que amenizan los alrededores de la Plaza Bolívar. El autobús que esperaba habría de conducirla a su lejana, proletaria y polvorienta parroquia de Catia.

La presencia de Nelly pasó inadvertida para sus compañeros de resignación. Su vecino de la izquierda era un estudiante de Derecho, algo pedante como suelen ser los estudiantes de esa Facultad en todas partes del mundo, que ni siquiera se dignó bajar los ojos para cerciorarse de la proximidad de la chiquilla. Su vecino de la derecha era un modesto y antiguo empleado de la Cancillería, oloroso a cerveza y a sandwich de anchoa, que ningún Ministro se atrevía a destituir porque era el único que sabía manejar los archivos.

La cola era una sola sombra larga. Nelly logró divisar a lo lejos y a lo cerca los más variados especíme-

nes de la sociedad contemporánea; obreros con el sindicato disuelto; padres de familia maldiciéndole la ídem a la Junta Reguladora y persiguiendo en las nubes la ruta astral de los comestibles; cocineras con la cesta en el brazo y Jorge Negrete en el corazón. Nadie prestó atención a la pequeña Nelly, salvo un anciano de barbas freudianas y freudianas inclinaciones que le metió un pellizco.

En aquel rígido desfile empezó la niña a conocer la vida y sus complicaciones. Cuando se planteó el problema del voto femenino, una dama de atildados modales allí presente, afirmó que ella no deseaba votar porque se sentía muy burra, comprendiendo Nelly que a confesión de parte relevo de pruebas. Y cuando se habló de la urgencia de un segundo frente de guerra para derrotar a Hitler, un escritor barrigoncito se puso a tronar «que aquello sería hacerle el juego al comunismo», quedándole a Nelly serias dudas con respecto al supuesto anti-fascismo de quien aquello decía.

Pasó el tiempo dulcemente y con el tiempo fue creciendo Nelly. Su vecino el estudiante comenzó a prestarle atención. En efecto, los soles y las lluvias habían transformado a la pequeña escolar en una espléndida mujer. El estudiante de Derecho se enamoró de ella y se volvió rastrero y suplicante, como suele acontecerle a los estudiantes de Derecho cuando se enamoran.

Una noche de luna en el cielo y retreta en la plaza, se le declaró. Y como Nelly lo aceptase, cautivada por su sabiduría y por su parecido fisonómico con el doctor Luis Villalba Villalba, desde aquel instante fueron novios y su espera en la cola se hizo mucho más llevadera. Los vecinos escuchaban a toda hora el arrullo de los tórtolos, sus preguntas babiecas destinadas a dilucidar quién era el propietario de la boquita de ella y quién el ama y señora de los bigotes de él, sus pleitos injustificados,

sus promesas matrimoniales. Un noviazgo clásico, en fin.

La presencia del jefe civil de Altagracia en aquella ristra humana, setenta metros más atrás, fue aprovechada por los enamorados para transformar en tangible rea lidad sus dorados sueños. Se casaron un sábado de abril. La entera cola entusiasmada, celebró el acontecimiento. La muchacha derramó unas cuantas lágrimas, conmovida por la ausencia de sus padres que la seguían esperando en Catia, pero el flamante esposo se bebió el llanto de la recién casada y así principió la luna de miel y se estableció la felicidad conyugal.

La vida matrimonial tuvo un desarrollo ejemplar. El marido de Nelly, decidido a no perder su puesto en la cola, se abstenía de visitar botiquines y cabarets, ni despilfarraba sus ahorros en las carreras de caballos. De esa manera, Nelly lograba realizar el ideal impertinente de toda mujer casada: el consorte a su lado permanentemente, las 24 horas del día, aburrido como una ostra pero a su lado.

A los nueve meses vino al mundo el primogénito. Un carricito rubio como Nelly y pretencioso como su papá, que no fue muy bien recibido en el primer momento por los colistas. Sus destemplados berridos nocturnos no los dejaban dormir. Sin embargo, a todo se acostumbra uno, según Aristóteles. Al poco tiempo el pequeño Nicolás, que así lo bautizaron para perpetuar el nombre del lugar de su nacimiento, era el niño mimado de los 1.583 ciudadanos que esperaban el autobús de Catia.

Después el espectáculo se hizo monótono. Nelly tenía un hijo todos los años. Su bíblica fecundidad provocaba ruidosas protestas entre los colistas, hasta la coronilla de aquellos chillidos en mi menor, pellizco sostenido y cachetada bemol.

Por último, la vitalidad de Nelly comenzó a declinar: la maternidad redundante, la cría de los niños, las

contrariedades peculiares del hogar, el precio de la mantequilla, las noches pasadas al aire libre, influyeron aciagamente en la salud de doña Nelly, como se le llamó en la cola durante su postrera etapa. Una tarde llorosa de noviembre, entre el tejido de la llovizna, los cornetazos de los automóviles, los gritos de los pregoneros y las preguntas de los reporteros de *Últimas Noticias* que no dejan morir a nadie tranquilo, doña Nelly entregó su alma al Creador. Murió sin confesión porque los curas («más sabe el diablo por cura que por diablo», decía Voltaire), los curas prefieren andar a pie que hacer cola. El fallecimiento de doña Nelly fue un tremendo golpe moral para toda la hilera. Allí se le amaba por sus virtudes y se le respetaba por su avanzada edad.

La enterraron compungidos al pie de un poste de teléfonos. Sus hijos enlutados recibieron el pésame. Su viudo inconsolable juró solemnemente no volverse a casar. Entretanto, los aliados no habían abierto el segundo frente, ¡qué esperanza! En cuanto al autobús de Catia, continuaba accidentado en la plaza Pérez Bonalde.

[1944]

LA AVIACIÓN Y SUS ENCANTOS

Voy a hablar sinceramente de lo que sufro cada vez que me monto en un bicho de ésos, así se trate del más poderoso pentamotor del mundo y así vaya al volante el coronel Charles Lindbergh, que es bastante fascista pero ostenta laureles de gran aviador.

Mis tribulaciones se inician al llegar al aeródromo, cuando me pesan y gritan delante de todo el mundo, como si yo fuera un boxeador:

—¡Ochenta y cinco kilos!

—Caramba, qué gordo estoy —me disculpo avergonzado—. ¿Y para qué querían ustedes saber mi peso?

El empleado, muy amable, me explica:

—Porque si le metemos peso excesivo al avión, se cae.

Y dice «se cae» deportivamente, como si se tratara de una piñata.

Después le pesan a uno el equipaje y le cobran diez dólares de exceso. Por lo menos a mí siempre me han cobrado exactamente diez dólares, nunca nueve setenta y cinco, así lleve una maletica, un baúl, una máquina de escribir o un escaparate. Estoy tan acostumbrado que los llevo preparados, en moneda americana.

Luego viene el turno de las despedidas. La gente que se despide de los que van a volar en avión acostumbra poner una cara expectante y agorera. No es igual cuan-

do la partida se efectúa en barco o en ferrocarril. En estos casos los familiares se quedan en el muelle o en el andén aleteando pañuelos, empuñando ramos de flores, deshojando sonrisas, contando cuentos. «Feliz viaje». «Que te diviertas mucho». «No dejes de escribirnos». La gente que se queda en los aeropuertos, en cambio, adopta una actitud más reservada. No dicen nada, prudentemente. Pero observe con detenimiento a una novia de aeropuerto y adivinará sus pensamientos: «¡Ay, Virgen de Coromoto, que no se haga tortilla el futuro padre de mis hijos!»

Pero ya está uno cómodamente sentado, herméticamente cautivo, sonriendo a la *stewardess,* azafata o aeromoza que se acerca con un chiclet en una bandejita. Nunca he llegado a comprender la finalidad de ese chiclet en ayunas, ni me he explicado tamaño despilfarro en esta época de escasez de cauchos. Al principio supuse que nos los daban para propiciar un juego infantil que nos distrajera durante la travesía: pegarle el correoso residuo de goma en el cabello al ocupante del asiento delantero. Pero deseché en seguida la tentación al comprobar que mi vecino de adelante pesaba diez kilos más que yo y era un pitcher negro importado por el «Magallanes». Preferí tragarme el chiclet.

Se había encendido un letrero imperativo: «¡Abróchese el cinturón!» No me agrada cumplir órdenes ciegamente, sin investigar la razón que las determina. No soy tomista; soy cartesiano. Llamo a la aeromoza:

—¿Por qué motivo debo abrocharme el cinturón?

Ella esgrime la más dulce de sus miradas:

—Para que no se rompa la cabeza contra el techo, si nos caemos.

—Y si nos caemos en el mar, ¿cómo hago para desabrocharme el cinturón?

Esta vez ella se encoge de hombros, fatalista, como

si dijera: «Si nos caemos en el mar, *morituri te salutant*». Y se consagra a explicarnos práctica y minuciosamente los movimientos que debemos hacer para ponernos el salvavidas, en el caso de un accidente: «Meta la cabeza por entre estas dos cintas, así; sople este tubito, así; procure que este cojincito le quede justamente sobre el tercer espacio intercostal izquierdo, así; coloque los brazos en posición yoga, así; haga un lazo con el remate de estas trenzas, así». Mucho más complicado que ponerse el frac y las condecoraciones. ¿Quién se va a acordar de tantos detalles en el segundo del estrellamiento? Prefiero la visión del paisaje. Las colinas son granos de arroz verde; los ríos son tallarines de plata; debemos estar a diez mil pies Me asaltan siniestras reminiscencias de mis estudios de Física. La ley de gravedad dice que los cuerpos sólidos, abandonados en el aire a su propio peso, se vienen para abajo como si los halara una cabuyita, y mientras más pesado sea y más lejos se encuentre el cuerpo, más duro es el batacazo. A diez mil pies y dentro de este armatoste tan obeso, Newton y su manzana me asedian como fantasmas. Abrigo la esperanza de que existan otras leyes no menos físicas que obstaculicen el derrumbamiento del perol. Pero las desconozco porque mis estudios académicos concluyeron en el tercer año de bachillerato.

Invento antídotos contra el pánico. El primero es la humillación de parangonarme con la viejita que viaja en un sillón cercano, hojeando una revista. Contemplo su pasmosa tranquilidad, su indiferencia de gaviota, su confianza en nuestro feliz aterrizaje. ¿Cómo es posible que esa anciana sea más valiente que tú, más hombre que tú, un paisano de Tigre Encaramado y de Eulalia Buroz? ¿No te da vergüenza? La verdad es que no me da.

Busco un segundo antídoto, más científico. Basado en la teoría de las probabilidades, nada menos. Saco las

cuentas en un papelito. En el mundo se levantan cerca de dos millones de aviones diarios. No se cae sino uno cada quince días, aproximadamente. Luego, para que se caiga éste en que voy volando, existe una posibilidad contra treinta millones a mi favor. Pero —discute mi yo pesimista— ¿quién me garantiza a mí que éste no va a ser el uno que se cae sino uno de los treinta millones que no se caen? Vamos —insiste mi yo optimista—, muchísimo más fácil sería sacarse el primer premio de la lotería para una persona que jugara un solo sorteo en su vida, y tú llevas veinticinco años jugándola y no has visto el primer premio ni por el forro. (Su lógica matemática es contundente.) Para corroborarla interrumpo a la viejita que lee:

—Señora, ¿usted se ha sacado alguna vez el primer premio de la lotería? ¿Verdad que no?

—Pues se equivoca, caballero. Me lo he ganado tres veces: dos con centenas y otra con un once mil. No es tan difícil, no lo crea.

Sonrío defraudado y nervioso. Y luego debo enfrentarme a lo más espantoso: los baches o vacíos. Son saltos de caballo que protagoniza el avión en la vía láctea. El estómago se nos arrima al maxilar inferior, el corazón desciende hasta el astrágalo, una nube color desgracia nos tapa el cielo, «abróchese el cinturón», «no fume», «rece un padrenuestro», sospecho que la ley de gravedad vuelve por sus fueros. Con rostro cadavérico le pregunto al piloto —el piloto pasa rumbo al baño, ha dejado sola la cabina, ¿quién estará manejando este sarcófago volante, Dios mío?—, le pregunto al piloto:

—¿Qué sucede? ¿Nos caemos?

—No se preocupe. Son bolsas de aire —responde despectivo.

—¡Mentira! Aquí no hay más bolsa de aire que yo —confieso.

En efecto. ¿Quién me mandó a montarme en esta cripta de aluminio? Y dígame si, por una maldita casualidad, se sale con la suya Monseñor Pellín y resulta que las cosas no son como yo las pienso sino como las piensa él, y después que nos estrellemos resulta que hay otra vida más allá de la muerte, y me recibe un diablo peludo y hediondo a azufre, con un tenedor en la mano, haciéndome el inventario: tantos pecados de ira, tantos de gula, tantos de pereza, y en cuanto a codiciar la mujer de tu prójimo, ni hablar. No me salva ni Cristo.

Los oídos me atormentan como si me los hurgaran con un tirabuzón; debe ser el chiclet que me desarticuló los maseteros; no los mascaba desde el colegio. Menos mal que estamos aterrizando. «Abróchese el cinturón», otra vez. La aeromoza se pinta los labios, los pasajeros se pienan, la viejita impertérrita sigue hojeando su revista. ¡Hemos llegado! Yo desciendo la escalera en cuatro saltos para besar la tierra madre y gritar:

—¡Viva la serpiente! ¡Abajo el águila!

No obstante, a los cuatro días vuelvo a tomar un avión. ¿Qué querían ustedes que hiciera? No podía regresar a pie desde la Gran Sabana.

[1945]

LAS AMAS DE CASA SE ENTREVISTAN CON EL PRESIDENTE

En esta semana una nutrida, aunque desnutrida, comisión de Amas de Casa visitó al Presidente Medina con el objeto de exponerle los problemas fundamentales que estremecen los cimientos de la organización familiar venezolana. El general Medina se ve obligado a recibir diariamente las visitas más extravagantes y más masculinas, tales como las de aquellos ciudadanos que van a pedirle cargos de concejales o diputados, olvidando que los concejales y los diputados deben ser elegidos por el pueblo y no por el Presidente de la República. O las comisiones de vecinos del Estado Falcón que la han dado por solicitar del Primer Magistrado que les regale por decreto los leones de Blacamán para cogerles cría en la sierra de Churuguara. De ahí que el general Medina se sintiera encantado con este paréntesis gentil que le brindaban las Amas de Casa caraqueñas y concediera sin titubeos la audiencia que requerían.

Después del saludo de rigor, el Presidente pronunció las palabras no menos de rigor:

—¿Qué desean?

Y, como era de sospecharse, las doce Amas de Casa que constituían la comisión, apegadas a la inalterable

costumbre de todas las amas de casa que en el mundo han sido, se lanzaron a hablar a un mismo tiempo:

—Pues resulta que, general, usted comprenderá...

—Figúrese que las Esparragosa, que viven un poquito más arriba de la panadería...

—No es por hablar mal de nadie, general, pero mientras nosotras no hallamos qué hacer para que nos alcance el diario...

—Y el ocumo está a cuarenta...

—¿Usted sabe lo que es magnífico para la calvicie, general? Fricciones de agua de azahar con goticas de trementina...

—Yo he tenido que echarle mercuriocromo a las empanadas, figúrese usted...

—¿Cuánto le costó aquel florerito tan lindo a su señora, general? Si no es indiscreción...

Hasta que el general Medina se paró en medio de la sala y gritó:

—¡Time! ¡Taim!

Y a renglón seguido, cuando se produjo el silencio, dijo:

—Señoras, tengan la bondad de hablar una por una.

Santo remedio. Las Amas de Casa enmudecieron como tumbas. Al cabo de diez minutos, la más audaz de ellas se arriesgó tímidamente:

—Es que una por una nos da pena, general.

—Entonces, *¡play ball!* —ordenó el Presidente.

Y se fajaron de nuevo, todas a un tiempo pero esta vez con más acoplamiento o *team work,* logrando de ese modo que el gobernante las entendiera perfectamente.

—¿Sabe usted a cómo están las medias de señora, general?

—Sí sé. Carísimas.

—Y hablando de otra cosa. ¿Qué le parece Jorge Negrete?

—Si supieran que me cae un poco gordo.

—¿Y Frank Sinatra?

—Para serles franco, prefiero a Verónica Lake.

—¡Qué horror! Esa mujer con ese mechón tan feo.

—Ustedes perdonen.

—No se preocupe, general. Ya nosotras ni vamos al cinematógrafo. Lo único que tenemos de película es el hambre. ¿Desde cuándo no va usted al mercado a comprar ñames?

—Hace un montón de tiempo, señoras. Los asuntos de la República, ustedes entienden, no me dejan tiempo para ocuparme de los ñames...

—Afortunadamente para usted, general. Porque si llega a ir al mercado y ve los precios, se arranca los cabellos de desesperación...

—¿Qué cabellos?

—Y luego nuestros maridos que están alzados, general. Usted tiene que hacer algo.

—Señoras, yo les garantizo que en este país no hay nadie alzado.

—Que se cree usted eso, señor Presidente. Figúrese que mi esposo llegó esta mañana a las cuatro y media, con el lechero. Mejor dicho, a la hora en que llegaba el lechero cuando la leche se podía comprar. Y usted sabe la excusa que me dijo, general. Que andaba reparando los huecos de las calles con el Ministro de Obras Públicas, con el doctor Silveira.

—¿Y por qué no usó la escoba, amiga mía?

—Porque las escobas están a cuatro bolívares. Y si se me rompe la que me queda, voy a tener que barrer con el codo.

—¿Y qué proponen ustedes, en concreto?

—Muy sencillo, general. Que usted les corte las uñas a los intermediarios, que meta a la cárcel a los acaparadores, que impida el alza de los precios a lo macho.

—Pero eso sería una revolución.

—Exactamente. Y solamente los hombres que llevan a cabo revoluciones conservan su sitio en la historia de los pueblos.

Bueno, esto último no lo dijeron las Amas de Casa. Pero es la purísima verdad.

[1944]

LOS CONSPIRADORES

HAY tres clases de conspiradores: el conspirador que conspira; el conspirador frustrado, que no se mete en las conspiraciones pero vive deseando su triunfo; y «el presunto conspirador» (así lo llaman los boletines oficiales), un pacífico ciudadano a quien llevan a la cárcel preventivamente cada vez que es debelada una conspiración.

El único interesante, a mi juicio, es el conspirador que conspira. Se trata por lo general de un señor vestido de negro, padre de familia, muy circunspecto, fumador de puros, con un diente de oro. Lo encontramos en el hipódromo, en las cervecerías, en la misa de once de San Francisco, en todas partes. Se nos acerca, mirando previsivamente a diestra y siniestra, para decirnos a media voz:

—Tenemos una bolada segura para fines de mes. ¿Quiere usted entrar?

Usted, soltero, cívico, epicúreo, le pregunta:

—¿Qué clase de bolada? ¿Niñas decentes o de las otras?

Entonces el conspirador lo mira severamente, cual si le reprochara un pecado mortal, y le aclara:

—¡Qué niñas vivas ni qué niñas muertas! Un alzamiento formidable es lo que tenemos entre manos. He-

mos hecho contacto con diecisiete Estados de la República. No puede fallar.

—¡Caracoles! —exclama usted palideciendo—. Pero eso de alzarse es sumamente peligroso. Además, yo no soy político, nunca me ha interesado la política.

El tipo se empeña como un vendedor de seguros:

—¡Qué va a ser peligroso! Esta gente está caída. Es como darle un palo a un borracho, amigo mío. Piense usted en su porvenir, en el de sus futuros hijos. Le ofrecemos la aduana de Guanta.

—Pero, señor —argumenta usted a la defensiva—. Si yo no sé una papa de aduanas. Eso es una locura.

—Le voy a explicar. El 24 de enero a las seis de la mañana nos alzamos simultáneamente en todo el país. Contamos con seis cuarteles. Mientras tanto, el general López invade por Coro con Rafael Simón y León Jurado, o por Carúpano con Luis Gerónimo Pietri, o por Catia la Mar con Sayago. De repente vuelan cinco aviones por encima de la Sabana del Blanco que es la señal de que ya Betancourt se ponchó. Se constituye en el acto la Junta de Gobierno y usted recibe su aduana. ¿Qué le parece el plan?

—¡Horrendo! —responde usted muy asustado—. Y no me siga dando más detalles porque si me ponen un suiche en la nuca lo canto todo, yo me conozco.

Pero el hombre es irreductible:

—Ya tenemos ofrecido el reconocimiento de tres potencias: Trujillo, Franco y Perón. En cuanto a los Estados Unidos, al garantizarle el fusilamiento del ministro Pérez Alfonzo y el libre incremento de las concesiones petroleras, no hay más que hablar. ¿Entra o no entra?

—Pues no entro de ninguna manera.

Solamente entonces el tipo se aleja sin inmutarse, a conciencia de que hizo lo que pudo, como el vendedor

de seguros cuando le falla un probable cliente, como el billetero que no logró colocar el número que le sobraba.

Reconozco que en otros tiempos me causaban cierta gracia los conspiradores. Los sentía tan ligados a nuestro acervo histórico como los corsés de señoras, el vals «Adiós a Ocumare» y las picardías de Antonio Leocadio Guzmán. Pero finalmente les tomé ojeriza cuando observé que mucha gente les creía a pie juntillas. Se cierran los bares, no hacen operaciones los simpáticos corredores de bolsa, las muchachas se niegan a salir de noche con uno, todo por culpa de la alarma que ellos siembran. Además, uno no puede escuchar el cándido estallido de un neumático sin gritar aterrado:

—¡Ay, mi madre! ¡Me rindo!

En el presente opino que es preciso adoptar medidas cívicas contra los conspiradores, en defensa de la economía del país y de nuestro sistema nervioso. Organizar, por ejemplo, sindicatos que les tiren trompetillas en las esquinas, tal como hacíamos nosotros en nuestra infancia con «Chivo Negro» y «Cucarachero», personajes populares e inocuos.

Por lo demás, no hay que preocuparse. Si escudriñamos a fondo la historia de este país, encontraremos que el setenta y cinco por ciento de los conspiradores han sido espías del gobierno.

[1947]

EL GOLF

GOLF. — Deporte que se practica en las zonas verdes y sirve para atrapar una insolación, para beber aguardiente y para hacer negocios de alta finanza. Aunque aparentemente sencillo, el golf es un pasatiempo eminentemente difícil, reservado a señores de edad madura y capital saneado. La competición consiste en introducir una pelotica con viruela en 18 agujeros consecutivos, agujeros hechos previamente en la grama, posiblemente por los bachacos. El que concluye los 18 hoyos en menor número de tarrayazos, gana el partido; el otro pierde y paga los tragos que, por la medida chiquita, son 54 whiskies a tres por cada agujero.

INDUMENTARIA. — Lo más característico y lo más bufonesco del golf es la ropa que llevan puesta los jugadores. Dicho traje fue copiado en 1914 por el historiador Gil Fortoul de unos turistas que llegaron a La Guaira en el «Titanic», y el modelo se ha conservado idéntico al correr del tiempo, con excepción del loro que fue suprimido en 1932. Los principales aditamentos del atuendo golfístico son: (*a*) zapatos claveteados que sirven para afincarse en la tierra y para resbalarse en la cantina del

club; (*b*) medias rodilleras de colores chillones, confeccionadas con un tejido semejante a la coleta; (*c*) pantalones que parecen haberle quedado cortos al golfista a lo largo de su crecimiento o desarrollo, arreglados más tarde por una costurera que les pegó alforzas a media pierna, lo que le proporciona a quien se los pone un tipo de bayadera zancona que es una preciosidad; (*d*) sombrerito de paja de lo más gracioso cuyas alas se doblegan de manera tan inhábil que el sol le da en plena nuca al jugador y se la sonroja como un rosbif.

CADDIES. — Nube de rapaces que rodean al golfista cuando éste llega al terreno de juego llamado *link*. Si el golfista es novato se imagina que los muchachos lo asaltan para mamarle gallo y ponerle sobrenombres a causa de su vestimenta (¡Garzón soldado! ¡Cuidado con los pollitos!), pero los golfistas veteranos saben perfectamente que los chavales vienen a ofrecerse para cargar la busaca de palos y buscar las pelotas cuando éstas se pierden.

DRIVER. — Nombre inglés que se le da al palito empleado por el golfista para golpear la pelota. Hay diferentes clases de palitos: de madera, de hierro, de acero, de vodka, de martini, de lo que caiga. Los que se llaman *drivers* son, como hemos dicho, aquellos que sirven específicamente para batear la pelota, pero estos también cambian su nombre por el de *spoon* (cuchara), *niblick* y otras palabras escabrosas. Al terminar el partido, los palos se meten en una busaca de cuero y se esconden en un sitio ignorado de la casa, lo más lejos posible del alcance de la consorte, porque está comprobado que pegan mucho más duro que la escoba y que el rodillo de amasar.

MOVIMIENTOS. — La jugada fundamental (o la única jugada porque este deporte no es muy variado que diga-

mos) del golf consiste en colocar la pelota sobre un trocito de madera y arrearle un leñazo con el mencionado *driver*. El jugador debe inclinar el cuerpo hacia la pelota empuñando el instrumento con ambas manos, balancearse como una bailarina egipcia, zumbarle el palo a la piñata, retorcerse como Lupita Ferrer en un culebrón de la tele, y quedar en posición de estatua griega, injerto de discóbolo con canéfora. La mayoría de las veces, por estar acatando las normas aprendidas de memoria y cuidando la elegancia de su aplicación, los golfistas no le pegan a la pelotica sino a una guaratara cercana o a los callos de los mirones que andan por ahí a caza de un brindis. Pero, cuando por casualidad le pegan de lleno, la pelota describe una airosa parábola y desaparece de la vista de los jugadores, produciéndose entonces los aplausos, las felicitaciones y la palazón conmemorativa en los kioskos alcohólicos que adornan el terreno.

CAMINATA. — Después que el mingo marfilino se pierde en el firmamento, el jugador y su *caddy* salen a buscarlo. Esta parte del juego es muy emocionante y se parece al juego del tesoro y al del palito mantequillero. Es preciso preguntar si han visto la pelota en las quintas de los alrededores, levantar las gallinas para ver si se echaron sobre ella por equivocación, subir y bajar las cuestas bajo el sol del trópico. Finalmente el *caddy*, extenuado de tanto alpinismo, pega un grito:

—¡Aquí está! —y pone en el suelo una pelota nueva que sacó del bolsillo.

Entonces el jugador le da otro tarrayazo (menos ortodoxo porque no hay testigos) y continúa la peregrinación.

JUEZ. — La particularidad más extraordinaria del golf es que no hay juez o árbitro como en los demás deportes.

Es un juego para caballeros, exclusivamente. El propio jugador declara al concluir la partida:

—Hice los 18 hoyos en 46 leñazos.

—Y yo en 45 —le responde su contendor.

De esa manera, gana indefectiblemente el que habla último, porque dice siempre una cifra menor que la del otro. Es un juego para caballeros, ya lo dijimos. A Lord Beaverbrook, no obstante su parentesco con la familia real y su condición de miembro de la Cámara de los Lores, lo expulsaron una vez del Picadilly Country Club (y de milagro no lo hicieron picadilly) por haberse rebajado un guamazo a la hora de declarar su *score*.

APLICACIONES. — Cuando el general Isaías Medina Angarita era Presidente de la República, el golf fue utilizado para conseguir puestos públicos, incluso ministerios. Nos cuentan que el general Medina jugaba bastante mal, pero que sus adversarios acostumbraban perder cuando se le enfrentaban, como perdían en el dominó contra el doctor Raúl Leoni, no obstante la incapacidad de este otro mandatario para ese juego. El actual Presidente sabe jugar al golf, pero no lo practica porque se despeina. La aplicación más acostumbrada del golf es como tratamiento para adelgazar, aunque al final de la partida los golfistas suelen empujarse seis cervezas, un mondongo y media docena de tostadas, *lunch* que significa tres kilos de aumento. Otros caballeros juegan al golf estrictamente por negocio: venden terrenos, colocan acciones, palabrean hipotecas, etc., mientras se desarrolla la partida; son corredores de bolsa convertidos en corredores de golf.

RÉCORD. — El récord del golf venezolano lo ostenta el escritor y publicista Carlos Eduardo Frías, que hizo una vez los 18 hoyos en 340 golpes, 24 llamadas por teléfono y 3 almuerzos.

VENTAJAS. — Con la aplicación de las presentes normas, lector amigo, y con una renta de treinta mil bolívares mensuales, puedes dejar el trabajo y dedicarte exclusivamente al golf. Tendrás una vida llena de comodidades y satisfacciones, muchos amigos leales, muchos retratos en la vida social y deportiva de los periódicos. No por el golf, sino por la renta.

LAS BOLAS CRIOLLAS

BOLAS CRIOLLAS. — Humilde juego de origen campesino que practicaban en otros tiempos el arriero Mamerto, el conuquero Tarcisio y el comisario Pata'e Catre, a un costado del camino carretero entre lamparazo y lamparazo del torco que vendían en la ranchería cercana. Cuando menos se esperaba, este plebeyo deporte comenzó a aristocratizarse, la dio por llamarse castizamente «juego de bochas» y por invadir las quintas de Country Club y los jardines de Valle Arriba. Ya no se oyen las rudas palabrotas de antaño sino que rubias vaporosas suspiran en la talanquera por lo bien que se arrima Reinaldito Herrera y por el piquete del doctor Pedro Penzini Fleury.

PARTIDA. — Selección previa que se hace con el objeto de poner a jugar a los más expertos en el mismo equipo de los más mapangas, buscándose de ese modo equilibrar el poderío de ambos bandos. Cuando los mejores jugadores quedan alineados en el mismo bando, la escuadra así formada se llama «trabuco» o «caribe». Y la escuadra contraria, «tontones a la vela».

MINGO. — Pelotica diminuta a la cual hay que arrimarse lo más posible para salir airoso. En el campo de nuestra

política, la pelota no es tan diminuta y se denomina presupuesto.

ARRIME. — Quedar lo más cerca posible del mingo. Hay dos clases de arrime: el arrime legal que se logra lanzando la bola correctamente, y el arrime ilegal que consiste en aproximar la bola con el pie cuando los adversarios se descuidan. Sin ánimo de revelar un secreto militar, puedo asegurar que cuando juegan entre sí los miembros de las fuerzas armadas, resulta siempre que los más aficionados al arrime de zapato son los tenientes coroneles.

TERRENO. — Lugar escarpado donde se juega bolas criollas. Los conocedores del terreno llevan desproporcionada ventaja sobre los otros: lanzan suavemente la bola hacia el borde de un barranco, la bicha se desliza por el declive, tropieza con una botella vacía, se desvía a lo largo de una raíz, salta por encima de un huequito y queda finalmente a tres milímetros del mingo. También existen terrenos planos donde no se requieren tantas marramucias para arrimarse, pero su misma comodidad los hace aburridores.

BOCHE. — Pepazo fulminante que se lanza con el propósito de alejar la bola de un contrario que se ha detenido demasiado próxima al mingo. El boche por lo general se falla (con frecuencia se pierde para siempre la bola en un matorral de las inmediaciones), pero los jugadores siguen tirando esos cañonazos estériles por pura terquedad y para echárselas de campeones. A veces un boche rebota en el parietal de un espectador y entonces el suceso aparece en los periódicos; otras veces un boche descabeza una gallina y hay sancocho obligatorio; pero lo

que sí puedo garantizar es que los boches jamás le pegan a la bola contra la cual fueron tirados.

CALENTERA. — Estado colérico que invade a los jugadores de bolas cuando el compañero falla un boche o se pasa de largo en el arrime. Esta situación puede degenerar en insultos y evocaciones familiares. Si ambos compañeros tienen pundonor terminan por arrojarse las pelotas de madera a la cabeza.

RAYA. — Lugar desde donde debe lanzarse teóricamente la bola. Se traza borrosamente sobre un tierrero con la punta del zapato; en el curso de la partida nadie puede o quiere descifrarla, y todos acaban por hacer sus disparos desde donde más les conviene.

MEDIDA. — Procedimiento empleado para dilucidar la distancia dudosa de dos bolas contrarias con relación al mingo. La medida se lleva a cabo con los pies, con una ramita y también con las cuartas o palmas de las manos. Hemos visto a jugadores de bolas criollas de la más acrisolada reputación (padres de familia, sacerdotes, jueces, senadores) poniendo el pie de medio lado para evaluar ventajosamente la situación de su propia bola, engurruñando los dedos para hacer la cuarta más pequeña, recortando alevosamente la ramita después de haber medido la bola del contrario, etc. No hay honradez que resista la tentación de una medida. O como dice el salmo de David: «Todos los hombres son engañosos».

INTERMEDIOS. — Descansos exageradamente repetidos que se producen en el juego de bolas con el objeto de proporcionar a los esforzados deportistas la ocasión de tomarse un trago. En opinión de los propios jugadores, las bolas criollas son de una monotonía insoportable y lo

único que las justifica con esos intermedios etílicos. Es conveniente añadir que tanto el alcoholismo como la delincuencia por hechos de sangre le deben en Venezuela sus mejores dividendos al juego de bolas criollas.

ENFERMEDAD. — La enfermedad habitual de los jugadores de bolas es la cirrosis hepática. Pero eso se cura últimamente.

LA CACERÍA

CACERÍA. — Según la versión desinteresada de los cazadores, la cacería es la más apasionante de las aventuras: hombres audaces y de infalible puntería se arriesgan por entre selvas y montañas en rastreo de su presa; entonces encuentran un hermoso venado y lo dejan sin vida junto a los venaditos huérfanos; y le pegan un tiro de carabina en el pecho al tigre de la pinta menudita; y traen de regreso conejos tamaños así y perdices de este color.

CAZADOR. — Borracho campestre, muy embustero y con mucha paciencia.

BASTIMENTO. — Conjunto de artículos de primera necesidad, tales como whisky, soda, hielo, cognac, ron, cerveza y potes de jugo para los amaneceres.

CAMIONETA. — Artefactos que han servido en este país para conducir a los políticos de la oposición cuando los llevan voluntariamente a declarar y que algunos propietarios ingenuos se los prestan a sus amigos cazadores. Estos últimos acostumbran devolverlos (si los devuelven) en el más absoluto de los deterioros.

ESCOPETA, RIFLE. — Bocas de fuego que los cazadores obtienen igualmente prestadas. Los dueños de los rifles suelen ser coleccionistas de armas que padecen de reuma y jamás salen de su casa los domingos.

HATO. — Tierras abandonadas por sus dueños, devastadas por el paludismo y las guerras civiles, inútiles para la agricultura y para la cría, cuya única función social en la actualidad es servir de hospedaje a los cazadores.

BAQUIANO. — Sujeto pintoresco y con un defecto físico notorio (un dedo menos que, según sus versiones, «se lo arrancó un tigre»; un ojo tuerto que «se lo vació un caimán», un pie patuleco «por picada de culebra», etc.). Su misión en la vida es vengarse de esas desdichas a costa de los patiquines caraqueños; tal cometido lo cumple inexorablemente en el carapacho de los cazadores que caen en sus garras.

HORQUETEO. — Una de las torturas empleadas con más frecuencia por los baquianos. Consiste en encaramar al cazador sobre dos palos cruzados, para que se sostenga ahí por horas enteras y en las posiciones más incómodas. El baquiano le garantiza que desde esa atalaya puede disparar mejor. Y cuando la víctima, con los huesos molidos y las coyunturas dormidas, intenta esbozar un movimiento reparador, el baquiano se lleva el dedo índice a los labios para imponerle silencio y le dice despreciativamente: «¡Cuidado, que va a espantar el venado!».

MOSQUITO. — Animal feroz que colabora activamente con el baquiano en los suplicios infringidos a los cazadores. El baquiano lleva a sus mártires hasta un caño y los deja hundidos en el agua hasta las rodillas, en espera de una hipotética bandada de patos silvestres. Lo que

llega *ipso facto* es una, dos, tres, cien bandadas de mosquitos que silban desde *Scherezada* hasta *Sobre las olas* y que le chupan al cazador el whisky que le corre por las venas.

HUELLA. — Rastros que dejan en el monte los chivos, el viento, las piedras removidas por los fenómenos de la naturaleza y las sábanas de los aparecidos. El baquiano utiliza tales señales para convencer a los cazadores de que hay cacería cercana; y le creen. Un patiquín caraqueño, habituado a las máquinas anodinas de la ciudad, es incapaz de distinguir un casco de burro de una garra de leopardo.

VENADO. — Animal mitológico que solamente existe en las películas de Walt Disney y en la imaginación de los cazadores. Estoy absolutamente seguro de que usted, lector, no ha visto un venado vivo jamás. Sin embargo, el cazador relata cómo el venado apareció allá lejos corriendo a gran velocidad; y él le pegó un tiro en mitad de la frente; pero se le fue herido; siempre se les va herido; «mañana aparecerá muerto», dice entonces el cazador; nunca aparece; «se lo comieron los tigres», dice por último el cazador.

FILOSOFÍA. — La de una señora amiga mía que le dijo *in articulo mortis* a su esposo, un cazador empedernido:

—Oye, mi amor, ¿por qué en vez de hacer esos viajes tan largos no te compras tu bastimento y te rascas los domingos aquí mismo, en el patio de la casa?

EL AJEDREZ

AJEDREZ. — Equipo de muñequitos blancos y negros que a primera vista se parecen al juego de damas, o al de

gallina y zorro, pero en cuanto uno aprende a moverlos, resultan una ciencia infusa. Cada partida decente debe durar un mínimum de cuatro horas y media y, por lo regular, terminan en empate, ¡tanto esfuerzo para nada! Es deber ineludible de los contendores detenerse a pensar diez o más minutos antes de cada jugada, así se trate de un movimiento obvio, es decir, de cajón. Si se trata de un movimiento obvio, el ajedrecista puede aprovechar el tiempo meditando sus problemas íntimos o el alto costo de la vida.

AJEDRECISTA. — Tipo de anteojos y corbata negra, estudioso y pacífico, más fastidioso que una misa cantada, casado con una mujer paciente o simplemente soltero. Fuera del ajedrez, no tiene otra ocupación que lo distraiga; es abstemio; carece de preocupaciones sentimentales; le importan un pito las candidaturas presidenciales. Con tan estrambóticas características, se comprende por qué los ajedrecistas en Venezuela no pasan de siete.

GAMBITO. — Serie de jugadas que es necesario empollar de carretilla para pasar por gente respetable entre los ajedrecistas. Dichos gambitos fueron inventados por eminentes profesores, con el objeto de que los ajedrecistas de quinta categoría los aprendieran al caletre y los ejecutaran mecánicamente a la salida. Hay diferentes clases de gambitos, pero, en todos ellos, el jugador se vuelve un lío cuando va por la mitad, se le olvida lo que viene después, no da pie con bola. Quien sale por gambito es inevitable que reciba una paliza, al menos que el contrario se haya zumbado con otro gambito. Entonces la partida es tablas.

CABALLO. — Pieza que se mueve dentro del tablero en la forma más antojadiza que pueda concebirse: dos pasos

a un lado y uno al otro, o viceversa. El movimiento del caballo es tan enrevesado y esotérico que los jugadores acostumbran, para quitárselos de encima, cambiarlos al iniciarse la partida. «Caballo 6 Torre», dice uno. «Caballo mata Caballo», dice el otro. «Peón mata Caballo», dice el primero. Y salen de eso.

PEONES. — Proletariado del ajedrez. Los jugadores los lanzan adelante a correr riesgos, a que se los coman, bajo la promesa demagógica de que algún día pueden llegar a coronar, no obstante su origen humilde, gracias a las posibilidades equitativas que a todos nos concede el sistema democrático. Igual que en el sistema democrático, la verdad es que los peones no coronan nunca y, cuando por casualidad coronan, se vuelven unas «damas» prepotentes e insoportables.

ALFIL. — Sujeto encapuchado, con aspecto de jesuita, que se mueve de medio lado y tiene una mortífera propensión a comerse las torres o lo que les caiga. Tanto en el ajedrez como en la vida real, hay que cuidarse mucho de los alfiles.

TORRE. — La única pieza del ajedrez que en todo momento procede rectamente, sin desviaciones laterales ni brinquitos raros, tal como las matronas españolas verdaderamente honorables. El único deslizamiento extraño que se permiten las torres (las matronas españolas, ni ése) es el enroque.

ENROQUE. — Jugada extravagante que consiste en mover al mismo tiempo la torre y el rey. Existe todavía un enroque más complicado en el cual se mueven tres piezas, pero para llevarlo a cabo se requiere mucha práctica. Se denomina «enroque andino» y estriba en mover el rey

y la torre con las manos mientras con el codo se empuja un peón que está mal colocado.

REY. — Pieza eminentemente inútil, de pasos torpes y pesados, sin ninguna personalidad, cuyo único objeto en este mundo parece ser que le den mate a él y uno pierda la partida. El rey del ajedrez viene a ser algo así como lo que fue Víctor Manuel III en Italia. La dama, aunque parezca mentira, era Mussolini.

DAMA. — Personaje que se lo come todo. Tal vez no sea muy caballeroso decirlo, pero lo cierto es que en la vida real hay infinidad de damas que hacen lo mismo. Las invita usted a un restaurante, que si paté, que si langosta thermidor, que si filet mignon, y le cuestan más de cien bolívares.

JAQUE. — Amenaza directa al rey del contrario que es necesario anunciar en alta voz. En el señalamiento de los jaques es que se conoce la educación de un ajedrecista. Hay unos que gritan: ¡Jaaaque!, con vozarrón de billeteros; ésos son unos patanes. Y hay otros que notifican un jaque pianísimo, con una sonrisita de superioridad, como si pensaran: eres un idiota. Me quedo con los patanes.

FINAL. — Últimas jugadas de un encuentro. A los ajedrecistas de cierta experiencia, aunque jueguen mal, es harto difícil derrotarlos. «Fíjate en esa arañita que está en la pared», dicen al verse en desventaja y, cuando el otro se voltea, ¡zas!, le arrebatan un alfil y emparejan las acciones. Otros, más honestos o menos descarados, se levantan bruscamente de su asiento, el tablero se voltea, ¡qué calamidad!, caen las piezas al suelo, y la partida es nula.

MATE. — Momento feliz, anhelado por los jugadores y por los espectadores, en el cual termina la pensadera y se comienza a hablar de caballos de carrera. Existe un mate amenísimo, que se desarrolla en cuatro o cinco jugadas solamente, llamado el mate Pastor, pero éste no se lo dejan dar sino los memos de nacimiento.

CONSECUENCIAS. — El ajedrecista es uno de los deportistas que más sufre la amargura de sus derrotas, no obstante que el ajedrez se juega sin apuestas de dinero y sin riesgos de descalabro físico. El ajedrecista vencido sale a la calle torturándose para sus adentros: «Si hubiera avanzado aquel peón a tiempo; ¡qué imbécil soy!»; «Cómo me dejé ganar por un maleta que juega cien veces menos que yo; ¡soy un cretino!»; «Aquel caballo que no me comí; ¡maldita sea!». Más tarde se desvela durante horas, y se duerme en la madrugada pensando en el mate que le dieron, y sueña con torres blancas y con torres negras y hasta con el torero Joselito Torres. Los ajedrecistas, como los espiritistas y los onanistas, suelen terminar sus días en el manicomio.

EL BRIDGE

BRIDGE. — Peligroso juego de barajas que, no obstante su apariencia mundana, es causa de numerosas querellas, quebrantamiento de añejas amistades, divorcios, abandonos del hogar y otros descalabros. El bridge se practica por dinero como la lotería, la ruleta, los dados y demás juegos de envite y azar; hay muchos profesionales que de su destreza en la ejecución de este deporte devengan el sustento.

BRIDGE PARTY. — Equipo de comedores, bebedores y ha-

bladores de pistoladas que se reúnen en una casa de la *jai* con el pretexto de jugar bridge. A la hora de la verdad despachan unas cuantas bandejas de sandwiches, se pegan diez o doce cocteles, cuentan cuentos verdes (también las señoras; las señoras bridgistas se desviven por las historias cochinas; me consta) y hablan mal de la humanidad, del gobierno nunca. En algunos *bridge party* lo que se juega es bacarat a todo meter, aprovechando que las barajas son las mismas.

BRIDGE CHAMPIONS. — Señores poseedores del dogma y ungidos de virtudes excepcionales que pasean su empingorotada superioridad por los clubes de la capital. Se creen Aristóteles, Victor Hugo, Wagner, Cassius Clay, qué sé yo lo que se creen. Y son infalibles a la hora del regaño: unos sermonean al compañero con epítetos humillantes, otros lo hacen en tono paternal de *magister*; los hay que no regañan de palabra pero aniquilan al infeliz *partner* que les tocó en suerte con miradas fulminantes. Los campeones de bridge son los grandes inquisidores del siglo XX.

RUBBER. — Una de las múltiples palabras extranjeras que se aprenden jugando bridge. Uno entra profano en idiomas y sale diciendo: *rubber, sans atout, grand slam, petit slam, impasse, finesse, three downs, two hearts, je double*, y otras cositas no menos elegantes. Pero también se escuchan con frecuencia en los salones de bridge refranes de este calibre: «El primer maíz es de los pericos», «Yo he visto mucho muerto cargando basura», «Cachicamo trabaja para lapa», «Más vale tragar que escupir», «Mapurite sabe a quién perfuma» y «Pasando un puente dijo una loca».

MUERTO. — Individuo que pone las cartas boca arriba

para que su compañero juegue con ellas y con las suyas propias, y trate de cumplir el envite ofrecido. Mientras el compañero trabaja y suda la gota gorda, el muerto se para de su asiento, curiosea los naipes de los contrarios, frunce el ceño si el compañero toca una carta que no le conviene jugar, conversa imprudentemente con los mirones. Mientras más vivo es el muerto, mejor muerto es.

OFERTAS. — Conversación previa y en clave que sostienen los jugadores de bridge para tratar de trasmitir al compañero la calidad de juego que han recibido. En el dominó se denomina «telégrafo» y se considera deshonesto. Pero en el bridge es legal y complicadísimo. Cuando un jugador declara para comenzar «dos tréboles», eso no significa que tiene tréboles. Más aún, puede replicar en un momento dado «tres diamantes» para indicarle al compañero que no levantó un solo diamante. Del mismo modo, si un jugador declara «cinco corazones», eso no significa que abunde en corazones, sino que tiene dos ases en la mano. Por otra parte, se trata de claves universales y está estrictamente prohibido inventar claves nuevas de uso particular. A dos ingleses honorabilísimos los expulsaron de un campeonato mundial porque arrugaban la cara como Frankenstein para indicar «no tengo corazón».

CARTEO. — Segundo acto del bridge durante el cual los que hicieron la oferta más alta tratan de cumplirla; es decir, uno trata de cumplirla mientras el otro se tiende en calidad de muerto. El carteo, según los propios bridgistas, es más difícil que la oferta, ya que en él no valen claves memorizadas sino malicia y sabiduría. Los que se equivocan a cada instante en el carteo se denominan «sapos», «mapangas», «adoquines» o «atrasados mentales),

depende de la educación del compañero. En Italia los llaman cariñosamente «cornutos».

COLBERSTON. — El papa negro del bridge en los últimos lustros, aunque ha comenzado a ser cuestionado. Su nombre era y es invocado por los jugadores, especialmente cuando querían justificar sus metidas de pata: «pero si dice Colberston...», «yo no he hecho sino seguirme por Colberston...», etc. Parece que la señora Colberston era todavía más cátedra que su marido, pero los jugadores de bridge la citaban menos por discriminación antifeminista. Los esposos Colberston escribieron varios libros sobre bridge y con el producto de esas ediciones acumularon una fortunita; tienen un chalet en Londres; automóvil de lujo, perros, de todo. Y después dicen que el juego arruina a los hombres.

SEÑORA. — Personaje enojoso y bastante incapaz (con excepción de la señora Colberston) que asiste a los encuentros de bridge con el objeto de opinar de modas, fijarse en los trajes de las otras, pararse a hablar por teléfono en pleno carteo y otras menudencias intolerables. Las hay que no ofrecen sino la mitad de lo que deben ofrecer, «soy muy conservadora», «me da mucho miedo equivocarme», y el compañero desperdicia los mejores juegos. Las hay temerarias, ofrecen el doble de lo que pueden ofrecer, «el mundo es de los audaces», «a mí me gusta jugarme el todo por el todo», y al compañero lo ponen *down* varias veces y le arrancan el pellejo. Y luego, en el carteo, le cortan al contrario el as de pique sin derecho a cortarlo; la señora tenía un cuatro de pique pero no lo vio, «soy muy distraída», y hay que aguantar callado, porque se trata de una señora.

ESTILO. — El estilo característico de este aristocrático

pasatiempo son las injurias irreparables que los llamados compañeros se dirigen entre sí. Sobre todo si, además de compañeros, son marido y mujer:

—Mijita, ¿por qué no intentaste la *finesse*? Perdóname que te lo diga, pero eres una imbécil.

—¿Te parece? Lo que sucede es que solamente a un idiota, a un tarado como tú, Alfredo, se le ocurre ofrecer un *slam* con semejante porquería.

—¿Porquería? Indudablemente que heredaste la inteligencia de tu madre, *darling*.

—Y tan buena persona que era la tuya, *mon cheri*.

Todo dicho en un tono aterciopelado y afable, de lo más *chic*.

EL DOMINÓ

DOMINÓ.—Juego inventado por un mudo (*sic*) que consiste en ingerir cantidades inenarrables de bebidas alcohólicas mientras se hacen sonar brutalmente unas piedras blanquinegras sobre una mesa. También se caracteriza el dominó por un trueque caprichoso de los nombres correspondientes a los números ordinales, más o menos de esta manera: el cero se convierte en blanquizal de Bejuma; el uno en Unare que va para Coro (*sic*); el dos en la Duquesa de Medina Celis; el tres en Tristán e Isolda (entre la gente culta) o en triste orejón pata'e perro (entre los demás); el cuatro en no sé qué vulgarida de un pavo; el cinco en sin cuero no baila el sapo; y el seis en Sixto Quinto en la arena (*sic*).

DOMINOCISTA.—Sujeto que pretende hacer creer a los demás que posee facultades adivinatorias y que puede decir las fichas que restan en las manos de los otros jugadores, sin haberlas visto. La mayoría de las veces no conoce de la misa la media y cuando, con voz autori-

taria, ordena al jugador contrario: «¡Pon tu doble cinco!», resulta que ya el doble cinco ha salido.

COMPAÑERO. — Personaje de muy buen carácter cuya misión en este mundo es soportar resignadamente los improperios que le propina el dominocista. Cuando un dominocista dice: «Rodríguez es un magnífico compañero; yo me entiendo muy bien con él», es porque Rodríguez es un pobre de espíritu, y un pazguato dispuesto a tolerar que lo llamen imbécil sin inmutarse.

MIRÓN. — Individuo que se coloca detrás de los jugadores para dar consejos o formular críticas después de haber atisbado las fichas de los contrarios. Esta revisión previa de los juegos ajenos le permite alardear de conocimientos que jamás demuestra cuando le toca jugar a él una partida. Se afirma continuamente que «los mirones son de palo», pero la verdad es que parecen de esponja por lo que beben sin parar y a costa de los perdedores. Hay ciertos mirones que poseen una facultad óptica denominada «vitrín» o «vistrín», por medio de la cual no permiten levantar sino dobles y peñones al jugador que están contemplando. De tan destructivas potencias emboscadas en las pupilas de ese tipo de mirones proviene un hermoso refrán tropical muy empleado en el litoral venezolano: «Hay vistas que tumban cocos».

TELÉGRAFO. — Secreto y ciencia del juego de dominó o, hablando en plata, truco de mala fe que emplean los dominocistas para hacerle saber al compañero el tipo de juego que han levantado. El telégrafo puede presentar las características más diversas. El más rudimentario consiste en pellizcarse por debajo de la mesa, condicionando el número de pellizcos al de las fichas que nos interesa indicar, pero este tipo de telégrafo se hace muy riesgoso

cuando el compañero que nos ha tocado en suerte es una señora. Otro telégrafo muy usual es el telégrafo verbal, a base de claves elementales convenidas de antemano por ambos cómplices: «cuando yo pida un tabaco es porque me gusta la tranca», «si digo que tengo sueño, acuéstate», etc. También es aconsejable el telégrafo mímico: si se tiene un juego de muy elevada puntuación, se inflan los carrillos, lo cual quiere decir «estoy buchón»; si, por el contrario, en el juego predominan los blancos, se saca el pañuelo para secarse el sudor, aunque haga frío. Otros telegrafistas de mayor sensibilidad se sirven de canciones que tararean o silban de acuerdo con las circunstancias: «la palidez de la magnolia», el tango «uno», «dos palomitas volando», «son tres palabras», «cuatro milpas tan sólo han quedado», «yo tengo mis cinco hijos», «sinfonía N.º 6 en fa mayor» de Beethoven (los más pedantes). Existe, por último, un telégrafo reservado a los campeones de los clubes distinguidos, basado en la suavidad o firmeza que se use para colocar las piedras (fuerte: tengo el doble; suave: no lo tengo) o en el tiempo que se gaste en pensar cada jugada. Pero lo cierto es que todos los dominocistas, sin excepción, usan el telégrafo, aunque si descubren el telégrafo del adversario lo tildan de ladrón y lo desacreditan ante sus relaciones sociales y comerciales. En definitiva: los que pierden en el juego de dominó no es por incapacidad ni por mala suerte sino porque, como nuestros cernícalos antepasados, ignoran el uso progresista del telégrafo.

DOBLE SEIS. — Ficha muy antipática, conocida habitualmente bajo el apodo de «la cochina», «la marrana», «el molondrón» y otros epítetos insultantes. Afortunadamente, el doble seis suele estar hábilmente marcado con rayitas en el lomo, lo cual permite empujárselo con el codo en el momento del barajo al más pistola de los cuatro.

CABEZA. — Posición o jugada del dominó que jamás hemos logrado entender. Alrededor de ella se dicen frases truculentas, se tejen comentarios que parecen cosas de Edgard Poe: «Martínez dijo ¡paso! con la cabeza en la mano»; «Jiménez quedó con dos cabezas sin darse cuenta»; «Gutiérrez le robó la mano a su compañero porque estaba encabezado»; «Fernández se comió su propia cabeza para evitar que lo ahorcaran». ¡Puro Drácula!

TRANCA. — Momento culminante de una partida de dominó. Consiste en cerrar el juego (nadie puede poner una piedra más) y entonces gana más tantos el que tenga menos tantos, ¡cualquiera los entiende! Mientras un jugador se pone a pensar si puede o no tirar la tranca, funcionan a todo voltaje los teléfonos, los telégrafos y demás medios de comunicación. Si el tipo se tira la tranca y la gana, sonríe con un dejo de superioridad; si la empata, no hay comentarios; si la pierde, pasa a la categoría de bestia apocalíptica. Según las dolorosas páginas de provincia de los diarios caraqueños, las causas de homicidio más frecuentes en el interior del país (después de las discusiones acerca de Rómulo Betancourt) son, sin duda alguna, las trancas mal tiradas.

DENUNCIA. — Lectora amiga que te casaste con un dominocista, no existen hombres más farsantes que quienes practican ese deporte. Tú lo esperas para acompañarlo a una fiesta, vestida de punta en blanco (te pasaste la tarde entera en la peluquería), y de repente sueña el teléfono: «Espérame un momentico, mi amor, que no nos faltan sino diez puntos». Y es entonces cuando el miserable se sienta a comenzar una nueva partida.

[1942-1972]

CARTA A LOS DOS GOBERNADORES DE CARACAS

Señor
Francisco Carrillo Batalla,
Gobernador del Distrito Federal,
y Profesor
Huberto Bártoli,
Gobernador del Estado Miranda.

Queridos amigos Paco y Humberto:

Es quedarse corto plantear un problema de Caracas al Gobernador del Distrito Federal exclusivamente. Aunque la geografía pretenda lo contrario, todos sabemos que Caracas es una ciudad con la mitad sembrada en el Distrito Federal y la otra mitad desparramada por el Estado Miranda. Me dirijo, en consecuencia, a ustedes al alimón, invocando la amistad que con ambos me une y en el carácter de medio gobernador de Caracas que a cada uno de los dos corresponde.

Es para hablarles de una angustia o dificultad caraqueña que tal vez a nuestros pensadores les luzca secundaria o trivial. Porque no se trata de las zonas verdes, la prensa amarilla o la trata de blancas; ni del tránsito embotellado o las botellas en el tránsito; ni de los parques infantiles o los parques juveniles de pistolas y revólveres; ni de cosas tan elevadas como el teleférico, las

medicinas o los alquileres. Todas esas cuestiones han sido enfocadas ya, concienzuda y constructivamente, por gente entendida que en la penumbra de sus bibliotecas adelanta estudios y elabora proyectos encaminados a solucionarlas cabalmente.

Mi preocupación de hoy, que lo ha sido durante muchos años, es simplemente la nomenclatura y la numeración de las calles y casas de Caracas y sus urbanizaciones; la ausencia total de letreros orientadores; la falta absoluta de indicaciones precisas; todo cuanto hace del habitante caraqueño una especie de detective inglés o de perro perdiguero que invierte un buen trecho de su existencia en olfatear las huellas de una dirección inencontrable.

El origen de una situación tan anómala como incómoda es fácil de desentrañar. Hasta hace treinta años, Caracas era un poblado de cien mil almas, con un nombre pintoresco para designar cada esquina. Todos nos conocíamos y nos prestábamos el teléfono, la plancha eléctrica y la inyectadora... De repente apareció el petróleo, aparecieron los musiúes con pantalones bombachos y palos de golf, aparecieron los inmigrantes, aparecieron los urbanizadores, aparecieron los maracuchos y el villorrio se convirtió vertiginosamente en una metrópoli descabellada que pasa del millón de habitantes, con televisores, rascacielos, marihuana, *gang* del Caribe, ballets rosados, funicular, concha acústica y pintura abstracta.

La metamorfosis realizóse en forma tan violenta que el espíritu del caraqueño genuino no ha logrado adaptarse a ella y pretende seguir viviendo como en la época del tranvía de Puente Hierro y de Paquita Escribano. De ahí que insista tercamente en conservar sus nombres individuales para cada esquina, sus quintas sin número y con apelativos de mujer y que, para remate de su contumacia, aplique la misma jerigonza incognoscible a las

nuevas urbanizaciones que nacen y crecen en los contornos de la ciudad.

El resultado es inenarrable. Nadie sabe dónde vive nadie, nadie encuentra la casa de nadie, los taxistas desconocen los nombres de las calles y los agentes de policía les acompañan en su ignorancia. Los extranjeros dan vueltas y vueltas desesperados en la búsqueda de las señas de un médico, de un amigo moribundo, de una mujer hermosa. Y los propios nativos invierten horas enteras, noches enteras en el rastreo de una casa donde se celebra un baile o un matrimonio, al cual llegan finalmente con el smoking sudado y la garganta reseca, si acaso llegan.

¿Existe algún letrero que indique la ruta que conduce hacia la iniciación de la carretera Panamericana que va a Valencia? Ninguno. ¿Existe algún cartel que advierta cómo se llega a la Autopista de La Guaira? Apenas una señal microscópica, impresa en gris sobre plateado para que nadie la descifre. En las otras capitales del mundo, grandes rótulos colocados en los lugares más visibles van señalando durante largo trecho las diversas salidas de la ciudad. Aquí no. Aquí se invierten millones y millones en construir una Autopista y luego se economizan avaramente los mil bolívares que costaría montar una inscripción de latón imprescindible para la utilización de ese camino. Aquí quien sale para Los Teques o Maracay termina en Coche o en el Mausoleo, y quien sale para La Guaira va a parar a la Plazoleta de Catia y luego a un laberinto de calles proletarias que lo regresan a Caracas.

Arriésguense ustedes, mis queridos Paco Carrillo y Humberto Bártoli, en una noche lluviosa, por los recovecos de Altamira y Los Palos Grandes, de Las Delicias o Mis Encantos, de Las Mercedes o El Rosal, de la Florida o Maripérez, del Pinar o Vista Alegre, en busca de

una calle y de una casa, para verlos yo perder la gasolina, la paciencia e inclusive los sentimientos unitarios, sin lograr sus propósitos. Los únicos signos visibles en las bocacalles son unas flechas monumentales, la mayoría de doble vía y, por lo tanto, totalmente obvias, las cuales, según me han contado, fueron colgadas en esos sitios para favorecer a un magnate de la dictadura que realizó jugoso negocio con ellas. El cuanto al nombre de las calles, ni una letra. Uno lleva su papelito y lo descifra a la luz palúdica de un farol:

«Cuarta Transversal. Quinta Marilú. Familia Echenagucia».

Pero en ningún poste, pared o travesaño dice «Cuarta Transversal». En medio del silencio nocturno, los pasos de un transeúnte hacen florecer una esperanza en nuestro despistado corazón.

—Óigame usted, buen hombre, ¿dónde queda la Cuarta Transversal?

El tipo se nos queda mirando estupefacto y nos responde con un cantarino acento napolitano:

—*Io non so.*

Porque las más de las veces, el transeúnte es un italiano. Otras, para variar, se trata de un portugués. Y en contadas ocasiones se nos aparece un compatriota.

—Verá usted —responde por lo general el criollo, rascándose la cabeza—. Yo no vivo por aquí. ¿Por qué no pregunta en la casa de abastos?

O nos tropezamos con el más indeseable de los informantes: el que se siente obligado a responder como si supiera, aunque no sepa; el *sabelotodo* que tanto abunda en las calles de Caracas, como abunda en el gremio médico, en el gremio político, en el gremio poético y en todos los gremios; el *sabelotodo* que nos envía tres cuadras más arriba y cuatro a la derecha, donde según él está una capilla que nunca ha estado y que se ha visto

obligado a edificar para no cometer la indignidad de confesar su ignorancia. Pero supongamos que, por un milagro de José Gregorio Hernández, lleguemos a la calle cuyo nombre figuraba en el papelito. Entonces nos falta atinar con la Quinta Marilú, entre una larga hilera de mansiones bastante parecidas entre sí, casi todas con nombres de mujer trazados en letras tan cursivas como cursis, harto difíciles de leer a larga distancia y bajo las sombras de la noche. En los demás países, como todos sabemos, se emplean números, y cuando uno se encuentra parado frente al 26 sabe que le faltan exactamente cuatro casas para llegar al 34. Pero en Caracas aborrecemos tan infalible simplicidad. En Caracas hay que detenerse a deletrear, con el auxilio de los faros del automóvil o de la luz de un yesquero: «Maricruz», «Mariflor», «Maritere», «Los Pérez», «Los González», «Mi Puchunga», «Papacito», «Honey», «Remember Pearl Harbour», «Hiroshima». Hasta que uno llega a «Marilú» y toca la puerta.

—¿Aquí vive la familia Echenagucia?

—¡Qué va, viejo, te pelaste! —nos responde una *pavita*—. Ésos viven en otra Quinta «Marilú» que queda como cinco cuadras más arriba.

O también podría acontecerles a ustedes, mis queridos gobernadores, un incidente parecido al que le sobrevino a mi amigo el gran poeta Vicente Gerbasi, cuando andaba una noche en persecución de la casa de Pascual Venegas Filardo por los vericuetos de San Rafael de La Florida y, tras mucho pesquisar y nada encontrar, topóse al pie de un farol con un fornido mozalbete que le lució galán de alguna maritornes de la vecindad.

—¿Puede usted indicarme, caballero, dónde queda la Quinta «Aribi»? —preguntó Vicente, haciendo gala de una gentileza que más tarde lo llevaría a figurar con tanta prestancia en la carrera diplomática.

—No sé, mi caballo —respondió el irrespetuoso noc-

támbulo—. ¿Por qué no se lo preguntas a un policía?

Sonrió Vicente ante la palmaria ingenuidad de su interlocutor y le explicó en tono protector:

—He consumido media hora, amigo mío, en busca de un agente de policía a quien formularle esa misma demanda y a fe mía que no le he hallado en ninguna parte.

—¿Estás seguro de que no hay un solo policía por estos lados? —insistió el jovenzuelo, tuerto y picado de viruela como podía comprobarlo ahora Vicente a la luz del farol.

—¡Ni en cuatro kilómetros a la redonda! —sentenció categóricamente el poeta.

Momento preciso que aprovechó el tuerto para extraer con destreza profesional un Smith y Wilson cañón largo y pronunciar estas palabras conminatorias:

—¡Entonces, afloja la cartera o te dejo tieso...!

* * *

Insisto ante ustedes, máximas autoridades de esta ciudad descabellada, en que el problema parece baladí o insustancial, pero no lo es. Un pariente mío, aficionado a los cálculos matemáticos y a las estadísticas, sostiene muy gravemente que con el dinero que dilapida Caracas indagando direcciones, dinero malbaratado en gasolina y en desgaste de vehículos y zapatos, se podría mantener un magnífico hospital. Además, estoy seguro de que tanto dar vueltas sin resultado positivo, tanto errar sin rumbo fijo, han influido notablemente en hacer del caraqueño un hombre que llega tarde a todas partes, que vive con los nervios deshechos y que muere de infarto.

Porque tengo la creencia de que en manos de ustedes está la posibilidad de hacer de Caracas una ciudad más o menos habitable, es que les dirijo la presente carta. ¡Es

tan simple la solución y cuesta tan poco! Bastaría con adoptar y hacer cumplir las siguientes medidas:

1. Nomenclatura sencilla, racional y obligatoria para las calles de Caracas y sus urbanizaciones.
2. Numeración de las casas también en forma absolutamente obligatoria, acorde con la tradición sensata que en todos los países se emplea: 1, 3, 5, 7, 9, etc.; y en la acera opuesta: 2, 4, 6, 8, 10, etc.
3. Colocación de esos nombres en cada esquina y de esos números en cada casa, de manera visible, quiero decir VISIBLE aunque fuese de noche y el que los buscare sufriese de miopía.
4. Colocación en sitios estratégicos de letreros orientadores, clavados en las proximidades del acceso a las urbanizaciones y a las carreteras más importantes.
5. Colocación de planos elementales y fáciles de descifrar, a la entrada de las urbanizaciones; y
6. Edición de guías de la ciudad de Caracas y uso imprescindible de esas guías por parte de los choferes de taxis y de los agentes de policía o de tránsito.

De lo contrario, seguiremos siendo una ciudad de hombres perdidos. Y va a resultar infructuoso que ustedes construyan parques, piscinas, hospitales, bibliotecas, o lo que sea, porque como aquí nadie sabe dónde queda nada, permanecerán inéditos en su dirección inexpugnable.

Los abraza cordialmente, su amigo,

Miguel Otero Silva

Quinta «Lérida»,
Calle Segunda, Los Palos Grandes.
(Si la buscan se pierden)

[1958]

DISCURSO DE LOS SESENTA AÑOS

Mis queridas amigas y amigos:

Al cumplir sesenta años esta noche a las doce, y volver la cabeza para echarle un vistazo al camino andado, me diré a mí mismo que entre el matorral de errores y tropiezos, de pifias y desfallecimientos, de calamidades y desengaños, se alza descollante un árbol cuya sombra justifica la correría: mi culto a la amistad. Eso no lo descubrí yo mismo sino uno de los mejores amigos que he tenido y tengo, el poeta José Ramón Medina aquí presente, y estampó su descubrimiento en el prólogo de uno de mis libros. La verdad es que el poeta tuvo razón y que yo conservo y recuento como el más preciado de los tesoros a mis amigos del colegio, a mis amigos de la universidad, a mis amigos de la cárcel, a mis amigos del destierro, a mis amigos de los talleres y escritorios de los periódicos, a mis amigos de bares y de hipódromos, y esos compañeros todos se han reunido aquí esta noche para cantarme el «Happy birthday» de los sesenta y para aguarme los ojos de emoción como cuando leí a los catorce años la *María* de Jorge Isaacs.

Me siento compelido a confesar paladinamente que este ingreso al achacoso gremio de los sexagenarios me preocupa en grado sumo. Los dos libros más prodigiosos que ha escrito el hombre son, a mi juicio, el *Quijote* y el

Fausto, porque simbolizan las dos preocupaciones más profundas que han estremecido el corazón de la humanidad: la lucha por conquistar la justicia y la lucha por no perder la juventud. En el libro de Goethe, Mefistófeles le dice a Fausto para tentarlo: «Gris es toda teoría y verde es el árbol de oro de la vida», con lo cual se lo dice todo. Pues bien, este convite fraternal de ustedes me trepa al árbol de oro de la vida y, por lo tanto, me devuelve a la juventud sin cobrarme el alma como el demonio hizo con Fausto. Esta noche, gracias al afecto de ustedes, a la alegría de ustedes, no tengo sesenta años sino veinte, la garganta lista para cantar el sacalapatalajá del año 28 y el corazón decidido a enamorarse de Margarita, siempre que no lo sepa María Teresa.

Para hacer más esplendorosa esta hora de rejuvenecimiento han venido desde tierras lejanas, jubilados de su escuela para asistir a mi piñata, esos dos colosos de las letras latinoamericanas que están aquí esta noche, que acaban de hablar para nosotros esta noche, Pablo Neruda es, sin duda alguna, el poeta de lengua castellana de mayor resonancia universal; Miguel Ángel Asturias es, igualmente, sin el más mínimo reparo, el adelantado, el más elevado exponente de la moderna novela latinoamericana. Pero declaro que no son tan preciosas prendas las que determinan mi júbilo y empañan mi gratitud, sino el alado impulso de amistad que los trajo esta vez a Venezuela. Miguel Ángel Asturias no es para mí el Premio Nobel de literatura sino «mi compadre», «mi querido compadre», que así nos llamamos desde hace muchos años sin que hay sacramentos de por medio que lo justifiquen. Y Pablo Neruda no es para mí el Premio Lenin de literatura, ni el poeta traducido a cincuenta idiomas, sino Pablito, un chileno sensacional con quien estoy bebiendo vino y cuanto caiga en nuestras copas desde hace un cuarto de siglo.

El asunto se pondrá más serio, amigas y amigos, cuando transcurra íntegra esta noche y se inicie la trayectoria que me va a conducir de los sesenta a los setenta. Recuerdo un cartel o cromo, que estuvo de moda allá por los años veinte y en cuya lámina aparecía pintada la escala de la vida. El primer peldaño lo ocupaba un bebé de doce meses, el segundo un carricito de diez primaveras, el tercero un gallardo mozalbete de veinte, hasta llegar al tope donde estaba plantado un hombre de treinta años, en plena y pujante juventud media. Pero volviendo los ojos al otro lado aparecían los peldaños del descenso, amanecía la calvicie, asomábase el abdomen, mientras las cifras marcaban inexorablemente cuarenta, cincuenta, sesenta años. Y lo que no puedo olvidar por un segundo ahora es el peldaño que bajaba de los sesenta a los setenta, aquel viejecito de bastón tembloroso y cabellos blancos, aquella ruina de Pompeya, aquel esqueleto insepulto. A ese destino me enfrento valerosamente a partir de mañana, con la progresista esperanza de que las vitaminas, el trasplante de órganos y los sapientes consejos de mi pediatra particular, el doctor Pastor Oropeza, me hagan más llevadero el descendimiento.

En fin, queridos amigos, gracias a todos, a los oradores que han hablado esta noche con palabras generosas que tan sólo el cariño justifica, a los que vinieron exclusiva y silenciosamente a apagar mis sesenta velitas, a los que enviaron cartas y telegramas, a los que no pudieron venir porque estaban ausentes o porque no tenían los cincuenta bolívares del escote, a los amigos ya muertos y que siguen viviendo en cada latido de mi pulso. a todos digo gracias. Y les digo también que los sesenta taparazos del viejo Cronos no han logrado marchitar mi alegría, ni enfriar mi optimismo, y que me daré por muy satisfecho de la vida si el almanaque y las circunstancias me permiten escribir unos cuantos libros más. Y, para

concluir citando una vez más a Goethe y a su libro, que es el libro más adecuado para ser citado en una noche sexagesimal, repetiré aquella frase que grita Fausto y que resume la entera filosofía de una madurez consciente: «La plenitud del hombre sólo se realiza sobre una tierra libre, en compañía de un pueblo libre».

[*26 de octubre de 1968*]

LAS CELESTIALES

PREFACIO[1]

La blasfemia es una oración al revés.
ANTONIO MACHADO

PROMEDIABA el lluvioso septiembre de 1965 cuando tocó por vez primera el timbre de mi casa un sacerdote jesuita de nombre Iñaki de Errandonea, natural del villorrio de Elgueta, 416 habitantes, partido judicial de Vergara, diócesis de Vitoria, provincia de Guipúzcoa, si bien irremediablemente venezolano, ya que su cuerpo y su alma emigraron hacia estos lares desde muy jóvenes, a raíz del colapso de la República Española (era uno de los tantos curas vascos que jamás absolvieron al Caudillo del

1. La primera aparición de un libro titulado *Las celestiales,* a fines del año 1965, originó en Venezuela un escándalo sin precedentes. La obra venía sin otro nombre de autor que el de Iñaki de Errandonea, sacerdote jesuita de cuya real existencia se dudaba. Tampoco traía pie de imprenta ni firma de editor responsable. No pocos se imaginaron que se trataba de una infernal conjura contra la fe religiosa y los principios morales más arraigados en alma venezolana. Y por tales razones la obra fue anatematizada, prohibida su venta y castigados pecuniariamente sus divulgadores.

En su segunda edición el libro surgió bajo signos muy diferentes. Miguel Otero Silva explicó en un documento prefacio el origen y el sentido de fray Iñaki de Errandonea. Por otra parte, la noble presentación de esa edición, las ilustraciones caricaturescas de fray Joseba de Escucarreta, las coplas iluminadas por una genuina picardía popular y las eruditas exégesis del supuesto sacerdote vasco, hicieron de *Las celestiales* una joya clásica del humorismo venezolano. Incluimos en esta antología el prefacio de Miguel Otero Silva, aunque en verdad nos atrevemos a transcribir el texto íntegro de *Las celestiales.* (Nota del editor.)

pecado mortal de Guernica). El eclesiástico Errandonea había sobrellevado su destierro diciendo misas y confesando arrepentidos en nuestras iglesias provincianas, preferentemente en las ermitas campesinas de Guárico y Aragua.

En aquel entonces de visitar mi casa, ya el padre Errandonea había cruzado el desfiladero de los cuarenta pero se sostenía enjuto y atlético, con más empaque de pelotari que de cura. Venía acompañado de mi amigo Paco Vera Izquierdo, abogado y costumbrista, católico y juerguista practicante, amén de cazador de venados en los Llanos y ex profesor de castellano en la Universidad de Columbia, USA.

—Deseo presentarte al recopilador de *Las celestiales* —díjome Paco.

No era extraño a mi oído el rótulo *Las celestiales*. El propio licenciado Vera Izquierdo solía cantarlas, acompañándose con un *cuatro* e iluminándose la garganta con igual número de copas de ron, en los salones más encopetados de Caracas, para evidente regocijo de sus oyentes de ambos sexos, padres de familia intachables y matronas beneméritas, quienes coreaban con carcajadas de aquiescencia las inocuas irreverencias del jurista y juglar caraqueño.

—He realizado modestos estudios acerca de esas tonadillas que los cantadores llaneros denominan «celestiales» —me puso en antecedentes el tonsurado vizcaíno—. Aspiro a publicar un pequeño opúsculo escoliador como contribución al análisis del folklore religioso venezolano. Opina el abogado Vera Izquierdo que solamente usted sería hombre capaz de ayudarme en esta empresa.

Se publicó el vademécum. Cooperaron en su edición dos pintores izquierdistas, un impresor liberal y tres o cuatro voluntarios de la clase media que ha sido siempre en Venezuela la vitalidad forjadora de las grandes ha-

zañas. Tras dilatadas faenas de solidaria artesanía confeccionaron un suntuoso misal de proporciones góticas, viñetas rococó y colorines sicodélicos cuya portada cautivaba el espíritu. Al abrirlo florecían los titulares compuestos en letras semejantes a aquellas que los antiguos cajistas designaban peticanos o parangonas. Luego descollaban las coplas, levantadas en caracteres futura, redondos y agrisados. Al pie de las páginas se leían las exégesis del padre Errandonea, amenguadas a letras homeopáticas de seis o siete puntos. Las ilustraciones eran de otro sacerdote jesuita, fray Joseba Escucarreta, quien disfrutaba de vacaciones en Caracas a continuación de haber conquistado la medalla de oro como dibujante en la academia «Ignacio Zuloaga» de Eibar. El libro en su conjunto era una alhaja bibliográfica, lo digo sin ánimo de presumir, dado que mi única contribución se limitó a la muy prosaica de sufragar los gastos y corregir las pruebas de imprenta.

Lo que nunca previmos fue el escándalo, el esquiliano vendaval de maldiciones, el catoniano desgarramiento de vestiduras que la aparición de *Las celestiales* habría de desatar en la muy volteriana y epigramática ciudad de Santiago de León de Caracas, famosa desde la Colonia por su propensión a la chirigota, a la coprolalia y al desacato.

La grande y la pequeña prensa orquestaron el aquelarre. ¡Blasfemia!, clamó *El Universal.* ¡Irreverencia!, ululó *El Nacional.* ¡Sacrilegio!, chilló *La Religión.* ¡Libertinaje!, bramó *La Verdad.* ¡Indecencia!, vociferó *La República.* ¡Sensacionalismo!, se desgañitó *El Mundo.* Un diputado descendiente de conservadores devotos y otro diputado nieto de liberales librepensadores acallaron sus divergencias decimonónicas para reclamar al unísono que la obra fuera incinerada pública e inquisitorialmente. El Poder Ejecutivo ordenó la inmediata

confiscación de la edición y decretó multas de diez mil bolívares contra los libreros que osaran poner en venta el execrado florilegio. La única inteligencia serena, en medio de aquella barahúnda de zafios anatemas, fue la del arzobispo de Caracas, cardenal J. Humberto Quintero, quien emitió su condenación enérgica, pero enmarcada dentro de una prosa tan sobria como elegante. La severa homilía de monseñor Quintero rezaba así:

> Ha empezado a circular en esta capital un libro de pocas páginas, editado a todo lujo en gran formato, titulado *Las celestiales*, compuesto de coplas que se pretende hacer pasar como pertenecientes al folklore venezolano, acompañadas de caricaturas. Las coplas contienen conceptos de una repugnante salacidad, expresados con las palabras más soeces. Las caricaturas no pueden ser más irreverentes. Y las notas que en tipos muy pequeños se han puesto al pie de cada página son un cúmulo de falsedades. Con el fin de engañar a los incautos se atribuye el prólogo, la compilación y las notas a un sacerdote jesuita. El libro todo es una colección de blasfemias. Como hasta el presente la blasfemia jamás ha manchado ni la mente ni los labios de nuestro pueblo, se le infiere a éste una gravísima injuria al atreverse a decir que son de su folklore tamañas bajezas.
>
> Basta lo expuesto para que se vea la razón por la cual reprobamos, en la forma más categórica, esa malhadada y sacrílega publicación. No dudamos de que en esta reprobación han de acompañarnos hasta quienes no profesan la fe católica, pero que tienen claro concepto de lo que quiere decir la palabra decencia.
>
> La sanción más eficaz que contra esa obra de la impiedad puede ejercerse, es la de hacerle un completo vacío, absteniéndose de adquirirla. Así lo es

peramos de todos nuestros fieles y, en general, de toda persona que aprecie en algo la moral, el decoro, el pudor y la honestidad en las acciones y las palabras. No está de sobra advertir que ese libro, en el que de propósito se ataca a la Religión y a las buenas costumbres y se hace mofa de los santos, se halla por ello mismo comprendido en la prohibición del canon 1.399 del Código de Derecho Canónico.

Voluntariamente queremos permanecer en la ignorancia de quienes sean autores y patrocinadores de esa publicación, contra los cuales hasta se nos ha pedido que decretemos penas eclesiásticas. Nos limitaremos a expresar que sentimos una profunda compasión por ellos y aun suplicamos al Señor que los ampare con su infinita misericordia, porque, dada la dañina intención que en versos y caricaturas aparece, a tales autores y patrocinadores se aplican punto por punto estas tremendas palabras del Divino Maestro: «quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor fuera que le colgaran una piedra de molino al cuello y lo sumergieran en alta mar... ¡Ay del hombre por quien viene el escándalo!». Tarde o temprano, si no hubiere la debida reparación del escándalo acompañada del sincero arrepentimiento, el inmenso castigo que esas palabras dejan entrever, tendrá exacto cumplimiento, porque impunemente nadie se burla de Dios.

Entre los relámpagos de aquella tempestad se esfumó de mi vista el padre Errandonea. Lo imaginaba yo contrito por el estruendo público que su labor compiladora había involuntariamente desencadenado, pulverizado espiritualmente por la pastoral admonitoria del Cardenal. Alguien me susurró que se había marchado apagadamente del país, pasajero de segunda en un vetusto trasatlán-

tico bautizado «Juan Sebastián Elcano» en honor de un navegante no menos guipuzcoano ni.menos esforzado que Ignacio de Loyola. Una referencia posterior me hizo saber que nuestro apesadumbrado amigo se había retirado a ejercer su curato de almas en el puerto vasco de Bermeo, que otrora fuera atalayera villa amurallada, antes de que cinco incendios colosales devoraran sus muros medievales, sus ojivales torreones, su palacio real, su templo de Nuestra Señora de la Atalaya, sus gallardos muelles de Erribera, dejándola reducida a lo que es hogaño: un laborioso burgo marinero consagrado a la pesca, al calafateo, a la danza con acompañamiento de acordeones y al culto de Santa Eufemia. Frente a las olas arrogantes y al azul inagotable del Cantábrico tuvo ocasión el padre Errandonea de arrepentirse de cualquier pizca de blasfemia o sacrilegio que, muy a pesar suyo, se hubiera deslizado en el contexto de *Las celestiales,* y tuvo paralela oportunidad de rendir cotidiana pleitesía a la cocina regional que tanto lo deleitaba: el bacalao a la vizcaína con matices rojizos y el bacalao al pil-pil con destellos argénteos; el cocido familiar donde las alubias rojas fraternizan con las carnes magras y los sabrosos embutidos; la purrusalda donde riman los suaves ajoporros con los abadejos frescos; las jugosas cocochas de merluza, empapadas en salsa verde; los centollos rellenos llamados txangurros y los marmitacos de atún; las sardinas fritas y los besugos emparrillados; los corderitos horneados y los conejos recubiertos de condimentadas salsas. Y a renglón seguido el dulzor de los postres: el sacramental arroz con leche, las torrejas espolvoreadas de azúcar y canela, las manzanas asadas bajo goteante almíbar, la leche frita, las frutas confitadas. El padre Iñaki de Errandonea, S.J., engrosó nueve kilos y malogró per omnia sécula seculorum su silueta cenceña y concreta de pelotari retirado.

A duras penas lo reconozco cuando regresa a Vene-

zuela y toca el timbre de mi casa por segunda vez, ocho años después de la primera, para decirme:

—Tengo en mientes reeditar *Las celestiales,* corregidas y ampliadas. ¿Se atreve usted a ayudarme nuevamente?

Las trapatiestas ocasionadas por obras literarias, acusadas en su época de pornográficas, procaces, soeces, blasfemas o impías, es historia que viene arrastrándose de tan remotos tiempos, y son tan nutridos sus ejemplos, que nos limitaremos a subrayar los esenciales. El más excelso, sin duda, entre todos los libros escandalizantes, lo fue el Cantar de los Cantares, poema canónico del Antiguo Testamento, compuesto en el año 1000 antes de Cristo por el rey Salomón, hijo de David y antepasado de la Virgen María. La inflamada sensualidad que Salomón derrochaba al describir la hermosura corporal de la Sulamita, y las fogosas caricias que en sus versos le prometía, pasmaron de tal guisa a los pudibundos sacerdotes hebreos que, durante largas décadas, el hermoso himno erótico de Salomón fue considerado como texto sicalíptico. No faltaron levitas que propusieran proscribirlo de los Libros Sagrados. Finalmente se llegó a una transacción por la cual, según registra San Jerónimo, la lectura de esta obra no le era permitida a los judíos sino después de cumplir los 30 años. Vetos que no han obstado para que el Cantar de los Cantares sea apreciado hoy como paradigma de lirismo amatorio y para que Fray Luis de León, desafiando el rencor de los escolásticos, lo tradujera con impecable fidelidad.

En el flanco griego es imprescindible situar en la vanguardia a Aristófanes, gran poeta ateniense nacido 450 años antes de Cristo. Aristófanes se mofaba en sus comedias de los demagogos, de los abogados, de los sofistas, de los ricos e inclusive de las divinidades paganas, empleando en sus parlamentos un lenguaje tan descarna-

do que en diversos trances se vio obligado a representar él mismo sus personajes, cuando los actores pusilánimes se negaban a hacerlo. El estilo de Aristófanes saltaba por encima de las palabrotas con una pureza cristalina, lo cual no impidió que lo persiguieran, bajo el estigma de irrespetuoso y blasfemador. En la era moderna nadie discute sus virtudes sino, por el contrario, los más conspicuos autores teatrales lo imitan licenciosamente, de Racine para abajo.

Seis siglos más tarde originó en Grecia otra mayúscula tremolina la aparición de *Lucio o el asno,* la obra más notoria de Luciano de Samosata, entre las ciento cincuenta que escribió este prolífico maestro antioqueño. Anunciadora de la novela picaresca, *Lucio o el asno* relataba la conversión de un hombre en burro, metamorfosis de la cual se derivaban situaciones escabrosas y comentarios de doble sentido. Los lectores helénicos, habituados al donaire ático y a la delicadeza conceptual de que Luciano hacía gala en su anteriores trabajos, pusieron el grito en el Olimpo. Lo significativo es que, al cabo de diecisiete siglos, a Luciano de Samosata se le recuerda casi exclusivamente por aquel libro entonces imprecado.

Crucemos los mares rumbo a Italia, tras los pasos de Eneas. El más estrepitoso zafarrancho moralizante lo produjo en Roma la aparición del *Satiricón,* no obstante el libertinaje que campeaba en la corte neroniana y la privilegiada categoría de su autor, Tito Petronio Arbiter, dentro del afecto del Emperador. La obra fue fulminada durante siglos bajo anatemas de depravación y concupiscencia. Primero la disminuyeron los propios romanos, luego la mutilaron los monjes medievales, en forma tal que solamente han llegado a la posteridad dos de los veinte libros que contenía. Pero, ¡qué libros! Un filósofo tan trascendental y tan amargo como Nietzsche escribe en el siglo XIX: «El *Satiricón* de Petronio es un aire ala-

do, una burla liberadora que nos hace olvidar el fango de este mundo enfermo y perverso».

Violenta piedra de escándalo en el Renacimiento italiano fue la publicación del *Decamerón* de Giovanni Boccaccio. Boccaccio dio la espalda a la retórica falaz y a las triquiñuelas misticonas para llamar las pasiones y las partes del cuerpo por su nombre, sin conceder un ápice en la dignidad de su estilo literario. Ganas no le faltaron a los ofendidos florentinos de arrojar al Arno el *Decamerón,* junto con su autor, mas vigilante estaba la autoridad intelectual de Petrarca para impedir que se cometieran tales aberraciones. Más tarde, en 1559, el papa Pablo IV situó el *Decamerón* a la cabeza de su *index* de libros prohibidos. Durante tres siglos estuvo condenada y vedada la publicación de esta obra en idioma español. A la larga se impuso y conquistó sitio predilecto en las bibliotecas, al lado de la Biblia y la *Divina Comedia.* En el siglo XX todos los hombres de letras, desde Giovanni Papini hasta los estudiantes de secundaria, aceptan que el *Decamerón* es la cantera inextinguible de donde se derivan el esplendor, la fuerza y la gracia de la narrativa moderna.

Ciento ochenta años después de Boccaccio nació Pietro Bacci, el Aretino, cuyos 16 sonetos lujuriosos levantaron una polvareda de proporciones desmesuradas. Las altas autoridades eclesiásticas improbaron dichos versos como falaces y perniciosos, pero las cortesanas, los soldados y los seminaristas los copiaban para distribuirlos clandestinamente y para seguir al pie de la letra los 32 consejos posicionales que el Aretino daba. Pietro Bacci se hizo rico componiendo poemas de encargo y adulando a los pontífices y a los poderosos. Llegó a fundar un harén privado con seis amantes a quienes llamaba cariñosamente las Aretinas. Arrepintióse en la vejez y escribió no pocos libros religiosos, entre ellos una Vida de Santa Ma-

ría Virgen, otra de Santa Catalina y una tercera de Santo Tomás de Aquino. No obstante la elevada beatitud que sublima esta última parte de su obra literaria, dificultamos mucho que el alma del Aretino se encuentre en el cielo. Sus poemas lúbricos y sus comedias lupanarias, en cambio, gozan de creciente respeto dentro de la crítica contemporánea.

Pero no ha sido el Aretino (fraile capuchino en su edad temprana y fallido aspirante a cardenal en su senectud), el único sacerdote católico enredado en los bejucales de la literatura abominada y perseguida. El más maravilloso entre todos, porque solamente Cervantes y Shakespeare podrían tutearlo, se llamó Francisco Rabelais, ordenado como franciscano, luego fraile benedictino, abad de Saint-Mur-les-Fosses, canónimo de Meudon, por último cura de aldea. Su imaginación, su ingenio, su rebeldía, su amor a la libertad, su voluntad de innovación, el vigor de su lenguaje, se volcaron en un gran libro tumultuoso, *Pantagruel y Gargantúa*, que desató contra él la furia de las dos instituciones más honorables de Francia: la Sorbona y el Parlamento. En seguida le llovieron negras injurias, amarillas denuncias, morados acosos y calvinistas maldiciones. Después de su humilde muerte, sus compatriotas rectificaron: «Fue el creador de las letras francesas», dice Chateaubriand; «Es el más grande espíritu de la época moderna», dice Balzac. Y nadie se atreve a discutirles.

Un destino de similar trascendencia cumplió Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, dentro de la poesía española. Su *Libro del Buen Amor* trasplantó la savia lírica popular al corazón reseco de la literatura erudita; señaló que el enfrentamiento del hombre con la muerte está regido por el amor; echó a la luz pública con magistral entereza las costumbres eróticas de los españoles del siglo XIV; cantó en versos ejemplares el Loco Amor (materia) que con-

vive con el Buen Amor (alma) en la substancia del hombre. El Arcipreste fue hostigado y calumniado, lo llamaron «clérigo libertino y tabernario», lo declararon «enemigo de la Iglesia»; preso en la cárcel de Toledo terminó de componer su obra inmortal. Sin embargo, pocos libros han influido tanto como éste en la literatura castellana. Sus personajes (doña Endrina, la Trotaconventos, don Carnal, doña Cuaresma) reaparecen una y cien veces en la dramática y en la novelística españolas. Y en cuanto a sus versos, el *Libro del Buen Amor* es tal vez el poema más valeroso y más lúcido que se ha escrito en nuestra lengua. Valga la opinión reverenciable de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

En el Siglo de Oro español aparecen don Francisco Quevedo y Villegas, que no fue presbítero pero sí graduado en teología sagrada y «esclavo del Santísimo Sacramento del Oratorio de la calle del Olivar», y don Luis de Góngora y Argote, éste sí clérigo de tonsura, racionero de la Catedral de Córdoba y capellán del rey Felipe. Quevedo y Góngora se pelearon entre sí como perro y gato (en tal caso el más portentoso perro y el más exquisito gato que hayan existido en la historia de la zoología), pero coincidieron en destinar unos cuantos acordes de sus liras a la literatura escatológica o pornográfica. Los versos de Quevedo dedicados al sexo y a los excrementos, sátiras de una osadía sin límites, fueron profusamente divulgados en una España sedienta de desenfreno. Estuvieron a punto de ser quemados, junto con toda la obra del genial autor de *Los sueños*, por el Tribunal del Santo Oficio en 1631; se salvaron de chiripa, pero Quevedo saboreó confinamientos, cárceles y destierros. Don Luis de Góngora fue más precavido. Compuso unos muchos poemas obscenos que le valieron el apodo de «ángel de las tinieblas» y que nunca publicó con su nombre. Una de esas *Letrillas* (la que tiene como estribillo «¿Qué es

cosa y cosa?») es una verdadera joya de picardía y lascivia, pero nos abstenemos de citarla textualmente en el presente prólogo porque a veces nos nace ser tan prudentes como el culterano don Luis.

Y así sucesivamente. En los recatados sótanos de la Biblioteca Nacional de Madrid subsisten carpetas de poesías eróticas, coprológicas y anticlericales, firmadas por los escritores más prestigiosos del siglo XVIII español: Tomás de Iriarte, Juan Menéndez Valdés, Moratín padre, Moratín hijo, etc. Las leyendas que inscribió Goya en algunos de sus grabados son plebeyas pedradas contra el piadoso decoro y el pacato buen decir. El padre José Marchena y Ruiz del Cueto, clérigo de menores, amigo de Marat, traductor de Lucrecio y de Voltaire, predicaba de esta manera: «En España hay ausencia de sensualismo pagano. Hace falta una literatura erótica sana para luchar contra esa presencia constante del masoquismo cristiano».

En lo que concierne a la literatura venezolana, ella había pecado de un resignado recato que colindaba con la mojigatería. Una de las muy contadas excepciones había sido precisamente la de un sacerdote católico, capellán del ejército, de nombre Carlos Borges (1875-1932), poeta modernista de apreciable importancia, quien mezcló en sus versos con increíble impudicia las más bajas pasiones carnales y los símbolos más sagrados de la religión: «tus [...] son más grandes que el Gran Poder de Dios»; «sobre tu cuerpo quisiera ser inverso crucifijo», etc. Confesamos honradamente que jamás nos habríamos brindado para escribir el prólogo de una obra que contuviera profanaciones de esa ralea.

En nuestra seglar y humilde opinión, el padre Iñigo de Errandonea, al recopilar y parafrasear *Las celestiales*, no ha incurrido en blasfemia ni en sacrilegio. La blasfemia es un pecado mortal que consiste en emitir palabras

injuriosas contra Dios (blasfemia inmediata) o contra sus santos (blasfemia mediata). Fue antaño un riesgoso delito castigado por el Fuero Real español con pérdida de bienes, ostracismo, azotaina pública, corte de la lengua y pena de muerte para los reincidentes. El sacrilegio, a su vez, reside en profanar las formas sagradas, convertir los templos en lugares de comercio o jolgorio, decir misa como sacerdote sin serlo, apropiarse de los bienes eclesiásticos, violar a una monja, maltratar de obra a un clérigo, poner mano violenta en la persona del Pontífice Romano, etc. Los babilonios desleían a los sacrílegos en plomo derretido, los griegos les administraban venenos y el Tribunal del Santo Oficio se inclinaba por la hoguera.

Ninguna de esas expiaciones le estaría bien empleada al padre Errandonea. En su descargo certificamos, como hecho rigurosamente cierto, que en determinadas regiones del Llano venezolano se cantan desde el siglo pasado coplas o cuartetas octosílabas denominadas genéricamente «celestiales», las cuales aluden jocosamente a los santos del cielo y dejan caer al desgaire una mala palabra. La palabrota aparece por lo general en el último verso, encaminada a suministrar la «repentina incongruencia» que, según Schopenhauer, es uno de los ingredientes vitales del género humorístico.

Atestiguamos de igual modo que al menos tres de las coplas incluidas en la presente edición de *Las celestiales*, son fruto genuino de la musa popular venezolana. Ellas son: la que comienza *«Cuando San Juan se cayó / de la escalera pa'bajo»*, la que comienza *«Glorioso San Sebastián, / como tú nadie se ha visto»* y la que comienza *«Cuando a las puertas del Cielo / se presentó San Silvestre»*. Es posible que el sacerdote vasco, ciñéndose escrupulosamente al molde folklórico, compusiera las 22 coplas restantes, y es parejamente probable que escribiera

luego las exégesis de todas, exégesis no exentas de erudición y de gracia. La blasfemia original, si la hubiere, sería en todo caso desliz de los anónimos copleros venezolanos. Pero, como afirma acertadamente el cardenal Quintero, «hasta el presente la blasfemia jamás ha manchado la mente ni los labios de nuestro pueblo».

La afición a entreverar el nombre de Dios y los de sus santos con palabras villanas es hábito que heredamos de nuestros antepasados españoles, quienes de ese talante solían manifestar una abroquelada fe en el Ser Supremo y en la corte celestial. Es cosa sobrentendida que cuando un español protesta de una contrariedad o infortunio con el empleo de su imprecación favorita, no está manifestando realmente el deseo físico de defecarse sobre el Padre Eterno, sino invocándolo en su desgracia y recordándole que en Sus manos está la facultad de remediarla.

El maestro mexicano Alfonso Reyes, en su ensayo *Aduana lingüística*, proponía la elaboración de un diccionario de la lengua española que registrara las equivalencias infinitas existentes entre las diversas malas palabras, de acuerdo con las distintas regiones de América Latina y España. Gran parte de esas palabras, que tienen vigencia en determinadas áreas del continente, carecen de registro escrito, debido a la extraordinaria pudibundez que ha aquejado a la literatura en el idioma español.

Las malas palabras españolas y latinoamericanas, añadimos nosotros, no deben ser entendidas según su acepción semántica, ya que casi nunca es ésa la intención de quienes las pronuncian. Cuando se grita una palabrota en nuestros países, lejos de querer expresarse las apetencias sexuales o digestivas que ella implica, se busca por lo general el estallido de una interjección que denote enojo, menosprecio, pesadumbre, satisfacción, amor u otros sentimientos.

Nuestro amigo Octavio Paz publicó en 1959 un puri-

ficante ensayo sobre este tema. «En nuestro lenguaje diario —dice el poeta mexicano— hay un grupo de palabras prohibidas, secretas, sin contenido claro, y a cuya mágica ambigüedad confiamos la expresión de las más brutales o sutiles de nuestras emociones y reacciones [...] Estas palabras son definitivas, categóricas, a pesar de su ambigüedad y de la facilidad con que varía su significado. Son las malas palabras, único lenguaje vivo en un mundo de vocablos académicos. La poesía al alcance de todos».

Esta segunda edición de *Las celestiales* no arrastrará tras sí causa de escándalo como la primera. El cinematógrafo y el teatro han desplegado en los últimos años un gigantesco esfuerzo para derribar la censura mental y policial que se ejercía sobre las obras de arte cuando éstas rozaban asuntos eróticos o escatológicos o, simplemente, cuando se permitían emplear en su desarrollo algunas de las llamadas malas palabras. También la novela ha puesto su grano de arena. Ya los *Trópicos* de Henry Miller no son lectura satánica sino incentivo en las vitrinas de las librerías y aderezo en las manos delicadas de las adolescentes. De igual manera, unos cuantos novelistas contemporáneos de habla española (Camilo José Cela, Juan Goytisolo, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, etc.) se baten denodadamente bajo las banderas del uso irrestricto de la desfachatez (sinceridad) verbal.

Cuando le expusimos estas razones a fray Iñaki de Errandonea, el irreductible hermeneuta las refrendó con un contundente versículo de San Pablo:

—«Yo bien sé, y estoy seguro según la doctrina de Jesús, que ninguna cosa es de suyo inmunda, sino que viene a ser inmunda para aquel que por tal la tiene» (*Epístola a los Romanos*, XIV, 14).

[*Caracas, julio de 1974*]

TEATRO

DON MENDO 71[1]

Fragmentos
DEL PRIMER ACTO

JUGLAR (*entrando a la platea anunciado por trompetas y tambores*):

Salud, sufrida gente de Caracas
que aquesta noche al teatro habéis venido
atravesando un tráfico fuñido
y oyendo bollos con grosor de hallacas.
Salud, ¡oh pasajeros de autobuses!
que en lugar de una cruz cargáis tres cruces,
y vosotros de rostros descompuestos
que viajáis con vecinos indigestos
en carritos herméticos por puestos.
Salud, señores, que ostentáis el cetro
de la paciencia y muchas cosas más,
pues cada Presidente ofrece un metro,
un metro, ¡metra!, que no hará jamás.

(*Avanzando hacia el escenario.*)

Salud, rebaño audaz, que habéis venido
dejando vuestro hogar desguarnecido

1. Obra estrenada en el Ateneo de Caracas el 5 de febrero de 1971, como versión venezolana de *La venganza de Don Mendo* de Pedro Muñoz Seca.

a merced de los ágiles hampones
que siguen cada vez más atacones
tras el gobierno haberlos suprimido.
Salud, plebe romántica y sencilla
que estáis sin duda hasta la coronilla
de la llamada nueva poesía,
una desenfrenada algarabía
de la cual ni su autor entiende nada,
ni tampoco su novia, ni su tía,
ni su hermana mayor, ni su cuñada.
Yo sé que habéis venido a cuestionarla,
a darle con un tubo, a liquidarla
por jerigonza hermética
y diurética;
y por aristocrática
y dogmática,
por endémica,
anémica,
académica;
porque esa poesía recoleta,
tan sorda, tan cegata y tan choreta,
antes de haber nacido era pureta.
Distinto es nuestro estilo. Reparad
cómo execramos toda absurdidad
y execramos igual todo desplante:
sabemos respetar la autoridad,
sabemos venerar el consonante
sin que jamás una vulgaridad
nos tiente con su ritmo fascinante.
Cuando hay un verso que termina en oño,
el amor es un místico retoño;
cuando hay un verso que termina en ejo,
trenza su vuelo azul el azulejo;
cuando hay un verso que termina en uta,
es miel de Dios la pulpa de la fruta;

cuando hay un verso que termina en ola,
de soledad se muere la amapola;
cuando hay un verso que termina en inga,
suena el fauno su lírica siringa;
cuando hay un verso que termina en erda,
rezan viacrucis en la extrema izquierda;
cuando hay un verso que termina en ulo,
se calla este juglar con disimulo;
y si hay un verso que termina en ón...
el que hable primero se traga un bombón.

(*Llegando al escenario.*)

Y sé también, hermanos y hermanas,
y lo sé como dos y dos son cuatro,
que habéis venido con mayores ganas
a cuestionar las prédicas malsanas
que la dan por llamarse nuevo teatro.
Me refiero al teatro del absurdo
cuya inmoralidad es tan bravía
que hace ruborizar al más palurdo
y taparse la cara a un policía.
Yo sé que odiais ese teatro burdo
en donde dan saltitos como cabras
las malas y las pésimas palabras,
y en donde se revuelca por el suelo
una niña de quince con su abuelo
en tanto la mamá tiene un aborto
de su sobrino de pantalón corto.
Y al final los actores picarillos
se bajan de un tirón los calzoncillos,
y luego las actrices pizpiretas
hacen lo mismo con las pantaletas,
quedando de ambos sexos los artistas
convertidos en bonche de nudistas,
y si han fumado su yerbitabuena

descienden en pelota de la escena
y por el patio corren en cadena.

(*Avanzando hacia el ángulo izquierdo del escenario.*)

¡Horror! ¡Horror! Contra esas corrupciones,
contra esos licenciosos desvaríos
se yerguen nuestros castos corazones
y nuestros moralistas albedríos,
y en lucha contra tal desaguisado
habemos de un arcón desencamado
el drama que en seguida estaréis viendo,
una antigua tragedia castellana,
poética, monárquica y cristiana,
que cuenta las desdichas de Don Mendo.
Es la historia infeliz de dos amantes
puros como la sílfide más pura,
y son sus versos tan edificantes
que se negó a escucharlos la censura.
Abierto está, señores, el debate.
Comienza, pues, señoras, la función.
¡Acudid, tramoyistas, al combate
y, como diputados en sesión,
jalad con ambas manos el mecate
y que suba el telón!

DEL SEGUNDO ACTO
Monólogo de Segismendo

DON MENDO (*encarcelado en la bóveda de una torre, se adelanta calderoniano*):

A la patria desdichada
del general San Martín
un gorilaje sin fin
la tiene desguañangada.

Ogros de bota y espada
acogotan la verdad,
y es tal su gorilidad
y tan cafres sus condenas
que yo, con estas cadenas,
tengo mayor libertad.

En Brasil, a estas alturas,
mandan bárbaros peores,
de doncellas violadores
y sádicos en torturas.
Maltratan niños y curas
y monjas en cantidad,
y es tan ciega su maldad
y tan fieros sus cuchillos
que yo, a pesar de mis grillos,
tengo mayor libertad.

Luego está el caso inhumano
del infeliz Paraguay,
desde hace veinte años, ¡ay!,
sufriendo al mismo tirano.
Es un guaraní prusiano,
déspota a perpetuidad,
y tiene tal facultad
para matar ese mozo
que yo, en este calabozo,
tengo mayor libertad.

Y por último está Haití
donde el feroz Papá Doc
hasta por bailar un *rock*
puede fusilarte a ti.
Los Tontón Macoutes, *oui!*,

asolan campo y ciudad
y pegan con tal crueldad
y aman tanto el homicidio
que yo aquí, en este presidio,
tengo mayor libertad.

DEL ÚLTIMO ACTO

(Don Mendo se clava un puñal, cae retrocediendo en brazos del Marqués de Moncada y muere espectacularmente, con acompañamiento musical. Quedan en escena los cadáveres de Don Pero, Don Nuño, Magdalena, Doña Urraca y Don Mendo. El rey Alfonso VII y la reina Berenguela permanecen de pie, en primer plano. El Marqués de Moncada y Doña Ramírez, dos pasos más atrás. Los sobrevivientes de la Corte, al fondo.)

ALFONSO VII (*adelantándose con los brazos en alto*):

¡Oh, Dios, que en el cielo estáis
y tanto poder tenéis,
seis bichos de muerte, seis,
sobre esta arena dejáis!
Así, Señor, castigáis,
divina justicia haciendo
a quien tu ley transgrediendo
urde su propia venganza
y sólo a morir alcanza
como se ha muerto Don Mendo.

UN HIPPY (*levantándose de una butaca*):

¡Protesto!

(*Avanzando hacia el escenario.*)

Contra ese teatro infesto,
contra el dramón deshonesto
y contra el ripio indigesto,
protesto.

ALFONSO VII:

¿Qué es lo tuyo, caballero?

HIPPY (*sigue avanzando*):

Lo mío, rey majadero,
monarca de estercolero,
es que en este siglo atómico,
astronauta y electrónico,
cinético y cibernético,
hay un repudio astronómico
para el teatro anacrónico
que quiere pasar por cómico
y se queda en apoplético.

DOÑA RAMÍREZ:

¡Voto a Cristo y a Santa Ana!
Este tipo a mí me luce
que ha fumado marihuana
o que ha leído a Marcuse.

HIPPY (*ya en el escenario, al público*):

¡*Panas* burdas! ¡Protestad
contra esta burda comparsa!
El teatro ya no es farsa
sino sangre y realidad.
Odios, violencia y crueldad
son la humana condición
y es un solemne bribón

quien en producir insista
un teatro conformista,
anacrónico y ramplón.

ALFONSO VII (*al Hippy*):

Hippy necio y barrigón,
tu inconformismo, a fe mía,
es sólo pedantería
con disfraz de rebelión.
Y la cargante arrogancia
que te gastas, ¡vive el cielo!,
es el enorme camelo
con que encubres tu ignorancia.

(*El Hippy desenfunda ostensiblemente un arma de fuego.*)

DOÑA RAMÍREZ (*al Marqués de Moncada*):

Marqués, paremos la cola,
porque el Autor desconoce
que en el manso siglo XII
nadie cargaba pistola.

(*Salen de prisa Doña Ramírez y Moncada. La reina Berenguela trata de encontrar una salida, no la halla, corretea sin ton ni son por la escena.*)

HIPPY (*amenazante, a Alfonso VII*):

¿Vos sabéis quién es Ionesco?

ALFONSO VII:

Un fresco
que hace teatro elitesco,

farragoso y novelesco,
de trama prefabricada.

HIPPY (*más amenazante*):

¿Y Beckett? ¿Sabéis quién es?

ALFONSO VII:

Un polaco o irlandés
que se las da de francés
pero escribe en chino, pues
ninguno le entiende nada.

HIPPY (*al público*):

Como todo rey de España,
es tonto de capirote.

(*A Alfonso VII*):

¡Vais a morir, monigote!

(*A la reina Berenguela*):

¡Y vos también, alimaña!

(Dispara a quemarropa sobre ambos. El rey y la reina mueren melodramáticos con solemne acompañamiento musical.)

HIPPY (*enfáticamente*):

Yace aquí en este escenario
que es osario o cementerio
un teatro megaterio,
ictiosaurio y cavernario.
Que le sirva de sudario
su sentir nunca sentido,

su vivir jamás vivido
porque al nacer expiraba
y porque ya muerto estaba
desde antes de haber nacido.

(Mata con la pistola al resto del reparto, se hiere a sí mismo y cae el TELÓN.)

ROMEO Y JULIETA[1]

PRÓLOGO

FRAY LORENZO (*caminando por el escenario*):

En la bella Verona que ayer fuera
un jardín de claveles y amapolas,
una hermosa sultana erguirnaldada
de rojos techos y de azules lomas,
y que el ritmo del tiempo ha convertido
en una trepidante mazamorra,
en un garage inmenso y estridente
habitado por locos... y por locas;
en la bella Verona dos familias
de políticas toldas antagónicas,
que solían cubrirse de improperios
y dirimir a puños sus discordias,
produjeron de pronto dos amantes
no contagiados por la absurda fobia,
cuyo amor a la muerte los condujo,
y cuya muerte purificadora

1. Obra estrenada en el Teatro Nacional de Caracas el 6 de marzo de 1975, como versión libre y venezolana de *Romeo y Julieta* de William Shakespeare.

liberó para siempre de sus odios
a los protagonistas de esta historia.
Armaos de paciencia, amigos míos,
porque este drama va a durar dos horas.

(Sale.)

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Verona. Una plaza pública

(Varias personas forman una cola de autobús. Al fondo se ven tarantines de buhoneros. Vendedores de periódicos y billeteros de loterías vocean su mercancía. De paredes y postes cuelgan letreros políticos. En primer plano conversan Teobaldo y Gregorio, adecos de brazalete blanco, armados de cabilla y garrote.)

TEOBALDO:

La verdad es que no sigo con este escaparate al hombro. Estoy hasta las amígdalas de los copeyanos.

GREGORIO:

¿Hasta las amígdalas?

TEOBALDO:

Hasta el forro de las amígdalas.

GREGORIC:

Pues debes tener cuidado, que no hay nada más peligroso que un copeyano sin puesto.

TEOBALDO:

Te digo que son unas víboras.

GREGORIO:

Menos mal que en el fondo son creyentes practicantes...

TEOBALDO:

Creyentes en el diablo; practicantes de todos los pecados capitales.

GREGORIO:

¿De todos?

TEOBALDO:

De todos. Comenzando por la soberbia que es el que más les gusta. Se amamantan con leche de soberbia.

GREGORIO:

¿Y la envidia?

TEOBALDO:

Por supuesto que también la envidia. En lo que ven pasar a un ministro adeco, se ponen verdes.

GREGORIO:

Pero la lujuria sí que no.

TEOBALDO:

¡Que te crees tú eso! Si tropiezan a una jeva placentera, se arremangan la sotana y le echan pichón.

GREGORIO:

Modera tu lengua, que veo acercarse a dos de ellos.

(Entran Abraham y Benvolio, copeyanos de brazalete verde.)

TEOBALDO:

A cabillazo limpio los haré retroceder.

GREGORIO:

No olvides que ahora somos gobierno y que gobierno no busca pleito. Deja que ellos empiecen.

TEOBALDO:

Les haré la señita que se merecen, a ver si la aguantan.

(Hace la señal de la guiña apuntando a los copeyanos.)

ABRAHAM:

¿Nos están apuntando como pavosos, caballeros?

TEOBALDO *(aparte a Gregorio)*:

¿Estando en el gobierno se puede llamar pavosos a los pavosos?

GREGORIO:

No.

TEOBALDO *(a los copeyanos)*:

No, caballeros. Esta señal de pava no es con vosotros.

BENVOLIO:

¿Estáis vosotros buscándonos pleito, caballeros?

GREGORIO:

¿Buscando pleito nosotros? Nunca, caballeros.

ABRAHAM:

Porque si nos estáis buscando pleito, estamos dispuestos a fajarnos. Nuestro líder es tan inteligente como el vuestro.

TEOBALDO:

No tanto, caballeros. Vuestro líder es un jesuita engominado, mientras que el nuestro es la Tacamajaca de Ño Leandro.

BENVOLIO:

Un demagogo enchinchorrado es lo que es vuestro líder.

TEOBALDO (*enarbolando la cabilla*):

Salgan pal medio si son machos, caballeros.

ABRAHAM (*esgrimiendo el garrote*):

¡Adecos resentidos, sectarios de miércoles, caballeros!

(Entran otros copeyanos y adecos que se mezclan en la pelea armados de palos, tubos, cabillas y machetes. Gritan «mueras» y «abajos» al partido contrario. Por último aparecen el Adeco Máximo y el Copeyano Máximo, con sus respectivas señoras.)

ADECO MÁXIMO:

¿Qué zaperoco es éste? ¡Tráiganme mi espada de combate, mi cuarenta y cinco, mi metralleta!

ADECA MÁXIMA:

Cuidado con el reuma, mijito, no te sofoques.

COPEYANO MÁXIMO:

¡Pronto, una bomba, un tanque, un cañón, que quiero despachurrar a este insolente!

COPEYANA MÁXIMA (*persignándose*):

No lo mates, mi cielo, que te condenas.

(El Adeco Máximo y el Copeyano Máximo intentan agredirse. Entra el Jerarca del Sistema con cuatro esbirros.)

JERARCA:

¡Hasta cuándo, señores, hasta cuándo
hemos de soportar vuestras rencillas,
que en un corral de vacas furibundas
tienen a nuestra patria convertida!
¿No comprendéis que con tamaño agite
no pueden trabajar las fuerzas vivas,
ni conciliar su siesta Fedecámaras,
ni mantener su fe las camarillas?
Detened vuestras pugnas insensatas,
parad vuestras sectarias tremolinas,
o si no perderéis nuestra confianza,
nuestra televisión y nuestra estima.

(Va saliendo el Jerarca del Sistema. Antes de salir concluye amenazante su discurso.)

¡Y nunca más alguno de vosotros
pondrá sus posaderas en la Silla!

(Salen todos menos el Copeyano Máximo, la Copeyana Máxima y Benvolio, primo de Romeo.)

COPEYANA MÁXIMA:

¿Qué sabéis de Romeo? ¿Le habéis visto?
Cuánto me alegro de que no estuviera
mezclado en esta horrible sampablera.

BENVOLIO:

Lo vi, señora, de Rosario a Cristo.
Allí encontré a Romeo, tan temprano
que el sol no había salido, ni el periódico.
Caminaba callado y melancólico
con un libro de versos en la mano,
y por la magnitud de su tristeza
sospecho que eran de Juan de Dios Peza.

COPEYANO MÁXIMO:

Muchos lo han visto así, de madrugada,
haciendo de sus lágrimas rocío
para regar con ellas la enramada.

BENVOLIO:

¿Y cuál será la causa, noble tío?

COPEYANO MÁXIMO:

Por ser su padre, no me dice nada.
No suelta prenda cuando me le arrimo
y más se calla mientras más le ruego.
A ver si logras tú, que eres su primo,
sacarle algo y me lo cuentas luego.

(Romeo entra por el fondo de la escena.)

(Salen el Copeyano Máximo y la Copeyana Máxima.)

BENVOLIO:

Buenos días, Romeo.

ROMEO (*distraído*):

¿Qué hora es?

BENVOLIO (*sacando el reloj*):

Si anda bien mi cebolla. son las tres.

ROMEO:

¿Las tres apenas? En mi desespero
las horas se hacen largas como años.

BENVOLIO:

¡Oh, primo! ¿Cuáles son los desengaños
que te logran parar el minutero?

ROMEO:

¡El amor!

BENVOLIO:

¿El amor? ¡Qué desatino!

ROMEO:

Estoy enamorado como un chino
y el amor como un chino me ha planchado.

BENVOLIO:

¿Y qué cosa es estar enamorado?

ROMEO (*adelantándose hacia el público*):

Estar enamorado es tener miedo
de perder lo que nunca se ha tenido,
es el goce de odiar lo más querido
y abrazar el no creo como credo.
Es levantar el mundo con un dedo
e iluminar el caos con un latido,
es leopardo en paloma convertido
y yermo verdecido en arboledo.
Estar enamorado es fuego frío,
humo que nos refresca como un río,
mar nutrido con sal de nuestro llanto,
es vivir solamente porque mueres
y estar seguro de que no la quieres
y estar temblando de quererla tanto.

BENVOLIO:

¡Virgen de la Coromoto! ¿Y cómo se llama ese monumento que de esa manera te ha trastornado el seso?

ROMEO:

No puedo decirte su nombre porque todavía no lo sé. Sólo sé que es la más hermosa entre las hermosas y que hasta ahora no me ha hecho el menor caso.

BENVOLIO:

Entonces, olvídala.

ROMEO:

Enséñame la fórmula para olvidarla.

BENVOLIO:

Primero, deja de pensar en ella.

ROMEO:

¿Para pensar en qué? ¿En los complejos del subdesarrollo? ¿En el precio de la gasolina?

BENVOLIO:

Para pensar en otras mujeres igualmente bellas. De que las hay, las hay.

ROMEO:

No las hay. La más bella entre todas no alcanza a ser tan bella como la que yo amo.

BENVOLIO:

Te juro, por los huesos de nuestros antepasados, primo, que te ayudaré a curarte de ese dengue amoroso que te consume.

(*Entra un motorizado.*)

MOTORIZADO:

Qué cochina suerte la mía, estoy salado, peído de monja. ¡Mandarme a buscar todos los nombres que están escritos en esta lista! La primera vaina en contra mía es que no sé leer. Y aunque supiera leer. ¿Quién encuentra una dirección en esta Verona sin letreros en las esquinas, sin números en las casas, donde ni los policías saben los nombres de las urbanizaciones y donde todas las quintas se llaman Marilú o La Paloma?

BENVOLIO:

¿La qué?

MOTORIZADO:

Barajo el tiro. Buenas tardes, caballeros.

ROMEO:

Buenas tardes, muchacho.

MOTORIZADO:

¿Sabe usted leer, señor?

ROMEO:

Bien quisiera no saberlo para salvarme de las páginas editoriales de los diarios.

MOTORIZADO:

Digo que si sabéis leer lo escrito a mano.

ROMEO:

Si no se trata de una receta médica.

MOTORIZADO:

Usted me está mamando el gallo, señor. Que se diviertan. (*Intenta retirarse.*)

ROMEO:

Espera, hombre, y dame ese papel para leértelo. (*Leyendo.*) Reinaldo Leandro Mora, 4.ª Calle de los Palos Grandes, Quinta «Marilú»; Julio Poca-

terra, 1.ª Calle de San Juan Bosco, frente a la iglesia; J. J. González Gorrondona, Av. Principal del Cerro del Ávila, Quinta «La Mía»; Manuel Mantilla, Calle Guaicaipuro, Los Teques, Quinta «La Tuya»; Nico Zuloaga y señora, «Country Club...». La flor y nata del adequismo veronés. ¿Y dónde van a reunirse?

MOTORIZADO:

El bonche es en nuestra casa.

ROMEO:

¿En tu casa?

MOTORIZADO:

Bueno, en la casa de mi amo, el señor Adeco Máximo. Si ustedes no son copeyanos de uña en el rabo, pueden agregarse a la lista y considerarse invitados. La movida va a ser de papaya, con dos orquestas y jevas de quinto piso. El sábado en la noche, no se les olvide. (*Sale.*)

BENVOLIO:

En esa maravillosa verbena adeca encontraremos a las muchachas más lindas de la clase media veronesa que, como todo el mundo sabe, son las más lindas de todas. Vamos allá, primo Romeo, y verás cómo la mujer que te tiene andando de cabeza es una chancleta de peregrino al lado de los churros que vas a ver en el sarao de los blancos.

ROMEO:

Me haces reír con tus disparates.

BENVOLIO:

De las adecas yo conozco a una
que si la ves te quitará el sentido.

ROMEO:

Más bella que mi amada no ha existido
ni existirá jamás mujer alguna.

BENVOLIO:

¿Cómo puedes saberlo si a ninguna
con ella cara a cara la has medido,
si andas por esas calles abstraído,
si vives, si es que vives, en la luna?

ROMEO:

Iré a la fiesta, primo. Atentamente
a cuanta hermosa dama se me enfrente,
inventario le haré con la mirada.
Y una vez más comprobaré en persona
que no existe belleza aquí en Verona
que le dé por las patas a mi amada.

ESCENA II

Habitación en la casa del Adeco Máximo

(*Entran la Adeca Máxima y la Nodriza.*)

ADECA MÁXIMA:

¿En dónde está mi hija? Quiero verla.

NODRIZA:

Por mi virginidad que a los doce años
perdí con un chofer de la Charneca,
te juro que lo menos cinco veces
le he pedido a Julieta que viniera.

(*Llamando.*)

¡Ven, pimpollo de ruda! ¡Niña mía!
¿Dónde se habrá metido esa Julieta?

(*Entra Julieta.*)

JULIETA:

¿Qué zaperoco es ése? ¿Quién me grita?

NODRIZA:

Te llama vuestra madre.

JULIETA (*a la madre*):

¡Quiubo, vieja!

ADECA MÁXIMA:

El problema, hija mía, es un asunto
que a toda la familia nos afecta...

(*A la nodriza.*)

Sal un momento tú, porque deseo
hablar a solas con la niña. (*Pausa.*) Espera.
Lo he pensado mejor. Es conveniente
que escuches tú también nuestra conversa.
Ya sabes que Julieta está en edad
de dejar para siempre las muñecas.

NODRIZA:

Hace seis meses que cumplió catorce
y muchos meses hace que le llega...

ADECA MÁXIMA:

¡Petronila, te ruego que te calles!

NODRIZA:

Catorce años no más tiene la nena.
Recuerdo bien que cuando el terremoto
yo todavía su nodriza era,
pues le prestaba más la leche mía
que la leche de vacas macilentas.
Con añejo me untaba los pezones
buscando así que los aborreciera,
pero a la carricita desde entonces
le gustaba la caña con firmeza.
Ella estaba lactando aquella noche
cuando empezó a temblar Verona entera
y echamos a correr como dos locas
tanto la niña como la niñera.
Ella se fue de bruces y se hizo
un chichón con el filo de la acera.
Se acercó entonces Pedro, mi marido,
que en paz descanse, y levantó a Julieta
para decirle picarescamente:
ahora te vas de bruces y por tierra
pero cuando seas grande te caerás
de espalda sobre cama placentera
y no serán chichones lo que saques,
sino una deliciosa gozadera.

ADECA MÁXIMA:

Cállate, te repito, Petronila,
que tu malicia ofende su pureza.

NODRIZA:

Te concedo, señora, la palabra
y muda moriré si tú lo ordenas.

ADECA MÁXIMA:

Yo quisiera saber, Julieta mía,
si el tilín de casarte no te tienta.

JULIETA:

¿Casarme yo tan joven? ¿Y con quién?

ADECA MÁXIMA:

Te explicaré en seguida. Ten paciencia.
Resulta que el doctor Froilán París,
dueño de seis caballos de carrera,
con tres hectáreas en los Guayabitos
y mil acciones en la luz eléctrica,
habló ayer con tu padre porque aspira
a casarse contigo si lo aceptas.

NODRIZA:

Es el mejor partido de Verona,
no le cabe en el pecho la cartera,
hay que arrancarle el brazo a toda máquina,
no vaya a ser que el tipo se arrepienta.

ADECA MÁXIMA:

Julieta, ¿tú qué opinas? Esta noche
vendrá el doctor París a nuestra fiesta,
y aunque cojea un poco por los callos
anda a caballo de su gentileza.

Está un poquito gordo, sin embargo
ha prometido someterse a dieta
y rebajar diez kilos en tres meses
a base de ensaladas y panquecas.
Verás cómo es de chévere su smoking
cortado por un sastre de Inglaterra,
y lo bien que le queda la peluca,
y la plancha lo linda que le queda.
Tiene un ojo de vidrio de Murano
que parece un rubí cuando bizquea.

NODRIZA:

Muérete, que lo llaman Juan Sopita
porque bebiendo sopa se chorrea.

ADECA MÁXIMA:

Espero que me digas sin tardanza
si el amor de ese joven te interesa.

JULIETA:

Trataré de quererlo si tú quieres,
oh madre de mi alma, que lo quiera.
Con esa descripción que me habéis hecho
ya siento que en el alma me aletea
una dulce ansiedad de conocerlo
y de rendirle culto a su belleza.

(*Entra un criado.*)

CRIADO:

¡Señora, ya están llegando los invitados! ¡Ya empezaron a echarse tragos y a robarse las cucharillas! Todos preguntan por usted y por la señorita. Y le echan la culpa a Petronila de que nadie los reciba.

Tengo que regresar inmediatamente a seguir sirviéndoles el whisky. Por favor, vayan inmediatamente, no me dejen solo.

ADECA MÁXIMA:

Allá vamos, Casimiro, deja el agite. (*Sale el criado.*)

NODRIZA:

Consíguete un marido, niña mía,
que el matrimonio es cosa sabrosita:
una barre la casa por el día
y después por la noche se desquita.

(*Salen todas.*)

ESCENA III

Calle de Verona frente a la casa del Adeco Máximo

(Entra Romeo con Benvolio, Mercucio y tres copeyanos más. Llevan en la mano las máscaras que luego se pondrán. Adentro suena música bailable.)

ROMEO:

¿Le pedimos excusas a esta gente
o descaradamente nos colamos?

BENVOLIO:

No hemos venido aquí para discursos,
sino para bailar de contrabando,
para darle realce a esta movida
imprimiéndole un tinte aristocrático.

Le haremos un honor a los adecos
ingresando a su bonche medio palo.

ROMEO:

Yo no vengo por nada de esas cosas,
yo vengo porque estoy enamorado,
ustedes bailarán su brincadera
o tal vez un merengue apalmichado,
mientras yo, recostado de un pilar,
la noche pasaré comiendo pavo,
pensando en quien me tiene el corazón
definitivamente esguañangado.

MERCUCIO:

No sé quién te ha metido en la cabeza
que estar enamorado es algo raro:
el amor que tú sientes es igual
al que sienten la yegua y el caballo.
Recuerda lo que dijo Chaquespeare
subiendo la cortada del Guayabo:
«el amor no se cura ni se alivia
sino montándose en el ser amado».

ROMEO:

No te burles de mí, gentil Mercucio,
ni me cites autores tan prosaicos,
no olvides que mi amor es casto y puro
como la madre de Francisco Franco,
una señora que no viene al cuento
pero es justo nombrar de vez en cuando.

MERCUCIO:

Hoy te noto más gafo que otras veces.

ROMEO:

Anoche tuve un sueño estrafalario.

MERCUCIO:

Yo también tuve otro...

ROMEO:

¿Qué soñaste?

MERCUCIO:

El disparate más descabellado.
Soñé que había en Verona un Presidente
que no perdía su tiempo conversando,
ni vacilaba frente a las presiones,
ni reculaba frente a los pesados.
Un Presidente que metía a la cárcel
a quien metiera mano en el erario,
y que no toleraba el manguareo
ni el enchinchorramiento burocrático.
Uno que las riquezas del subsuelo
había resueltamente rescatado
y en los escombros del subdesarrollo
levantaba un país extraordinario.

ROMEO:

¡Qué fantasías tan descacharrantes
ves tú, Mercucio, cuando estás soñando!

MERCUCIO:

Espera que me falta todavía
contarte lo mejor de mi letargo.
Resulta que en mi sueño el Presidente
no miraba las artes con desgano,

es decir, no trataba la cultura
como tema superfluo o secundario,
ni como tarantín propagandístico,
ni como ociosidad de encamburados,
sino que construía bibliotecas,
instauraba una escuela de teatro,
le daba subsistencia a los museos,
devolvía a la música su rango,
no aceptaba culebras tenebrosas
ni por televisión ni por la radio,
e incorporaba el pueblo veronés
al fuego creador contemporáneo.

ROMEO:

Cállate, buen Mercucio, que tu sueño
parece el desvarío de un lunático.

BENVOLIO:

Además, si seguimos de palique
hallaremos el baile terminado.

ROMEO:

Tengo un presentimiento que me dice,
compañeros, que un chivo estoy capando,
pongámonos las máscaras de prisa
y entremos a esa fiesta sin retardo.

(*Se quitan los brazaletes verdes y se ponen las máscaras.*)

BENVOLIO (*tocando la puerta*):

¡Abran la puerta, adecos ilustrísimos,
que están llegando nuevos invitados!

(*Sube la decoración de la calle mientras suena música de tambores.*)

ESCENA IV

Salón en la casa del Adeco Máximo

(Al centro el Adeco Máximo y la Adeca Máxima en compañía de Julieta y otras personas de la familia. Convidados y máscaras por todas partes. Entran Romeo y sus amigos enmascarados.)

ADECO MÁXIMO:

¡Bienvenidos al baile, bienvenidos!
Nuestro hogar os recibe con deleite
y os invita a bailar sin rucaneos
con la dama que halléis más atrayente.
Os acompañarán como parejas
las que no tengan callos ni juanetes,
y si alguna se muestra remilgada
juraré que le faltan cuatro dientes.
¡Que los músicos toquen enseguida
y corra el néctar de los escoceses!

(Suena la música y las parejas bailan. Casimiro pasa la bandeja con los whiskies. El Adeco Máximo se acerca al Adeco Segundo.)

ADECO MÁXIMO:

¿Cuánto tiempo hace ya, querido primo,
que no damos un baile como éste?

ADECO 2.°:

Fue en el octubre revolucionario,
en el cuarenta y ocho justamente.

Toda Verona vino a nuestra fiesta
desde Pepito Herrera hasta Monengue,
y vino la gloriosa juventud
encabezada por Pérez Jiménez.

ADECO MÁXIMO:

¡Caramba, no recuerdes esas cosas
para aguarme esta noche tan alegre!

ROMEO (*a Teobaldo*):

¿Quién es aquella dama tan hermosa
que me ilumina con su lumbre tenue?

(*Teobaldo lo mira despectivamente y le da la espalda. Romeo sigue hablando en monólogo.*)

Al lado de su gracia de paloma
semejan cuervos todas las mujeres;
se apagan las estrellas y la luna
bajo el chispazo de sus ojos chéveres;
y yo, que me creía enamorado
de una belleza sin equivalente,
comprendo ahora cuán pelado estaba
y cuánto era mi pasión de enclenque,
al ver esta mujer que ha cautivado
mi corazón entero y para siempre.
Le soltaré los perros enseguida
aunque el Gobernador se me atraviese.

TEOBALDO:

Éste tiene una voz de copeyano
que la careta disfrazar no puede,
y tiene un caminar de jesuita
que es inmancable en el partido verde,

y ha venido a reírse de nosotros
en nuestro propio hogar. ¿Cómo se atreve?
¡Tras sacarlo a patadas de la casa
le rezaré el tedéum que se merece!

ADECO MÁXIMO:

¿Qué te pasa, sobrino, qué te pasa?
¿Por qué de esa manera te enfureces?

TEOBALDO:

Ese que tras la máscara se escuda
es un copeyanito prepotente
que se ha colado en nuestra fiesta, tío,
para burlarse descaradamente.
¿Cómo no quieres, tío, que lo insulte?
¿Cómo no quieres, tío, que me arreche?

ADECO MÁXIMO:

Pues no permitiré que armes la bronca,
ni que formes el «opel» que pretendes;
éste no es un mabil de malandrines,
sino la sala de un hogar decente.

TEOBALDO:

Pues bien, si no me dejas que le rompa
la siquitrilla al copeyano ese,
ni me dejas tampoco que lo escupa,
ni tampoco me dejas que lo eche,
seré yo quien se marche de esta casa
para siempre toujours.

ADECO MÁXIMO:

¡Que te aproveche!

ROMEO (*a Julieta, con quien ha quedado solo en un ángulo de la escena, de manos .cogidas*):

Si he profanado con mi mano ardiente
la inmaculada mano que me has dado,
se dispone mi boca penitente
a pagar con un beso su pecado.

JULIETA:

Eres injusto con tu propia mano.
No olvides que los santos peregrinos
sin traicionar su corazón cristiano
besan con sus sandalias los caminos.

ROMEO:

¿Sabes tú si los santos tienen boca?

JULIETA:

La tienen, sí, para rezarle al cielo.

ROMEO:

Tú eres el cielo que mi pecho invoca
y darte un beso es como alzar el vuelo.

JULIETA:

El cielo es un azul escalofrío
que se queda tranquilo si le rezan.

ROMEO:

Entonces no te muevas, amor mío,
mientras mis labios férvidos te besan.

(*La besa.*)

JULIETA:

Ahora tu pecado es mi pecado.

ROMEO:

Y yo en el cielo por pecar me siento,
mas si tienes algún remordimiento
devuélveme el pecado que te he dado.
(*Se besan.*)

(*Cesa la música, regresan grupos conversando. La Adeca Máxima se destaca de los otros.*)

ADECA MÁXIMA:

¿En dónde estás, Julieta? ¿Qué te pasa?

ROMEO:

¿Quién es esa señora tan simpática?

JULIETA:

Es mi mamá. La dueña de esta casa
y dirigente de Acción Democrática.
(*Se aleja.*)

ROMEO:

Una adeca su madre... ¡Quién creyera
que a una adeca sectaria y resentida
yo pecador mi vida le debiera
pues le dio vida a quien me da la vida!

BENVOLIO (*acercándose a Romeo*):

Vámonos, pana, se acabó la fiesta.

ADECO MÁXIMO:

No se acabó, ¡qué guarandinga es ésta!
Podéis todos pasar a la cocina,
que os espera un sancocho de gallina.

(*Van saliendo todos menos Julieta y la Nodriza. Julieta toma vivamente del brazo a la Nodriza.*)

JULIETA:

Oye con atención lo que te digo.
¿Quién es ese muchacho tan galante
y tan guachamarón que a cada instante
buscaba un chance para hablar conmigo?

NODRIZA:

Ése es Romeo, un joven copeyano
de los que gritan «Viva Cristo Rey»,
hijo de don Ramón Ultramontano,
que es un monstruo sagrado en el Copei.

(*Una voz llama desde adentro a Julieta. La Nodriza apaga las luces y se queda con un candelabro.*)

JULIETA:

Un destino siniestro e inhumano
ha empezado a labrar mi desventura.
¡Enamorarme yo de un copeyano
cuando no puedo verlos ni en pintura!

ESCENA V

Callejón frente a la tapia del jardín del Adeco Máximo

(*Entra Romeo.*)

ROMEO:

Camino por las calles de Verona y vuelvo a esta casa como un perdido en la montaña que regresara siempre al mismo punto. Si Julieta me ha tumbado la empalizada, no me queda más camino que saltar la talanquera. Vaya lo uno por lo otro.

(*Se sube a la tapia y salta dentro del jardín.*)

(*Entran Benvolio y Mercucio.*)

BENVOLIO:

Ya son las tres de la madrugada. ¿Dónde se habrá metido Romeo?

MERCUCIO:

Segurete que se fue a su casa, a acostarse. Si llega después de esta hora, el papi le tranca la puerta.

BENVOLIO:

Sin embargo, yo lo vi que venía hacia este lado, pegadito a la tapia como perro sin amo. Está muerto de amor.

MERCUCIO:

Si está muerto de amor, yo invocaré su espíritu. ¡Alma del difunto Romeo, acude a mi llamado!

Seguía tan ardientemente enamorado después de muerto que no pudieron cerrarle la tapa de la urna. ¡Acude, espíritu de Romeo! Te invoco por los ojos brillantes de la adeca que tú amas, por su frente blanca como el emblema de su partido, por sus labios color de bandera ñángara, por sus paticas de azúcar y canela, por sus teticas de modelo de la tele, por sus trémulos muslos y por los parajes vecinos a esos muslos, ¡El señor te dé su gloria!, para que aparezcas en esta sesión espiritista al aire libre.

BENVOLIO:

Si llega a oírte, se va a poner furioso.

MERCUCIO:

Lo que lo pondría furioso sería que yo invocara a un espíritu machete dispuesto a jamonearle la jeva que él adora.

BENVOLIO:

Vámonos, que Romeo se ha perdido definitivamente. Su amor es ciego y busca la oscuridad.

MERCUCIO:

Si su amor es ciego, no va a encontrar el agujero. Ahora estará sentado a la sombra de un jabillo, soñando con la fruta prohibida, ansioso de sembrar su miembrillo en la manzana. ¡Romeo, buenas noches! Voy a entregarme en brazos de Morfeo. O de Morfea, si la encuentro despierta.

BENVOLIO:

Vámonos. Es una macana seguir buscando a quien no quiere que lo encuentren.

(*Salen.*)

ESCENA VI

Jardín de la casa del Adeco Máximo con ventana en un ángulo superior

(*Entra Romeo.*)

ROMEO:

Es muy fácil burlarse de la sangre ajena cuando nunca se ha recibido una herida. Pero los que tienen veinte puntos de sutura en el pecho no se burlan de nadie.

(*Se abre la ventana y aparece Julieta.*)

ROMEO (*en monólogo*):

Cuando Julieta surge en la ventana
la sombra se desangra malherida,
se acobarda la luna competida
y entre las frondas gime la mañana.
Su cercana presencia tan lejana
me cubre de una luz desconocida
y no acierto a saber si tengo vida
o es de la suya que mi vida emana.
Cuando Julieta surge en la ventana
se estremece el metal de la campana
para anunciarnos que llegó la aurora,

nos ciega la blancura de su frente
y la noche se muere lentamente
en una oscuridad deslumbradora.

JULIETA (*desde la ventana, en monólogo*):

¡Ay de mí, dulcemente enamorada
de quien amargamente no debiera,
ansiosa de entregarme por entera
a quien me impiden entregarle nada!
¡Ay de mí, felizmente desdichada,
libre paloma que las alas diera
porque, cautiva del amor, viviera
tan carcelera como encarcelada!
Lo quiero con el jugo de mis venas,
con el tibio rumor de mis colmenas,
con la miel de mis frutos en sazón,
y enloquecida por mi amor le pido:
¡Abandona, mi amor, ese partido
que me tiene partido el corazón!

ROMEO (*saliendo de la oscuridad*):

Te propongo escapar de esta agonía
sin usar ventajismo ni chanchullo:
yo me voy del Copei para ser tuyo
y tú te vas de A.D. para ser mía.

JULIETA (*asombrada*):

¿Quién eres tú que oculto entre la sombra
sorprendes mis secretos pensamientos?

ROMEO:

Yo soy un copeyano trastornado
por la desgracia de no ser adeco.

JULIETA:

Y yo soy una adeca desdichada
porque al verde Copei no pertenezco.

(*Se escuchan ruidos al fondo del jardín.*)

JULIETA:

¿Escuchaste ese ruido sospechoso
que rompió la barrera del silencio?

ROMEO:

Debe ser un ramaje estremecido
por la mano frenética del viento.

JULIETA:

¿Cómo lograste entrar en esta quinta
de altas paredes y elevados techos?

ROMEO:

Una escalera grande y otra chica
tiene el amor para subir al cielo.

JULIETA:

Si te encuentran aquí, te despedazan
mi padre y mis hermanos. Tengo miedo.

ROMEO:

En tus ojos me acechan más peligros
que en la muerte que puedan darme ellos:
si tus ojos dejaran de mirarme
me sentiría peor que estando muerto.

(*Vuelven a oírse ruidos. Un perro ladra en el interior de la casa.*)

JULIETA:

Temo que mi familia te descubra
y de sólo pensarlo me estremezco.

ROMEO:

No tiembles, amor mío, que la noche
me oculta el rostro con su manto negro
y nada importa que por ti me maten
cuando yo siento que por ti me muero.

JULIETA:

Se enrojecen al vivo mis mejillas
con esas cosas que te estoy oyendo.
Como soy una joven bien nacida,
escuchar no debiera tus requiebros,
ni aceptar que cual Pedro por su casa
entraras a mi casa sin ser Pedro,
pero por más que de impedirlo trato,
la verdad, Santo Dios, es que no puedo,
el amor se me sale por los ojos
y vuelan mariposas de mis senos.
¿Qué pensarás de mí? ¿Que soy coqueta,
o que con tres palabras enloquezco?
Hace un rato no más que te conozco
y ya te estoy diciendo que te quiero.

ROMEO:

Te juro por la luna que nos mira...

JULIETA:

Ya la luna no escucha juramentos;
ya los yanquis la tienen convertida
en playa sideral de veraneo
y venden cosa-cola en sus planicies
y siembran espinacas en sus cuernos.

ROMEO:

Te juro entonces por la Coromoto...

JULIETA:

Si es por la Coromoto, sí te creo.

ROMEO:

...que el amor que te tengo, amada mía,
es tan profundo como el mar inmenso.

JULIETA:

La inmensidad del mar la siento yo
correr desde mi pecho hacia tu pecho,
pues como el mar, cuando te doy el alma,
más alma para darte guardo adentro,
y como el mar, que aleja sus espumas
para volver más fuerte y más violento,
yo quisiera quitarte mi cariño
tan sólo para dártelo de nuevo.

(*La Nodriza llama a Julieta desde el interior de la casa.*)

JULIETA (*a la Nodriza*):

No te pongas nerviosa, Petronila,
que estoy en el balcón cogiendo fresco.

(*A Romeo.*)

Me llama la Nodriza, vida mía,
espérame un segundo, que ya vuelvo.

(*Sale.*)

ROMEO (*en monólogo*):

Mayor delicia que soñar dormido
es la delicia de soñar despierto,
y no hay sueño más dulce que lo real
cuando lo real tiene sabor de sueño.

JULIETA (*apareciendo*):

Como comprenderás, es imposible
que sigamos hablando en el sereno,
pero voy a decirte dos palabras
antes de retirarme a mi aposento,
y es que si andas buscando foquifoqui
mejor es que no vuelvas por todo esto,
pero si tienes buenas intenciones
y si tu amor es un asunto serio,
justo es que me propongas matrimonio,
proposición que de antemano acepto,
y desde ya me digas a qué hora
hoy mismo nos veremos en el templo.

ROMEO:

¡Caramba, qué impaciencia por casarse!
Si apenas nos estamos conociendo.

JULIETA:

Lo que pasa, mi amor, es que mi padre
quiere darle mi mano a un esperpento,

un tipo con millones en el banco
pero más fastidioso que un teléfono,
una especie de Onasis tropical...
y yo de Jaquelín no tengo un pelo.

NODRIZA:

¡Julieta! ¡Julietica!

JULIETA (*a la Nodriza*):

¡Voy Nodriza!

(*A Romeo.*)

¡Adiós, mi corazón! ¡Adiós, Romeo!
Te mandaré mañana un papelito
para que me respondas al momento
en qué sitio, a qué hora y con qué cura
vamos a celebrar el casamiento.

(*Sale.*)

ROMEO:

Cuando ella se retira quedo triste
como niño dejado en el colegio
y obligado a leerse por castigo
los doce tomos de don Andrés Bello.

JULIETA (*apareciendo*):

Quién tuviera la voz de la campana
para cantar tu nombre sin sosiego
y repicar en los atardeceres
cien mil veces Romeo, mi Romeo.

ROMEO:

Cuando mi nombre brota de tus labios
adquiere la armonía de un arpegio.

JULIETA:

Adiós, mi amor. Hoy a las nueve en punto
una cartica mía irá a tu encuentro,
pero márchate ya porque amanece
y te puede encontrar el panadero.

ROMEO:

Buenas noches, Julieta, novia mía,
blanca magnolia del jardín adeco.

JULIETA:

Buenas noches, Romeo, novio mío,
verde limón del copeyano huerto.
La despedida es un dolor tan dulce
que pasaría mil días despidiéndome,
diciendo «buenas noches», «buenas noches»,
sin ser de noche que lo estoy diciendo.

(*Sale.*)

ROMEO:

Que sueñes con los ángeles custodios
y acompañen los ángeles tu sueño,
ya que no puedo acompañarte yo
y custodiar tus sueños con mis besos.

(*Aparte.*)

Iré a ver a mi padre espiritual,
que atiende al dulce nombre de Lorenzo,

para contarle lo que me ha pasado
y suplicarle que me dé un consejo.

(*Sale.*)

ESCENA VII

Celda de Fray Lorenzo

(*Entra Fray Lorenzo con una cesta al brazo.*)

FRAY LORENZO:

Ya la aurora de ojos grises y cabellos dorados se asoma como una turista rubia por entre los bucares. Ya la oscuridad se tambalea como un borracho atropellado por el cadillac del sol. Antes de que el sol avance para iluminar los huecos de las calles y secar el rocío de la noche, debo llenar mi cestica con flores y raíces de las más diversas especies. Porque la Naturaleza procede al engendrar las plantas igual como procede al crear los especímenes del género humano. Hay flores que nos embriagan con su exquisito aroma y otras más pestilentes que bolsillo de loco. Hay hierbas venenosas como picada de culebra y otras medicinales que curan todos los males. Hay frutos dulces como los versos de monseñor Henríquez y raíces amargas como las crónicas de Sanin. Aquí tengo la olorosa albahaca que perfuma los baños y acentúa la sazón de las salsas. Aquí la túa-túa que baja las inflamaciones, remedia la diabetes y borra las úlceras venéreas. Aquí el romero que aclara la respiración y detiene la caída del pelo. Éste es el toronjil que apacigua los nervios y hace dormir a los insomnes. Y éste el mas-

tranto que devuelve la alegría a los sexos cansados. Por aquí llevo el ñongué que da paz a los asmáticos y el amargón que detiene las diarreas. No me falta el llantén que cierra las úlceras estomacales, ni el cariaquito morado que espanta la mala sombra y evita la lepra, ni las flores de saúco que diluyen los hemorroides. Llevo el cardosanto que se atreve a enfrentársele al cáncer y el bejuco de estrella que neutraliza los venenos. Hojas de malagueta para las fricciones, escoba dulce para la disentería, guaritoto para limpiar la sangre, bejuco del diablo para el reuma, guayaba arrayán para los parásitos, ruda para la sordera y los males del corazón, todo eso verdea en mi cesta. Y tengo también semillas rojinegras de peonía para el maldeojo y pepas de zamuro que traen la buena fortuna. Y raíces para destilar la esencia del ven a mí y la del amor eterno, y la del abrecaminos y la de la destrancadera. El amor y el odio, la bondad y la maldad, el consuelo y la venganza, la superstición y la fe, todo se encuentra en los órganos de las plantas tal como se encuentra en el corazón de los hombres.

(*Entra Romeo.*)

ROMEO:

Feliz madrugada, Padre Lorenzo.

FRAY LORENZO:

Benedicte. ¡Qué temprano te levantaste hoy, hijo mío! Si todos madrugaran como tú y como yo, la gente de Verona tendría mejor salud y mejor carácter. Pero todos se levantan a las nueve, leen asustados los horribles crímenes que aparecen en

los periódicos, se atragantan el desayuno de carrera y luego se meten en un tráfico más trancado que cinturón de castidad. Llegan al trabajo a tomarse un equanil si son de la clase alta, un alka-seltzer si son de la clase media, o un añejo doble si son del proletariado. Las tres cosas conducen de cabeza a la neurastenia. Dichoso tú, que te levantas temprano.

(*Romeo bosteza ostensiblemente.*)

FRAY LORENZO:

Pero a lo mejor resulta que no estás de pie porque ya te hayas levantado, sino porque todavía no te has acostado.

ROMEO:

Exactamente, padre. He pasado despierto toda una dulce noche.

FRAY LORENZO:

¿Con quién, bandido, con quién?

ROMEO:

Me colé sin invitación en la fiesta de un enemigo, recibí una herida de una enemiga, pero ella también recibió una herida mía. Los dos estamos heridos y sólo tú puedes curarnos.

FRAY LORENZO:

¿Con qué? ¿Con emplastos de penca de zábila? ¿Con raíces de pringa moza? La verdad es que no

entiendo una palabra del crucigrama que me has puesto.

ROMEO:

Pues te hablaré claro y raspado. Sucede que me enamoré hasta los tuétanos de la hija del Adeco Máximo y que ella se enamoró hasta las entretelas de mí, que soy hijo del Copeyano Máximo. Cuando lo sepa su padre se va a poner como un tragavenado y cuando lo sepa el mío se va a convertir en una macaurel. La única manera de evitar el zafarrancho y la transformación ofídica de nuestros progenitores es que tú nos cases hoy mismo y sanseacabó.

FRAY LORENZO:

Por San Ignacio del alma, *ad majorem Dei gloriam*. ¿Pero tú no estabas guillado por otra que se llamaba Rosalinda, y no venías a lloriquearme todos los días que te morías por ella, que si le zumbaban los motores, que si le roncaba el aparato, y otros términos aeronáuticos que yo no comprendía? ¿Te olvidaste tan pronto de Rosalinda? ¿Se la jugaste a un indio bravo?

ROMEO:

Se me pasó, padre Lorenzo, porque todo amor que no es verdadero amor se pasa como la gripe. El verdadero amor es este que siento por Julieta, que no me deja comer, que no me deja dormir.

FRAY LORENZO:

¿Cómo te va a dejar dormir si la conociste anoche y todavía no te has acostado?

ROMEO:

Vamos andando, padre Lorenzo, que Julieta y yo debemos casarnos hoy mismo. Hay peligro de que se me adelante un injerto de Rockefeller con Aga Khan. ¡Vamos, ligero!

(*Lo empuja suavemente hacia la salida.*)

FRAY LORENZO:

Poco a poco, hijo mío, que con paciencia y salivita el elefante le hace el amor a la hormiguita.

(*Salen.*)

ESCENA VIII
Una calle

(*Entran Benvolio y Mercucio.*)

BENVOLIO:

El patuco se está poniendo más serio de lo que pensábamos. Romeo no fue a dormir anoche a su casa por primera vez en su vida. La familia cree que lo han secuestrado y lo andan buscando con las camionetas de la Petejota.

MERCUCIO:

Y para completar el panorama llegó al Partido una carta de Teobaldo, el adeco más capachero de todos los adecos, dirigida a Romeo. Ya sabe que Romeo se coló anoche en la fiesta blanca y seguramente lo desafía.

BENVOLIO:

Romeo aceptará el desafío. Tú sabes que no se le agua el ojo.

MERCUCIO:

¡Pobre Romeo! Primero lo apuñalan los dulces ojos de una adeca y ahora el primo de la adeca le quiere sacar las tripas. Romeo será muy machito, pero lo que es ese Teobaldo se lo come crudo.

BENVOLIO:

Ni lo pienses. ¿Quién es ese Teobaldo?

MERCUCIO:

Un adeco más faramallero que Canache Mata y más peligroso que Erasto Fernández. Aprendió a tirar cabeza en el Guarataro y a jugar golf en el Country Club. Carga un chuzo en el bolsillo del pantalón y una cuarenta y cinco en la guantera del carro. El pobre Romeo va a pasar más trabajo que un seminarista en el Retén de Catia.

BENVOLIO:

¡Allá viene Romeo!

(*Entra Romeo.*)

MERCUCIO:

Viene más chupado que biberón de orfelinato. ¿De quién estará enamorado ahora? ¿De una sirvienta de adentro como Laura la de Petrarca, de una putona envenenadora como Cleopatra o de una casa-

da ninfómana como Helena de Troya? Bonjour, Romeo! Te saludo en francés porque anoche te fuiste a la francesa.

ROMEO:

Perdóname, amigo Mercucio. Tenía un negocio muy importante y en esos casos uno se olvida de la cortesía.

MERCUCIO:

¿Un negocio muy importante a las dos de la madrugada? ¿Ibas a sacar plata o a meterla?

ROMEO:

No te acepto bromas pesadas.

MERCUCIO:

Pesadas las tienes tú. Y cuadradas.

ROMEO:

Mercucio, cada día te vuelves más deslenguado.

MERCUCIO:

De la lengua no he dicho nada.

ROMEO:

Cállate, por favor, que no estoy para burradas.

(*Entra la Nodriza.*)

BENVOLIO:

¡Barco a la vista!

MERCUCIO (*haciendo un gesto*):

Vamos a tocarle la popa a ver si es goleta o submarino.

NODRIZA (*esquivando el toque*):

Buenos días, caballeros.

MERCUCIO:

Buenas tardes, hermosa dama.

NODRIZA:

Todavía no son buenas tardes.

MERCUCIO:

Ni tampoco son buenos días, porque el erguido minutero del reloj le está jurungando en este momento las partes al mediodía.

NODRIZA:

¡Qué hombre tan grosero! Parece un Marturet.

ROMEO:

Discúlpelo, señora, que se educó en el Colegio Salesiano. ¿En qué podemos servirla?

NODRIZA:

¿Alguno de ustedes podrá informarme dónde puedo encontrar al joven Romeo?

ROMEO:

El joven Romeo ha envejecido seis horas a partir de esta mañana, pero todavía se conserva en buen

estado. Por otra parte, yo soy ese joven Romeo que usted busca.

NODRIZA:

Entonces quiero hacerte una confidencia, siempre que tus amigos se retiren. (*Los mira con recelo.*)

BENVOLIO (*retirándose*):

Buenos días, alcahueta.

MERCUCIO (*retirándose*):

Buenas tardes, bastonera.

ROMEO:

¿Qué hay? ¿Qué pasa?

NODRIZA:

¡Qué groseros esos amigos tuyos! No parecen copeyanos de buena familia, sino gentuza del E.D.P. Si se ponen a hablar mal de mí van a saber lo que es candanga. Porque yo no soy ninguna fregona como ellos se imaginan, sino una señora decente con cuatro hermanos en la Guardia Nacional que le van a sacar la mugre a esos desgraciados.

ROMEO:

No les haga caso, señora. Estaban pasados de tragos.

NODRIZA:

De maraca es que estaban pasados, ¡pícaros sinvergüenzas! Me tiembla la papera de indignación. Y yo

que venía a traerte un recado muy importante para ti.

ROMEO:

¿Un recado? ¿Muy importante? ¿De quién? ¿De Julieta?

NODRIZA:

De Julieta, precisamente. Pero antes de dártelo debo advertirte que mi niña Julieta es un ángel de pureza y bondad, y que si tú llegas a portarte con ella de un modo indigno es porque eres un cretino, un malandro, un bembeperro y un hijo de puta..

ROMEO:

¡Señora, por favor!

NODRIZA:

Porque mi niña es un querubín que no conoce el amor sino lo que ha visto en el cine. Y conste que todavía no ha visto *El último tango.*

ROMEO:

¡No faltaba más! Yo quiero, señora, que le diga a Julieta de mi parte...

NODRIZA:

Se lo diré. Se va a poner contentísima.

ROMEO:

Pero si todavía no le he dicho lo que le voy a decir.

NODRIZA:

Pero me lo imagino. ¿Qué le vas a decir?

ROMEO:

Que pida permiso esta tarde para ir a casa de la modista. y vaya a la celda del padre Lorenzo, que él nos va a confesar y nos va a casar en un dos por tres.

NODRIZA:

¿Esta misma tarde? ¡Qué maravilla!

ROMEO (*alargándole una bolsa con dinero*):

Toma, por tus molestias.

NODRIZA (*rechazándola*):

Que vá, hijo. Yo no soy comisionista de obras públicas.

(*Inicia la salida.*)

ROMEO:

Adiós, encomiéndame mil veces a tu niña.

NODRIZA (*saliendo*):

A mi niña que esta noche dejará de serlo.

ROMEO:

¡Si Dios quiere!

ESCENA IX

Jardín del Adeco Máximo

(*Entra Julieta.*)

JULIETA:

Eran las nueve y veinticinco cuando
mandé con el recado a Petronila,
ya son las doce en todos los relojes
y la vieja no ha vuelto todavía.
Será tal vez que no encontró a Romeo,
o ¿qué le habrá pasado a mi nodriza?
Los mensajes de amor volar debieran
en naves espaciales rapidísimas
y no en manos de ancianas cachazudas,
paticojas, roñosas y artríticas.

(*Entra la Nodriza.*)

¡Ya llegó la Nodriza de mi alma,
tan rápida, tan joven y tan linda!

NODRIZA:

¡Qué dolor en los huesos! ¡Qué carrera!
¡Déjame respirar! ¡Estoy rendida!

JULIETA:

¿Qué te pasa, Nodriza, qué te pasa?
¿Porqué esa cara tienes tan sombría?
Dame ya las noticias sin tardanza,
aunque sean puñaladas las noticias.

NODRIZA:

Espérate un momento. Estoy cansada,
me duele horriblemente la barriga.
Me tropecé con el doctor Mauriello
y estuvo a punto de caerme encima.

JULIETA:

Viejita, por favor, no me tortures,
responde mis preguntas enseguida:
¿Viste a Romeo o no viste a Romeo?

NODRIZA:

Lo vi y me pareció una maravilla.
¡No existe en el Copei nada más bello.
Ni Aguilar, ni Beaujón, ni Pérez Díaz!

JULIETA:

Eso ya lo sabía. Pero cuéntame
qué te dijo Romeo, ¡no seas bicha!

NODRIZA:

¡Señor, cómo me duele la cabeza
y el corazón también, Virgen Santísima!

JULIETA:

O me das las noticias de mi novio
o te voy a partir la siquitrilla.

NODRIZA:

¿En dónde está tu madre? Quiero verla,
a ver si me regala una aspirina.

JULIETA:

Dime lo que te dijo mi Romeo,
te lo pido, Nodriza, de rodillas.

(Se arrodilla.)

NODRIZA:

Lo encontré derritiéndose de amor,
vuelto una verdadera mantequilla.
Ya compró los anillos de la boda
y ya habló con un padre jesuita
llamado Fray Lorenzo Errandonea,
que va a casarlos esta tarde misma.
¡Corre, niña, a la iglesia, que te esperan
el cura y los anillos, date prisa,
Yo aquí me quedaré prudentemente
buscando una escalera clandestina
para que tu Romeo suba al cielo
y te enseñe a bailar «La Cumparsita».

JULIETA *(levantándose)*:

Corro al encuentro del amor divino
y del amor pagano. ¡Adiós, Nodriza!
El amor es un pájaro señero
cuyo vuelo nupcial nos da la dicha.

(Sale.)

ESCENA X

Celda de Fray Lorenzo

(*Entran Fray Lorenzo y Romeo.*)

FRAY LORENZO:

Cada vez que yo caso a dos cristianos
el alma se me arruga de amargura,
pues no sé si es ventura o desventura
lo que estoy bendiciendo con mis manos.

ROMEO:

Esta vez tus escrúpulos son vanos
y es vana tu traviesa punzadura:
cuando el amor se riega con ternura
sólo cuaja el amor frutos lozanos.

FRAY LORENZO:

Cuando el amor se toma con violencia
pierde lo más hermoso de su esencia
y no es amor, sino corcel brioso.
Apacigua tus ímpetus, Romeo,
y no olvides jamás que el himeneo,
mientras más poco a poco, es más sabroso.

(*Entra Julieta.*)

JULIETA (*a Fray Lorenzo*):

Buenas tardes, mi padre confesor.

(*A Romeo.*)

Buenas tardes a ti, mi dulce amor.

ROMEO (*apasionadamente*):

Cuando tu voz desde tus labios vuela
y tu aliento perfuma al lado mío,
el pecho se me llena de candela
y la sangre me corre como un río.

JULIETA (*apasionadamente*):

Cuando mis fibras tu presencia agita
y veo brillar tus ojos tan cercanos,
mi corazón es una tortolita
que quisiera morirse entre tus manos.

FRAY LORENZO:

Mi experiencia en los riesgos de este mundo
me obliga en este caso a ser prudente;
yo no los dejo solos un segundo
sin haberlos casado previamente.

(Los casa en un ángulo de la escena. Salen Romeo y Julieta de brazos, con Fray Lorenzo en pos de ellos, a los acordes de la Marcha Nupcial.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Una plaza pública de Verona

(*Entran Benvolio, Mercucio y varios copartidarios.*)

BENVOLIO:

Vámonos de aquí prudentemente, amigo Mercucio. Los adecos andan sueltos celebrando su victoria en las elecciones del sindicato de la construcción. Si nos encontramos con ellos va a haber jaleo, porque tú estás amanecido y paloteado y en los ojos te brillan las ganas de buscar pleito.

MERCUCIO (*con unos tragos de más*):

Y a mí qué me importan los adecos y sus triunfos sindicaleros. Aunque, para serte franco, tampoco se me importan un pito los copeyanos. Yo ando con vosotros porque estudiamos juntos en el San Ignacio y porque soy amigo personal de Romeo. Pero a la hora de pensar, ni pienso blanco ni pienso verde.

BENVOLIO:

No hables paja, Mercucio, ni me busques camorra a mí cuando los efluvios del añejo te inciten a buscar camorra.

MERCUCIO:

Tampoco creo en tu equilibrio. Tú eres uno de

esos que van por el mundo predicando caridad cristiana con un garrote escondido bajo las alas de ángel, dispuestos a romperle la crisma al prójimo que dicen amar como a sí mismos.

BENVOLIO:

¿Eso piensas de mí?

MERCUCIO:

Exactamente. Me pareces un león afeitado, un pichón de cocodrilo. De haber tenido un hermano morocho, no habría nacido ninguno de los dos, porque se hubieran caído a piñazos antes del parto a a ver quién salía primero. ¿Y eres tú quien pretende aconsejarme que evite las peleas?

BENVOLIO:

Ahí vienen los adecos, buen Mercucio.

MERCUCIO:

Me tienen sin cuidado, buen Benvolio.

(*Entran Teobaldo y sus copartidarios.*)

TEOBALDO (*a sus amigos*):

Acompañadme que quiero hablar con ellos. (*A Mercucio y a Benvolio.*) Buenos días, señores. Quisiera cambiar unas palabritas con alguno de vosotros.

MERCUCIO:

¿Nada más que unas palabritas? ¿Por qué no cambiamos también unos carajazitos?

TEOBALDO:

También se puede, si nos dais el motivo y la ocasión.

MERCUCIO:

¿Y no podéis inventar el motivo sin que os lo demos?

TEOBALDO:

Mercucio, tú estás medio borracho. O te ha mandado el Copeyano Máximo a provocarnos.

MERCUCIO:

Nada de eso, Teobaldo. Lo que pasa es que, cuando yo veo a un tipo con pinta de matón, me provoca darle una serenata. (*Le tira una trompetilla.*)

(*Teobaldo hace ademán de írsele encima. Sus compañeros lo contienen mientras Benvolio contiene a Mercucio.*)

BENVOLIO:

Estamos en una plaza pública, señores. Somos militantes de los dos únicos partidos políticos serios que existen en este país y no podemos dar este espectáculo. Busquemos un lugar más reservado para discutir nuestros problemas y nuestras divergencias. Mucha gente nos está mirando.

MERCUCIO:

Que nos miren. Para eso le pusieron los ojos en la cara y no en otra parte. Yo no me muevo de aquí ni con grúa.

(*Entra Romeo.*)

TEOBALDO:

No me interesa pelear contigo, Mercucio.
(*Mirando a Romeo.*)
Mi objetivo es otro.
(*Se dirige a Romeo.*)
Romeo, en testimonio de mi aprecio
y del profundo afecto que te guardo,
quiero decirte hoy, públicamente,
que eres un sinvergüenza y un villano.

ROMEO:

Existe una razón del corazón
para que no me ofendan tus agravios,
para que si me llamas enemigo
yo me desviva por llamarte hermano.

TEOBALDO:

Yo no he venido aquí a escuchar piropos,
sino a romperte el alma a cabillazos.

ROMEO:

Te juro que yo nunca te he ofendido,
que no te miro ya como adversario,
que he empezado a querer a los adecos
como si fueran de mi propio bando.
Te sentirás, Teobaldo, satisfecho
cuando sepas la causa de mi cambio.

MERCUCIO:

La verdad, Santo Dios, es que no entiendo
por qué a Romeo se le enfría el guarapo
y en vez de hacerle frente como debe
le sale con pantallas a este vándalo.

(*A Teobaldo.*)

Te voy a hacer tragar sin vaselina
las groseras palabras que has lanzado,
Teobaldo cazarratas, mataperros.
¡Sal para el medio si te crees tan macho!

TEOBALDO:

Ya que te empeñas, infeliz Mercucio,
te tendré que aplastar como un batracio.

(*Comienza la pelea. Romeo trata de separarlos sin lograrlo. Al principio Mercucio payasea sin tomar el asunto totalmente en serio.*)
(*Sigue la batalla y se agrava cuando ambos desenvainan armas blancas.*)

ROMEO:

¿Cómo es posible que dos caballeros,
dos estudiantes universitarios,
quieran descuartizarse con dos chuzos
como hacen en la cárcel los malandros?
¡Entrégame ese fierro, buen Mercucio!
¡Dame esa picoeloro, buen Teobaldo!

(*Mercucio y Teobaldo se siguen lanzando cuchilladas. Romeo, tratando de separarlos, obstaculiza involuntariamente los movimientos de Mercucio y ello permite que Teobaldo lo hiera. Al ver a Mercucio tambaleando y sangrante, Teobaldo y sus compañeros escapan del lugar.*)

MERCUCIO:

¡Estoy mal herido, coño! ¡Malditos sean los adecos
y los copeyanos!

BENVOLIO:

¿Cómo va a ser? ¿Estás herido? Debe ser un rasguño.

MERCUCIO:

Un rasguño que de milagro no me sacó las tripas. Déjate de hablar pendejadas y corre a llamar un cirujano.

ROMEO:

Valor, hermano. Tiene razón Benvolio, debe ser una herida sin importancia.

MERCUCIO:

Sí, sin importancia. Una media estocada en todo lo alto de esas que tumban al toro sin puntilla. Preguntad por mí mañana en mi casa y contestarán: «El señor Mercucio ya no vive aquí; se mudó al camposanto». Y todo por culpa de vuestros dos partidos, que en el fondo son la misma cosa, aunque vosotros montéis el show de aparentar que no lo son. Muchos ataques en los periódicos, muchas polémicas en el congreso, muchos abrazos en los cocteles y el que se jode soy yo, Mercucio, que no tenga vela en vuestro entierro. Romeo, ¿por qué diablos me agarraste la mano?

ROMEO:

Lo hice para detener la pelea, con la mejor intención...

MERCUCIO (*moribundo*):

Mañana mismo comenzarán a darse banquete con-

migo los gusanos. ¡Malditos sean vuestros dos partidos! Tráiganme un cura que sea también cirujano para que primero me opere y después me confiese. «Yo pecador. El pecado más grave que he cometido es haberme dejado matar por un sistema en el cual nunca he creído». Adiós cuerpo de Mercucio, huesos de Mercucio, corazón de Mercucio... les dice mi alma que se va... (*Muere.*)

ROMEO (*llorando sobre el cadáver*):

Mercucio, mi mejor amigo, ha muerto,
ha muerto por valiente y por hidalgo,
defendiendo mi honor escarnecido
por la lengua insolente de Teobaldo.
Pero Teobaldo es primo de Julieta
y yo ayer con Julieta me he casado,
convirtiendo a Teobaldo en primo mío,
y por eso no pude cachetearlo,
así quedara yo como un gallina
a los ojos de propios y de extraños.
¡Oh, mi dulce Julieta, tus hechizos
mi temple de varón han ablandado!

BENVOLIO:

Allí viene Teobaldo nuevamente,
más fanfarrón que nunca y más sectario.

(*Entra Teobaldo.*)

ROMEO:

¡Mercucio muerto y tú triunfante y vivo!
Tan terrible injusticia no la aguanto.
Mi clemencia de ayer vuélvese furia
ante el cadáver del amigo franco.

He de vengar su muerte con la tuya
y te escupo la cara mientras tanto.

(*Le escupe la cara y sale. Teobaldo se limpia la saliva con un pañuelo y saca rabiosamente la navaja. Romeo vuelve de prisa con una pistola de gran potencia.*)

TEOBALDO:

Vas a ir al infierno con tu amigo,
ya que te empeñas en acompañarlo
y es el infierno el adecuado sitio
donde deben estar los pobres diablos.

(*Teobaldo avanza con la navaja y Romeo le hace el primer disparo. Teobaldo intenta escapar y Romeo sigue disparando hasta que lo mata. Romeo queda inmóvil, atónito con la pistola en la mano.*)

BENVOLIO:

Huye, Romeo, lárgate de aquí
antes de que te agarren como un gafo.

ROMEO:

¡Oh, Señor, soy juguete del destino!

BENVOLIO:

¡Al destino, Romeo, hay que ayudarlo!

(*Sale Romeo, empujado suavemente por Benvolio. Van entrando en desorden varios ciudadanos, junto con el Copeyano y el Adeco Máximo, sus esposas y los jerarcas del sistema.*)

JERARCA 1.°:

¿Por dónde ha ido el que mató a Mercucio,
dónde se esconde el que mató a Teobaldo,
dónde están los infames que a Verona
otra vez con el crimen han manchado?

BENVOLIO:

Teobaldo fue el culpable porque vino
con intención perversa a provocarnos,
porque fue él quien injurió a Romeo,
y a Mercucio tumbó de un navajazo.

ADECO MÁXIMO:

Os demando, señor, que no deis fe
a un testimonio tan parcializado.
Si fue Teobaldo quien hirió a Mercucio,
ya Teobaldo murió sin ser juzgado,
en tanto que Romeo sigue libre
después de cometer asesinato,
delito que las leyes de Verona
castigan con la cárcel por veinte años.
¡Veinte años pido en nombre de la Ley
para el malvado que mató a Teobaldo!

JERARCA 1.°:

Veinte años se merece, no lo dudo,
mas quiero en este caso ser magnánimo,
ya que Romeo es noble por herencia
y no un plebeyo como el Chino Cano.
¡A destierro perpetuo lo condeno!
Que arregle sus papeles ipso facto
y, si quiere estar cerca de Verona,
que se vaya a vivir a Curazao.

(Murmullos de asombro y aprobación acogen la sentencia. Van saliendo todos. Algunos cargan los cadáveres de Mercucio y Teobaldo. Música adecuada.)

ESCENA II
Celda de Fray Lorenzo

(Romeo medita sentado en una silla conventual. Entra lentamente Fray Lorenzo.)

FRAY LORENZO:

La verdad, hijo, es que no pegas una,
que contigo se ensaña la desgracia,
que te debes bañar con cariaquito
para ver si te curas esa pava.

ROMEO:

¿Qué noticias hay, padre? ¿Qué sentencia
en mi contra dictó el Primer Jerarca?
¿Qué nuevo sufrimiento misterioso
me anda buscando para darme caza?

FRAY LORENZO:

Hijo mío, te traigo el contenido
de la sentencia que te fue dictada:
es al destierro que se te condena
y no a la cárcel como tú esperabas.

ROMEO:

No nombres el destierro, Fray Lorenzo,
porque me estruja el alma esa palabra.

Yo prefiero la cárcel o la muerte
a vivir suspirando en tierra extraña.

FRAY LORENZO:

Estarás desterrado de Verona,
pero no olvides que la tierra es ancha...

ROMEO:

Fuera de las murallas de Verona
el mundo es una sola sombra larga.
Y la vida que dicen que se vive
cuando se vive fuera de la patria
es como el aleteo de los cuervos
o como el deambular de los fantasmas.

FRAY LORENZO:

¡Qué ingratitud la tuya! Te cambiaron
por exilio la cárcel inhumana,
y en vez de agradecer favor tan grande
denigras de la mano que te salva.

ROMEO:

Porque no es salvación, sino suplicio,
vivir privado de lo que se ama.
Cantarán por Julieta en su jardín
el ruiseñor, el mirlo y la calandria,
mientras Romeo desde su retiro
sólo podrá ensalzarla con sus lágrimas.
Hasta las moscas y los ratoncillos
tendrán el privilegio de mirarla,
mientras Romeo, ciego de no verla,
entintará de noche sus mañanas.

¿Y aún dices que el destierro no es la muerte,
que no es oscura cárcel para el alma?

FRAY LORENZO:

Voy a darte un antídoto infalible
que no podrás comprar en la farmacia,
y ese remedio es la filosofía,
hermana primordial de la esperanza.

ROMEO:

Pues tu filosofía nada vale
frente a la adversidad que me desgarra.
Si tú fueras tan joven como yo
y el amor de Julieta disfrutaras,
y después de obtenerla en matrimonio
a su primo Teobaldo asesinaras,
y amando su presencia con delirio
te vieras condenado a abandonarla,
entonces sí podrías como yo
mesarte los cabellos con insania
y arrojarte a la tierra como yo
en busca de una tumba anticipada.

(*Se arroja al suelo. En ese momento tocan a la puerta.*)

FRAY LORENZO:

¡Levántate! Están tocando. ¡Escóndete, Romeo!

ROMEO:

Que vengan, ¡qué me importa! Yo soy un condenado al destierro o condenado al infierno, que es lo mismo. ¿Qué otra cosa peor que el infierno puede sucederle a un ser humano? (*Vuelven a tocar.*)

FRAY LORENZO:

¿No oyes cómo están tumbando la puerta? Seguramente que vienen a ponerte preso. (*Gritando.*) ¡Un momento, ya voy! (*A Romeo.*) ¡Álzate tú del suelo! (*Vuelven a tocar.*) (*Gritando.*) ¿Qué pasa? Estáis locos? ¡Ya voy, ya voy!

NODRIZA (*desde afuera*):

Permitidme que pase y os diré lo que quiero. Vengo de parte de mi señora Julieta.

FRAY LORENZO (*corriendo a abrirle*):

Entonces, bienvenida seas.

NODRIZA (*entrando*):

¡Santo fraile, santo fraile! ¿Dónde está el esposo de mi señora? ¿Dónde está Romeo?

FRAY LORENZO:

Allí, tirado en el suelo y borracho con el agua de sus propias lágrimas.

NODRIZA:

Igualito que mi señora Julieta. Llorando y sollozando. Sollozando y llorando. (*A Romeo.*) Párate, Romeíto, por favor. Pórtate como un hombre. Hazlo por mi señora, por el amor de Julieta.

(*Romeo se levanta.*)

ROMEO:

¡Nodriza! ¿A Julieta nombraste? ¿Cómo está? ¿Me considera un perverso asesino que acaba de man-

char las calles de Verona con la sangre de su familia? ¿Dónde está? ¿Qué dice mi perdida esposa de nuestro perdido matrimonio, de nuestra desdichada felicidad?

NODRIZA:

No dice nada, señor, sino llora y llora. Cae en su cama y llora por Teobaldo, vuelve a caer y llora por Romeo, y así sucesivamente. (*Imitando el llanto de Julieta.*) ¡Romeo! ¡Romeo!

ROMEO:

Ese nombre, Romeo, sólo le ha traído muerte, lágrimas y desdichas. He comenzado a odiar ese nombre, Romeo, porque a Julieta le hace tanto sufrir. Díme, Fray Lorenzo, en qué parte de mi cuerpo está situado ese nombre, Romeo, que quiero exterminarlo.

(*Descuelga una escopeta de cacería que el fraile tiene en la pared e intenta apuntarse con ella.*)

FRAY LORENZO (*arrebatándole el arma*):

Déjate de locuras. ¿Eres un hombre completo o una mujerzuela desquiciada por las telenovelas? ¿O eres una fiera enjaulada que da cabezazos contra los barrotes? Primero mataste a Teobaldo y ahora quieres matarte tú, con lo cual matarías a Julieta por carambola, ya que no podría vivir sin ti. Ya te dije que debías aplicar la filosofía.

ROMEO:

¿Cuál filosofía? ¿La aristotélica o la cristiana?

FRAY LORENZO:

No me interrumpas con necedades. La filosofía es una sola sabiduría que cambia de lenguaje según las circunstancias. Y que en este caso te aconseja ir a ver a tu amada, escalar el balcón aprovechando el sueño pesado de tus suegros, consolar a la niña de acuerdo con tus posibilidades, irte luego al destierro a esperar que se reconcilien como siempre los adecos y los copeyanos, y regresar a disfrutar de tu matrimonio cuando haya pasado el temporal. ¿No te parece eso mejor que volarte la tapa de los sesos con una escopeta de cazar conejos?

NODRIZA:

¡Así se habla, padre, así se habla! ¡Lo que es la instrucción! Me quedaría toda la noche escuchándolo. (*A Romeo.*) Bien, señor mío, le diré a mi señora que vendréis. Tomad esta sortija que me entregó para vos. (*Le da una sortija.*) Daos prisa, que ya es bastante tarde. (*Sale.*)

ROMEO:

Es como si volviera a mí la vida
saber que el fuego de su amor me aguarda.

FRAY LORENZO:

Márchate ya, que es casi media noche
y tú debes partir antes del alba.
Sal de Verona cuando salga el sol
y vete a Curazao o a Jamaica.
Yo sin cesar te mandaré noticias
por medio de un piloto de la Viasa

Pero dame la mano y ¡buenas noches!,
que Julieta te espera apasionada;
empátate con ella tiernamente
y no olvides quitarte la piyama.

ROMEO:

¡Oh, padre!, si no fuera que la dicha
con su campana de cristal me llama,
me quedaría a tu lado para siempre
disfrutando el sabor de tus palabras.

(*Sale. Fray Lorenzo lo bendice.*)

ESCENA III
Una sala en la casa del Adeco Máximo

(*El Adeco Máximo, la Adeca Máxima y el Doctor París sentados en tres sillas.*)

ADECO MÁXIMO:

Han ocurrido cosas tan horribles en estos días, mi querido doctor París, que no hemos encontrado la ocasión de plantearle el asunto a nuestra hija. Ella le tenía un afecto entrañable a su primo Teobaldo, que acaba de morir como vos sabéis. Todos queríamos a Teobaldo, ¡tan dulce y tan bueno! Pero, en fin, nadie se salva de morir a su hora. Ya se ve que Julieta no va a bajar esta noche de su cuarto. Es ya muy tarde y, de no ser por el placer de vuestra compañía, hace rato que yo también estaría en la cama.

DR. PARÍS (*levantándose de su silla*):

Es tardísimo, verdad, no me había fijado. Comprendo que sería indelicado hablarle a Julieta de matrimonio en esta hora de luto. Pero, como a mí no se me ha muerto ningún primo, al no más oír el nombre de Julieta el corazón me hace tuqui-tuqui.

ADECA MÁXIMA (*levantándose de su silla*):

¿Cómo es que le hace?

DR. PARÍS:

Tuqui-tuqui, tuqui-tuqui. Bonito, ¿verdad?

ADECO MÁXIMO (*levantándose de su silla*):

Muy bonito. ¿Y tenéis mucha prisa en casaros?

DR. PARÍS:

Prisa no es palabra. Muéranse, que ya tengo separada la góndola en Venecia para la luna de miel, y me compré una docena de calzoncillos de tafetán, y ya me hice los pies con el doctor Scholtz. Sólo me falta el sí de Julieta. Estoy que me salgo del aparato.

ADECA MÁXIMA:

Pues esta misma noche iré a su cuarto a despertarla y le hablaré de vuestra impaciencia. Mañana mismo tendréis su respuesta.

ADECO MÁXIMO:

Que será afirmativa, sin duda alguna, doctor París. ¿Qué mujer en Verona no está chinga de casarse

con vos, con esa percha londinense que os gastáis, y esos escudos nobles en el National City Bank, y esa carroza Mercedes Benz y ese castillo medieval en Valle Arriba?

DR. PARÍS:

Me ruborizáis con vuestros elogios, señor. Lo chévere es que yo deseo casarme con Julieta lo más pronto posible. Por ejemplo el miércoles, que es mi día favorito porque es esdrújulo.

ADECA MÁXIMA:

Pero si hoy es lunes, doctor París. El miércoles es demasiado pronto. Podríamos dejarlo para el sábado, que también es esdrújulo.

DR. PARÍS:

¿El sábado es esdrújulo? ¡Qué emoción! Yo no me había fijado.

ADECO MÁXIMO:

Entonces puede ser el sábado. Un matrimonio en familia, sin ninguna pompa, vos comprendéis. ¡Está tan reciente la muerte de Teobaldo y nos sentimos tan acongojados! Apenas invitaremos a dos o tres parientes y a los amigos más íntimos. Una docena de amigos y nadie más. ¿Estáis de acuerdo, doctor París, en que sea el sábado?

DR. PARÍS:

Sólo quisiera que mañana mismo fuera sábado para sellar mi cuadrito y casarme con Julieta.

ADECO MÁXIMO:

Os casaréis, doctor París, os casaréis. Ahora podéis retiraros, que está casi amaneciendo. Y tú, esposa mía, anda a ver a Julieta en su lecho y despiértala con la noticia de su casamiento. Va a bailar en una pata de alegría, estoy seguro de ello. Buenas noches, doctor París. Ya es tan tarde, tan tarde, que dentro de media hora será temprano.

DR. PARÍS:

Buenas noches, señor. (*A la Adeca Máxima.*) Buenas noches, señora. No sabéis como me hormiguea en el cuerpo el deseo de comenzar a llamaros «mamy».

ADECA MÁXIMA:

Era lo que me faltaba.

DR. PARÍS:

¿Cómo?

ADECA MÁXIMA:

Era lo que me faltaba para ser feliz.

(*Salen.*)

ESCENA IV
Balcón de Julieta

(*Entran Julieta y Romeo. Se oye el trino de un pájaro.*)

JULIETA:

¿Ya quieres irte cuando todavía

no ha empezado a nacer la flor del día
y aún canta entre la sombra el ruiseñor?
Ese trino que te ha sobresaltado
fue el ruiseñor que encima del granado
desgrana himnos para nuestro amor.

ROMEO:

Fue la alondra anunciando la mañana.
Mira la luz que de la noche mana
cuando la aurora inicia su esplendor.
Si aquí me quedo perderé la vida,
pero si tú lo quieres, bienvenida
la muerte como un vino embriagador.

JULIETA:

Tienes razón, amado, ya es de día,
ya la alondra destrenza su armonía
y me lastima el alma su canción.
Huye enseguida, amor, que ya afanada
clarea entre las rosas la alborada
y su luz me oscurece el corazón.

NODRIZA (*desde el interior*):

¡Señora!

JULIETA:

¡Nodriza! ¿Qué pasa?

NODRIZA:

Vuestra señora madre viene subiendo las escaleras y se dirige a vuestro cuarto. ¡Y ya está saliendo el sol! ¡Mucho cuidado! El señor Romeo debe irse enseguida. ¡Pronto!

JULIETA:

Por el mismo balcón entrará la luz del día, y se me irá la vida.

(*Se besan Romeo y Julieta.*)

JULIETA:

Adiós, mi dueño, mi amor, mi mundo entero. Necesitaré saber de ti cada día. Cada minuto sin ti será igual que un siglo. Seré una anciana de muchos siglos cuando vuelva a verte.

ROMEO (*comenzando a bajar la escala*):

Adiós, adiós. No dejaré escapar una sola ocasión de enviarte mis recuerdos. Adiós.

(*Romeo continúa bajando la escalera.*)

JULIETA:

Adiós, te digo, amor, y más te digo,
pues si te digo adiós te digo muerte,
porque es como la muerte no tenerte,
como es resucitar estar contigo.
Adiós te digo, amor, y no consigo
resignarme al destino de no verte,
porque sin ti la sangre es linfa inerte
y la respiración es un castigo.

ROMEO:

Adiós, amor, te digo tiernamente,
y la palabra adiós es un reniego
que tiene cinco letras como fuego
y quema como el fuego más ardiente.
Adiós, amor, mi corazón ausente

palpitará en mi pecho sin sosiego
y vagará como un caballo ciego
buscando la querencia de tu frente.

(*Romeo se aleja haciendo señas de despedida. Julieta aletea un pañuelo desde el balcón. Música adecuada.*)

ESCENA V
Habitación de Julieta

(*Julieta de pie junto al balcón.*)

ADECA MÁXIMA (*desde el interior*):

Julieta, ábreme la puerta. Tengo que hablar contigo inmediatamente.

JULIETA:

Mi señora madre levantada tan temprano. Debe haber sucedido un cataclismo.

ADECA MÁXIMA:

Julieta, niña. ¿no te has acostado todavía? ¿Qué te pasa?

JULIETA:

No me encuentro bien, madre. Me siento tan cansada como si hubiera pasado toda la noche haciendo el amor.

ADECA MÁXIMA:

¡Ave María Purísima! No digas disparates, que tú no te imaginas lo que cansa eso.

(*Julieta llora un poquito.*)

ADECA MÁXIMA:

¿Sigues llorando por la muerte de tu primo Teobaldo? No creas que lo vas a sacar de la tumba con tus lágrimas.

JULIETA (*mirando hacia el balcón*):

Una tiene derecho a llorar lo que ha perdido.

ADECA MÁXIMA:

Ninguna cosa perdida se recupera con el llanto.

JULIETA:

No se recupera con el llanto pero se reconstruye con el recuerdo.

ADECA MÁXIMA:

Comprendo tus sentimientos, hija mía. No lloras solamente por la muerte de Teobaldo, sino porque todavía está vivo el monstruo que lo asesinó.

JULIETA:

¿Qué monstruo?

ADECA MÁXIMA:

Ese monstruo de Romeo que permanece sin castigo.

JULIETA:

Así es, madre mía. Lloro porque Romeo vive lejos y fuera del alcance de mis manos. De mis manos que quisieran vengar en su cuerpo la muerte de mi

primo y muchas cosas más. Castigarlo poquito a poco con mis dedos, morderlo poquito a poco con mis dientes, eso es lo que deseo. Nunca quedaré satisfecha de Romeo hasta que no lo vea tendido junto a mí. Cuanto sufre mi corazón al escuchar su nombre y no poder acercarme a donde él está para vengarme del amor que yo sentía por Teobaldo en la carne de aquel que a Teobaldo le quitó la vida.

ADECA MÁXIMA:

Basta ya de lamentaciones y de planear venganzas. Mira que te traigo las noticias más alegres que puedas suponer.

JULIETA (*displicente*):

¿Noticias alegres?

ADECA MÁXIMA:

Alegrísimas. Tienes el padre más maravilloso del mundo, hija mía, y resulta que para sacarte de tu tristeza ese padre ejemplar ha descubierto la manera de proporcionarte la felicidad. A mí me dejó estupefacta su programa. Y a ti te va a fascinar.

JULIETA:

Me contenta mucho, mami. ¿Y de qué se trata?

ADECA MÁXIMA:

Pues se trata nada menos que de tu boda. ¡Desmáyate de emoción! El próximo sábado a las seis de la tarde, en la iglesia del Rosal, el padre Heredia bendecirá tus nupcias con el doctor Froilán

París, el más noble y galante caballero de Verona, el hombre mejor vestido de los países bolivarianos, la envidia de todos los playboys, el vellocino de oro de todas las muchachas casaderas del país. ¿No te haces pipí de dicha? ¿Qué te parece?

JULIETA:

Pues me parece que el padre Heredia se va a quedar con los anillos fríos. Ese doctor París ni siquiera me ha dicho «qué ojos tan lindos tienes». Y si me lo hubiera dicho, le saco la lengua. Porque ese «noble y galante caballero de Verona» a mí me parece un renacuajo...

ADECA MÁXIMA:

¡Oh!

JULIETA:

Un renacuajo, señora madre, y un perfecto cretino. Te suplico le digas a mi padre que no pienso casarme por el momento y que, si lo pensara, preferiría casarme con Romeo...

ADECA MÁXIMA:

¡Oh!

JULIETA:

Con Romeo, a quien estoy obligada a odiar por la muerte de Teobaldo, que con esa rata de albañal que él ha escogido para marido mío. ¿Y eran ésas las noticias alegres que ibas a darme?

ADECA MÁXIMA:

Aquí llega tu padre. Dile tú misma lo que pretendías que yo le dijera y ya verás la que se va a armar.

(*Entran el Adeco Máximo y la Nodriza.*)

ADECO MÁXIMO:

¿Todavía lloras, muchacha? ¿Te has convertido en una regadera? ¿O en un mar con flujo y reflujo de lágrimas, vendaval de suspiros, islotes de pucheros y arrecifes de mocos? (*A la Adeca Máxima.*) Esposa mía, ¿ya le comunicaste nuestra determinación?

ADECA MÁXIMA:

Sí, señor mío, y me respondió que muchas gracias, que no acepta, que prefiere una tumba fría a un matrimonio caliente.

ADECO MÁXIMO:

¿Cómo es la vaina, esposa mía? ¿La niña no quiere casarse? ¿No se derrite de agradecimiento? ¿No se da cuenta de que es un honor para nuestra familia? ¿No comprende que ese noble caballero le queda grande a ella?

JULIETA:

Lo agradezco, comprendo que es un honor para mí, pero declino ese honor que agradezco, tal como no declinaría sino aceptaría lo que odio, si ese odio fuera fruto del amor.

ADECO MÁXIMO:

No entiendo una palabra de lo que dices. No agradezcas agradecimientos, ni honres honores, ni hables pendejadas, sino prepara tus piernas y todo lo demás para que el sábado próximo te cases con el doctor París en la iglesia del Rosal. Y si no quieres ir por tus propias paticas, te llevaré a rastras. ¡Fuera de mi presencia, cucaracha inmunda, cara de culo!

ADECA MÁXIMA:

¡Cállate, por favor! ¿Te has vuelto loco?

JULIETA:

Padre mío, os lo pido de rodillas. Escuchadme dos palabras nada más.

ADECO MÁXIMO:

¡Ni una sílaba! ¡No te tolero que me respondas! ¡Cuélgate de una viga, tírate de un pent house, tómate un veneno, pero no intentes hablarme! Oye bien lo que te digo: o vas a la iglesia el sábado a casarte, o no me volverás a ver la cara. Las manos me tiemblan de furia y de las ganas de arrearte dos nalgadas. (*A la Adeca Máxima.*) Esposa mía, nosotros que nos creíamos felices porque teníamos una hija única y adorada, y ahora nos resulta esta maldición. (*A Julieta.*) ¡Fuera de aquí, putica insurrecta!

NODRIZA:

Señor mío, por favor, no le digáis palabras tan duras y tan injustas.

ADECO MÁXIMO:

¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro, anciana entrometida? Anda a chismear con tus iguales y no metas tu cochina nariz en lo que no te importa, vieja de mierda. (*La amenaza con un puñetazo. La Nodriza retrocede aterrada.*)

ADECA MÁXIMA:

No te acalores tanto. Te va a dar un soponcio, te va a volver la puntada, ten cuidado, mi amor, no te sofoques.

ADECO MÁXIMO:

Si es para volverse loco. He pasado toda la vida trabajando para ella, educándola en los mejores cole gios, vistiéndola en las mejores boutiques, aconsejándola día y noche, preparándola para un buen matrimonio, y ahora, cuando le he conseguido un príncipe henchido de bellas prendas, el joven más rico y más pepeado de toda Verona, esta muñeca necia y pretenciosa desdeña la fortuna que le sonríe para responder: «Yo no quiero casarme», «yo no puedo enamorarme», «yo estoy muy joven para esa cosa», «os ruego que me perdonen». ¿Que la perdonen? ¡Patadas en el trasero será mi perdón si se resiste a casarse! Que se vaya a rumiar a otro pesebre, pero lo que es en esta casa no volverá a poner los pies. (*A Julieta.*) ¡Óyelo bien, piénsalo bien, carajita insolente! El sábado está muy cerca; si eres una hija obediente, te casarás con mi amigo, el doctor París. Pero si no lo haces, aunque te tiren piedras, aunque pidas limosna, aunque te mueras de hambre por las calles, no te reconoceré más nunca

como mi hija. Piénsalo bien, Julieta. Ésa es mi última palabra y no me echaré atrás ni un milímetro. ¡Carajo! (*Sale.*)

JULIETA:

Oh, madre mía, por el amor de Dios, no me boten de esta casa. Os suplico que aplacen ese matrimonio por un mes, por una semana. Porque, si me obligan a casarme, mi lecho nupcial no será una cama de matrimonio, sino una tumba como aquella en que yace el cadáver de Teobaldo.

ADECA MÁXIMA:

A mí no me metas en tus líos. Tu padre está furioso y yo no le diré una palabra. Ni pienses que voy a arriesgar mi matrimonio por impedir el tuyo. Este asunto se ha terminado. Haz lo que quieras. (*Sale.*)

JULIETA:

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Nodriza! Consuélame, aconséjame. Tengo un esposo vivo a quien adoro y me quieren imponer otro a quien no quiero. ¿No tienes una palabra de alegría para mi desolación? ¿Una palabrita de consuelo para tu niña desdichada? Ayúdame, Nodriza.

NODRIZA:

¿Cómo quieres que te ayude si yo me estoy muriendo de miedo? Ese padre tuyo está vuelto un Atila, un Calígula, un Pinochet. Tal vez sería más prudente que te casaras con el doctor París. A fin de cuentas, nadie sabe que estás casada con Romeo,

salvo el propio Romeo, que es un caballero y no le va a decir nada a nadie. Y ese doctor París tiene unos ojos verdes tan bonitos y un carro deportivo que es un sueño...

JULIETA:

¿Tú también, Nodriza?

NODRIZA:

A Romeo no lo volverás a ver más nunca. Para el caso es como si estuvieras viuda.

JULIETA:

Amén.

NODRIZA:

¿Qué?

JULIETA:

Que aprecio mucho tu consejo y lo voy a seguir al pie de la letra. Anda a ver a mi madre y dile que he salido a confesarme con Fray Lorenzo para que me absuelva del pecado de desobediencia que he cometido.

NODRIZA:

Iré inmediatamente. Veo que has entrado en razón. No había otra salida, niña mía. (*Sale.*)

JULIETA:

También mi vieja Nodriza me ha fallado. La pobre tiene miedo, mucho miedo, y el único consejo que

puede dar el miedo es la claudicación. Sólo me queda Fray Lorenzo. Iré a buscar al monje y, si él también se raja, yo misma tendré valor y fuerza para arrancarme la vida antes que dársela a otro que no sea Romeo. (*Sale.*)

ESCENA VI
Celda de Fray Lorenzo

(*Entran Fray Lorenzo y el doctor París.*)

FRAY LORENZO:

¿El sábado, señor? Falta muy poco.

DR. PARÍS:

Fue mi suegro y no yo quien lo ha fijado,
y no que falta poco me parece
sino que falta un siglo para el sábado.

FRAY LORENZO:

¿Y la novia lo ignora todavía?
Es un procedimiento bien extraño.

DR. PARÍS:

Ella pasa sus días y sus noches
gimiendo por la muerte de Teobaldo,
y mi amor no me arriesgo a declararle
porque puede mojarme con su llanto.
Pero su padre, que es un hombre tierno
y que no quiere verla más llorando,

decidió apresurar su matrimonio
con este muñecote apasionado
que el sábado en la noche va a gozar
más que un chivito en el jardín botánico.

FRAY LORENZO:

¿Y se puede saber por qué motivo
habéis venido a visitar mi rancho?

DR. PARÍS:

Es que me faltan los conocimientos
que en la noche nupcial son necesarios.
Asustar a la novia me preocupa
y por eso he venido a consultaros
si me quito el piyama en su presencia
o salgo desnudito desde el baño.

FRAY LORENZO:

No puedo responder esa pregunta
porque la propia novia está llegando.

(*Entra Julieta.*)

DR. PARÍS:

¡Feliz encuentro, mi querida esposa!

JULIETA:

Me parece que estáis acelerado,
puesto que me llamáis esposa mía
sin haberme tocado ni una mano.

DR. PARÍS:

El sábado, señora, si Dios quiere,
veréis que soy un tigre para el tálamo.

FRAY LORENZO:

¿Vienes a confesarte, niña mía?

JULIETA:

A confesarme vengo, padre santo.

DR. PARÍS:

No olvidéis confesarle que me amáis.

JULIETA:

Confesaré que amo a quien yo amo.

DR. PARÍS:

Entonces le diréis que estáis loquita
por este catirito aerodinámico
que os tiene reservada una sorpresa
de padre y señor mío para el sábado.

JULIETA:

¿Debo volver más tarde, Fray Lorenzo,
o espero que se vaya este urogallo?

FRAY LORENZO:

Tengo que confesarla, caballero.
Os ruego nos dejéis solos un rato.

DR. PARÍS:

Good bye, padre Lorenzo. Chao, Julieta;
que el Señor te perdone tus pecados.
El sábado te haré pecar de nuevo
y recibe un besito mientras tanto.

(*Le lanza un beso volado y sale.*)

JULIETA:

Cierra esa puerta, padre, y acompáñame
a llorar este duro desconsuelo,
a sollozar este dolor porfiado
que me clava sus dientes como un perro.

FRAY LORENZO:

Ya ha llegado, hija mía, a mis oídos
la amarga historia de tus sufrimientos.

JULIETA:

Con el doctor París van a casarme
este sábado mismo sin remedio,
y tú mejor que nadie sabes bien
que yo ya estoy casada con Romeo
y que darle mi mano a otro señor
sería bigamía o adulterio.
Pues bien, vine a decirte, padre mío,
que tan inicua imposición no acepto
y que guardo una daga toledana
oculta entre las rosas de mis senos
que hará correr mi sangre enamorada
desde mi corazón hasta el silencio.

FRAY LORENZO:

Calma, hija mía, porque todavía
una esperanza de salvarte tengo,
una esperanza tan desesperada
que tan sólo esperarla me da miedo.
Mas, ya que has decidido suicidarte
antes que someterte al casamiento,
te ofrezco un simulacro de suicidio
que evite tu suicidio verdadero,

una muerte fingida que te salve
de tanta muerte real que llevas dentro.

JULIETA:

Antes de desposarme con París
dame una copa llena de veneno,
enciérrame en la noche de una tumba
estremecida por crujientes huesos,
cúbreme de serpientes ponzoñosas
que claven sus colmillos en mi pecho,
pero no me permitas que traicione
al esposo que adoro y que venero...

FRAY LORENZO:

Escucha entonces. Vuélvete a tu casa,
simula que estás loca de contento,
dí a todos que tu boda con París
es para ti el más dulce privilegio,
Y el viernes en la noche, cuando estés
sola entre las blancuras de tu lecho,
tómate hasta las heces esta pócima
preparada con hierbas de mi huerto,
con flores de barbasco y de ñongué,
con semillas de tártago y de orégano.

(*Le muestra un frasco.*)

Sentirás que la sangre se te borra
como una llama que apagara el viento,
que cesan los latidos de tu pulso
acallados por ráfagas de hielo.
Y todos por tu muerte llorarán
al ver tu blanca imagen sin aliento;

y siguiendo la usanza del país
como de novia vestirán tu cuerpo;
y con flores de todos los jardines
cubrirán la madera de tu féretro;
y luego entre suspiros y latines
te llevarán cargada al cementerio;
y allí te dejarán serenamente
acostada en la cripta o mausoleo
donde reposa toda tu familia
desde los tiempos de tu bisabuelo.

JULIETA:

¡Con qué tranquilidad me habéis contado
todos los pormenores de mi entierro!

FRAY LORENZO:

Porque despertarás a los dos días
de una muerte que fue tan sólo un sueño.
A los dos días abrirás los ojos
palpitará tu corazón de nuevo,
y junto a tu sepulcro estaré yo
y junto a mí se encontrará Romeo...

JULIETA:

Dame, padre, ese elíxir sin demora
que yo la vida de la muerte espero,
pues la muerte es apenas un camino
tendido hacia la vida que deseo.

FRAY LORENZO (*le entrega el frasco*):

Aquí está y vete pronto. Tu designio
cumple con decisión y con denuedo.

JULIETA:

Dame tu fuerza, amor, y seré fuerte.
¡Que el amor te bendiga, Fray Lorenzo!

(*Sale.*)

ESCENA VII

Sala de la casa de Adeco Máximo

(*Entran el Adeco Máximo, la Adeca Máxima, la Nodriza y tres criados.*)

ADECO MÁXIMO (*al primer criado*):

Aquí está la lista de los invitados. Corre a llamarlos por teléfono, por telégrafo, por televisión, por lo que sea. (*Sale el primer criado.*) (*Al segundo criado.*) Contrata tú veinte cocineros y diez mayordomos, y ordena cincuenta cajas de champaña frapé y un cerro de caviar. ¡Vamos, rápido! (*Sale el segundo criado.*)

ADECA MÁXIMA:

No estamos preparados para esta fiesta en la intimidad de la familia. Nos ha cogido de sorpresa.

ADECO MÁXIMO:

Todos comprenderán que estamos de luto riguroso. (*Al tercer criado.*) Y tú encárgate de los músicos: la Billo, la Tropical Holiday, la Orquesta Sinfónica, todas. (*Sale el tercer criado. A la Adeca Máxima.*) ¿Dónde se habrá metido nuestra hija Julieta?

NODRIZA:

Salió a ver a Fray Lorenzo. A confesarse y a pedirle consejos. A eso fue.

ADECO MÁXIMO:

Espero que ese curita la haga cambiar un poco. Se ha vuelto una carricita alzada y falta de respeto.

NODRIZA:

Allá viene de lo más sonreída.

(*Entra Julieta.*)

ADECO MÁXIMO:

¿Por dónde andabas, cabeza de chorlito?

JULIETA:

Fray Lorenzo me enseñó a arrepentirme del pecado de desobediencia y me ordenó que viniera a pediros perdón de rodillas. ¡Perdón, padre mío! A partir de este instante haré solamente lo que tú me ordenes.

ADECO MÁXIMO:

¡Bravo, bravísimo! Iré a buscar al doctor París para decirle que puede casarse mañana mismo como él quería.

JULIETA (*a la Nodriza*):

Nodriza, acompáñame a mi cuarto. Quiero elegir el traje más hermoso para ponérmelo en la hora más hermosa de mi vida.

ADECA MÁXIMA:

Acompáñala, Nodriza. La boda se celebrará mañana mismo. No hay tiempo que perder.

(*Salen Julieta y la Nodriza.*)

ADECA MÁXIMA:

Nos vamos a ver a vapores para organizar esa fiesta en veinticuatro horas. ¡Qué sofoque!

ADECO MÁXIMO:

No te preocupes. Yo me encargaré de todo. No dormiré en toda la noche si es necesario. Haré las invitaciones, le avisaré al novio, llamaré al padre Heredia, contrataré los mesoneros y las orquestas. No necesito que nadie me ayude. Me siento entusiasmado desde el momento en que esa muchacha díscola entró en razón.

(*Sale.*)

ESCENA VIII
Aposento de Julieta

(*Julieta y la Nodriza. Julieta concluye de probarse un traje.*)

JULIETA:

Sí, Nodriza, este traje es el mejor,
pero te ruego que me dejes sola.
Necesito rezar mis oraciones
y pedirle al Señor misericordia.

NODRIZA:

Acuéstate, mi niña, que mañana
debes amanecer como una rosa.

(*Sale.*)

JULIETA:

Dios sabe cuándo volveré a mirar
el sol, los animales, las personas.
Voy a hundirme en los lagos del silencio,
en el légamo oscuro de la sombra.
Tiemblo como una liebre perseguida
por el arco de Diana cazadora.
Tiemblo por el destino que me acecha
escondido en las gotas de la droga.

(*Busca el frasco del elixir y regresa con él en la mano.*)

¿Y si cuando despierte de la muerte
no ha velado Romeo mi letargo,
sino el soplo glacial de los murciélagos
y la ronda voraz de los gusanos?
¿Y si horribles fantasmas y demonios
saltan de los rincones de aquel antro
para rasgar mis carnes con sus uñas
y arrancarme los ojos con sus garfios?
¿Y si de aquel osario donde yacen
desde hace siglos mis antepasados
manando sangre fresca todavía
surge el terrible espectro de Teobaldo
y persigue a Romeo fieramente
para vengar la muerte que él le ha dado?
¡Es Teobaldo! ¡Ya viene! ¡Ya lo miro!

Esgrime su puñal para matarlo.
¡No, Teobaldo, detente, te lo ruego!
¡Corre, corre, Romeo, mi adorado!
Por ti vivo esta muerte, amado mío,
por ti perezco y por tu amor me salvo.

(*Se toma el contenido del frasco y cae en el lecho.*)

(*La escena queda a oscuras durante un instante que indica el curso del tiempo. Música adecuada. Al final aclara poco a poco.*)

NODRIZA (*entrando*):

¡Señorita! Está dormida como un tronco la pobrecita. ¡A levantarse, novia, palomita con sueño, corazón mío! Mira que ya han comenzado a llegar los regalos y los ramos de flores. Tu padre me ha mandado a despertarte. ¡Levántate, lucero de la mañana, que ya el novio ha venido de punta en blanco a verte, consumido de amor y de impaciencia! ¡No responde ni una palabra! ¡Qué sueño tan pesado! Mejor así porque el doctor París no la va a dejar dormir esta noche, ni mañana en la noche, ni en toda la semana! Dios me perdone lo mal pensada (*Música en el interior.*) ¡Vamos, corderita linda, que ya los músicos están afinando sus instrumentos! (*Se acerca al lecho.*) ¿Cómo? ¿Te quedaste dormida con tu lindo vestido puesto? Julieta, Julietica, despiértate o tendré que sacudirte con mis propias manos. ¡Julieta, niña, señorita, señora! (*La sacude y luego la toma entre sus brazos.*) ¡Señorita Julieta! ¡Ay de mí! ¡Socorro, socorro! (*A los gritos de socorro entran deprisa el Adeco Máximo, la Adeca Máxima, el doctor París y algu-*

nos criados.) ¡Qué cosa tan horrible! ¡Socorro! ¡Socorro, Dios mío, que mi niña está muerta! (*Todos corren hacia el lecho y de pronto quedan estáticos como en un congelado de cine.*)

TELÓN

EPÍLOGO

ESCENA I

(Entra Fray Lorenzo.)

(Al público.)

FRAY LORENZO:

Vosotros conocéis el desenlace
de la leyenda de Romeo y Julieta,
imaginada en Siena por un monje
en plena oscuridad de la Edad Media;
ubicada en Verona por Da Porto,
un ingenioso hidalgo de Vicenza;
llevado al español por el cacumen
inverosímil de Lope de Vega;
y popularizada mundialmente
por el monstruo sagrado de Inglaterra.
Todos sabéis lo que sucederá
tras el falso morir de la doncella;
de qué trastadas se valdrá el destino
para hacer fracasar mi estratagema;
cómo mi carta no le llegará
al amante afligido en tierra ajena,
pues también en los tiempos de esta historia
solía extraviarse la correspondencia;
y cómo, en cambio, para comprobar
que las malas noticias siempre llegan,
acudirá un imbécil a informarle
que su adorada esposa estaba muerta.
Todos habéis leído que Romeo,
enloquecido y bruno por la pena,

le comprará un veneno a un boticario
y volverá a Verona con presteza,
firmemente resuelto a suicidarse
ante la tumba fresca de Julieta.
Sabéis que en las oscuras catacumbas
donde los muertos viven su tiniebla
se encontrará con el doctor París
hablando a solas con su novia yerta,
diciéndole que sigue enamorado
y que se muere de vivir sin ella.
Sabéis que al tropezarse los dos viudos
transformarán sus lutos en contienda
y que Romeo matará a París
tras brava lucha entre mortuorias piedras.
Por último sabéis que nuestro héroe
se beberá la pócima siniestra
y morirá jurando que su amada
en las regiones del no ser lo espera.
Y que luego Julieta, al despertar
y advertir el horror que la rodea,
la muerte se dará con una daga
para hacer la desgracia más completa.

(*Calla y se pasea pensativo.*)

Lo cierto es que a la gente no le gusta
el infeliz final de esta leyenda.
Se le toma cariño a los dos novios
y a ninguno le agrada que se mueran.
La mayoría sale del teatro
con los ojos aguados de tristeza,
maldiciéndole el alma a William Shakespeare
y rumiando en silencio su protesta.
Pero Shakespeare es Shakespeare, vos sabéis,
y no ha nacido el que con él se atreva.

(Vuelve a pasearse pensativo. De repente mira su reloj pulsera.)

A mí me toca ahora llegar tarde,
cuando de nada sirve mi presencia,
para hallar a Romeo ya sin vida
y atestiguar la muerte de Julieta.

(Vuelve a mirar el reloj.)

¿Y si me adelantara unos minutos
al papel que me asigna la tragedia?
¿y corriera a salvarlos con mis manos
ya que no pude hacerlo con mis hierbas?

(Se remanga la sotana.)

¡Fray Lorenzo, no hay tiempo que perder,
dale vigor a tus cansadas piernas
y corre a rescatar a los amantes
del hado destructor que los acecha!
¡En este mundo sucio de mentiras
el amor nada más vale la pena!

(Sale corriendo con la sotana remangada.)

ESCENA II
Cementerio de Verona

(Al centro la tumba de Julieta. Romeo y el doctor Paris, en pose de congelado de cine, se baten a espada. Romeo estaba a punto de clavarle una estocada a su adversario cuando se inició el congelado. Entra Fray Lorenzo corriendo.)

FRAY LORENZO:

¡Basta ya, deteneos, bajad vuestras espadas! ¡No derraméis más sangre sobre las ensangrentadas piedras de Verona! ¡No profanéis las bóvedas donde yace el cuerpo de Julieta!

(*Romeo y el doctor París recobran el movimiento y bajan las espadas.*)

ROMEO:

¿Eres tú, Fray Lorenzo? Te presentas inoportunamente cuando yo ya tenía al doctorcito listo para el arrastre.

FRAY LORENZO:

Todos habéis perdido el seso. Estáis tan acostumbrados a la palabra muerte que ya nada os importa el sacrificio de una vida humana.

DR. PARÍS:

Por lo que a mí respecta, mi propio sacrificio es el que menos me importa. Mi mayor ambición es morir en este sitio para que me entierren al lado de Julieta.

ROMEO (*alzando la espada*):

¿Al lado de quién?

(*El doctor París se pone en guardia y cruzan otra vez las espadas.*)

FRAY LORENZO:

¡Por favor, Santo Dios, por favor! ¿Estáis locos? Guardad esos horribles machetes en sus vainas, por la memoria de la niña muerta.

(*Romeo y el doctor París envainan las espadas.*)

FRAY LORENZO:

Caballeros, os traigo una noticia formidable, increíble, gloriosa. Anoche, mientras hacía mis oraciones acostumbradas, se me apareció de repente una visión. Era el Santo de Asís en persona, rodeado de gorriones que picoteaban en sus hombros, acompañado por un lobo con aires de perrito o de cordero. Yo estuve a punto de desmayarme, deslumbrado por la luz que emanaba de sus estigmas. Y entonces el mínimo y dulce hermano Francisco me habló. «Fray Lorenzo —me dijo—, he acudido ante Dios Nuestro Señor para rogarle que tuviera compasión y le devolviera la vida a esa doncella de Verona que murió invocando mi nombre. Y Dios, todopoderoso y todomisericordioso, accedió a mis súplicas. Corre tú, Fray Lorenzo —me dijo el Santo de Asís—, a la tumba de Julieta, arrodíllate junto a ella, rézale un Padrenuestro, y verás como lentamente vuelven las rosas a sus mejillas, el rumor de la sangre a sus venas y el tic-tac de los latidos a su corazón».

DR. PARÍS:

¡Un milagro! ¡Un milagro en la época de la penicilina! ¿Será posible?

FRAY LORENZO:

Sí, doctor París, será posible. Corred a avisarle a los Jerarcas del Sistema, y a los padres de Julieta, y también a los padres de Romeo, y a toda la población, que Julieta volverá a la vida. Volverá a la vida a condición de que cesen en Verona las mezquinas rencillas, de que se reconcilien los veroneses, por lo menos para una verdadera nacionalización del petróleo, que es lo que hace falta en este país.

DR. PARÍS:

Corro como un gamo a cumplir tu comisión, santo fraile. ¿Julieta otra vez con vida? ¡Después de haber pasado dos días muerta, cadáver! ¡Tronco de milagro! Ese San Francisco, como que se cree José Gregorio...

(*Sale en carrera.*)

ROMEO:

¿Estás hablando en serio, Fray Lorenzo? Os advierto que si estás hablando en broma, se trata de una bufonada de mal gusto que no estoy dispuesto a tolerar. Antes de tomarme el veneno que me quitará la vida, te arrancaré la sotana a pedazos si pretendes burlarte de mi dolor de tan cruel manera.

FRAY LORENZO:

Un momentino, pibe, un momentino. Bien sea porque San Francisco hizo el milagro, o bien porque lo hicieron las hierbas de mi huerto, la verdad es que Julieta va a despertarse de su largo letargo

(*mira el reloj*) dentro de pocos segundos. ¡No está muerta, hijo mío, está dormida!

(*Música adecuada. Julieta se despierta lentamente y se incorpora en su tumba. Fray Lorenzo sonríe beatíficamente. Romeo se acerca a Julieta y la abraza con ternura.*)

JULIETA (*en brazos de Romeo*):

Ya la tumba no es tumba sino lecho,
ya la tierra no es tierra sino espejo,
como mi corazón es el reflejo
del otro corazón que hay en tu pecho.
Ya el pensamiento es un sendero estrecho
para volver a ti cuando te dejo,
y ya mi sangre es como vino añejo
que quiere derramarse en tu provecho.
Ya la herida es floral deshojadura
y la muerte es fluencia de ternura
que a ti me liga con sublimes lazos:
tornóse en rosa espléndida la herida
y ya no es muerte sino dulce vida
la muerte que me das entre tus brazos.

(*Se besan.*)

ROMEO:

Calma mi sed, amor, en tus vertientes;
enraízame, amor, en tus sembrados;
llévame, amor, por mares encrespados;
clávame, amor, tus uñas y tus dientes.
Di palabras, amor, incoherentes;
gime versos, amor, jamás pensados;
sacude, amor, tus pétalos mojados,
amor, sobre mis huesos combatientes.

Hiéreme, amor, con filo de claveles;
átame ,amor, con tu dogal de mieles;
quémame, amor, en tu rosal de fuego.
Restituye a mi pulso su latido,
devuélveme la voz que había perdido
y préstame tus ojos, que estoy ciego.

(*Entra un grupo encabezado por el doctor París. Luego aparecen los Jerarcas del Sistema, el Adeco Máximo con la Adeca Máxima, el Copeyano Máximo con la Copeyana Máxima, la Nodriza, Benvolio, guardias, pajes y criados.*)

DR. PARÍS:

¡Por aquí, damas y caballeros, por aquí!

ADECO MÁXIMO:

¿Es verdad que mi hija ha resucitado? ¿Dónde está mi niña adorada?

ADECA MÁXIMA:

La luz de mis ojos, ¿dónde está?

COPEYANO MÁXIMO:

¿Y Romeo? ¿Es cierto que mi hijo Romeo ha vuelto del destierro?

COPEYANA MÁXIMA:

Mi hijo queridísimo, ¿dónde está?

NODRIZA:

¿Dónde está la corderita que yo amamanté con mis pechos?

BENVOLIO:

¿Dónde está Romeo, mi compañero de colegio, mi mejor amigo?

JERARCA 1.º:

¿Dónde están esos niños descarriados cuya desaparición ha traído la intranquilidad a los más honorables hogares de Verona?

FRAY LORENZO:

¡Aquí están, aquí están! Aquí está Romeo, que regresó del exilio, y Julieta, que se devolvió de la muerte. Aquí están revividos por el amor cuyo escudo desvió el zarpazo de la tragedia, alumbrados por el amor cuyo resplandor se impuso al negro socavón de la fatalidad. ¡Romeo y Julieta son marido y mujer! (*Murmullos de asombro entre la concurrencia; conatos de choques entre adecos y copeyanos.*) Romeo y Julieta son marido y mujer porque yo bendije su unión según todas las normas de nuestra Madre Iglesia. Son marido y mujer porque esa misma noche consumaron varias veces el acto amoroso a que les daba derecho el vínculo creado por el desposorio. (*Nuevos murmullos.*)

NODRIZA:

Es verdad. Yo estaba ahí cuando eso... Bueno, estaba en el cuarto vecino.

FRAY LORENZO:

Yo les bendije los anillos, los declaré unidos en matrimonio. Yo mismo le di después a Julieta el brebaje que le produjo su apariencia de muerte. Yo mismo le escribí a Romeo para que viniera aquí esta noche a presenciar el despertar de su amada. Yo, por último, torcí irrespetuosamente el curso de la tragedia de Shakespeare para salvar la vida de los dos amantes. Yo soy un viejo cura entrépito y sentimental, responsable de todo lo que aquí ha pasado. ¡Fusiladme, si queréis! (*Cae de rodillas.*)

(*Los actores han formado hilera detrás de Fray Lorenzo. De entre ellos se adelanta el Adeco Máximo para dirigirse al público.*)

ADECO MÁXIMO:

Así concluye esta tragedia hermosa,
escrita por el genio más crecido,
que un fraile horticultor ha convertido
en argumento de novela rosa.
Julieta se volvió radiante esposa
como Romeo sin igual marido
y la lucha sectaria ha proseguido
tan infecunda como tormentosa.

(*Suenan las sirenas policiales. El Jerarca Primero aparta al Adeco Máximo y se adelanta con sus cuatro esbirros.*)

JERARCA 1.° (*al público*):

Podéis cambiar la trama de esta historia,
podéis cambiar su solución mortuoria,
podéis cambiar los versos del poema.

Podéis cambiar pasado por presente
y hasta podéis cambiar de Presidente,
pero lo que no cambia es el Sistema.

(*Se apagan las luces violentamente. Al encenderse de nuevo los actores están saludando al público.*)

TELÓN

ÍNDICE

SONETOS ELEMENTALES

SINFONÍAS TONTAS

VERSOS CIRCUNSTANCIALES

CRÓNICAS MORROCOYUNAS